

SAN JERÓNIMO

COMENTARIO A LA EPÍS- TOLA A LOS EFESIOS

Commentariorum in Epistolam ad Ephesios

SABBATISMUS

San Jerónimo (347–420)

Commentariorum in Epistolam ad Ephesios · Comentario a la Epístola a los Efesios

Texto latino: dominio público.

Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.

Compuesto en EB Garamond y Cinzel.

sabbatismus.com

TRES LIBROS DE COMENTARIOS SOBRE LA EPÍSTOLA A LOS EFESIOS DE SAN EUSEBIO JERÓNIMO, PRESBITERO DE ESTRIDÓN. (C) Prólogo.

Si hay algo, Paula y Eustaquio, que en esta vida sostenga al hombre sabio y le persuada a permanecer con ánimo sereno entre las presiones y las turbulencias del mundo, considero que es, en primer lugar, la meditación y la ciencia de las Escrituras. Pues, como nos diferenciamos de los demás seres vivos principalmente en esto, en que somos un animal racional y podemos hablar — y toda razón y palabra se contiene en los libros divinos, por los cuales aprendemos acerca de Dios y no ignoramos por qué fuimos creados—, me asombra que hayan surgido algunos que, o bien entregándose ellos mismos a la inercia y al sueño, no quieren aprender lo que es preclaro, o bien piensan que los demás que tienen este afán deben ser reprendidos. A quienes, aunque podría responderles con más severidad y despedirlos brevemente, ya sea ofendidos o apaciguados, diciendo que es mucho mejor leer las Escrituras que afanarse en aumentar y acumular riquezas, les diré aquello que obtendría incluso ante el juez más inicuo: que mi ocio me complace y la soledad me parece más grata que cualquier celebración pública. Y así como yo no reprendo ni condeno lo que ellos hacen, así ellos deberían concederme mis ineptitudes. Soy poco elocuente, ¿qué te importa a ti? Lee a uno más elocuente. No traduzco dignamente el griego al latín: o lee a los griegos (si tienes conocimiento de esa lengua), o si solo

eres latino, no juzgues un don gratuito y, como dice el proverbio vulgar: "A caballo regalado no le mires el diente". ¿Acaso te llevo a juicio a la fuerza porque no escribes [Quizás: lees] nuestras obras? Me leerá cualquiera menos instruido que yo; tus dichos, si acaso los escribieras, quizás los admiraría Tulio. ¿Acaso Tertuliano disuadió de escribir al bienaventurado mártir Cipriano, o Cipriano a Lactancio, o Lactancio a Hilario? No digo nada de los demás insignificantes que parlotean conmigo en sus libros. Si no hubiera cosas pequeñas, las grandes no podrían sobresalir. No se dice "primero" si no siguen un segundo y un tercero. No ascendemos a lo más alto si no caminamos por lo más bajo.

Por lo cual, os ruego tanto a vosotras que estáis presentes, como a la santa Marcela, ejemplo único de viudez, que no entreguéis fácilmente mis obritas a los maldicientes y envidiosos, ni deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos (Mateo 7). Como no pueden imitar lo bueno, hacen lo único que pueden: envidiar; y se consideran doctos y eruditos si critican a los demás. Os ruego que les respondáis que ellos mismos empuñen el estilo, que unan, como se dice, tres palabras, que suden un poco, que se pongan a prueba y que, por su propio trabajo, aprendan a perdonar a los que trabajan.

Pues vosotras mismas sabéis que me obligasteis, contra mi voluntad y reticencia, a esta obra de explicación. No porque desde mi adolescencia haya dejado de leer o de preguntar a los hombres doctos sobre aquello que no sabía, y me haya

tenido solo a mí mismo por maestro, como hacen la mayoría. De hecho, recientemente viajé a Alejandría principalmente por esta causa, para ver a Dídimo y consultarle sobre todas las dudas que tenía en las Escrituras.

Pero una cosa es componer libros propios — por ejemplo, sobre la avaricia, sobre la fe, sobre la virginidad, sobre las viudas, y sobre cada materia unir la elocuencia secular a testimonios de las Escrituras buscados de aquí y de allá, y ostentar un discurso pomposo casi sobre lugares comunes —; y otra cosa es penetrar en el sentido de un profeta y de un apóstol, entender por qué escribieron, con qué razonamiento fundamentaron su opinión, qué tienen de propio en la Antigua Ley los idumeos, moabitas, amonitas, tirios, filisteos, egipcios y asirios; y, a su vez, en el Nuevo Testamento, los romanos, corintios, gálatas, filipenses, tesalonicenses, hebreos, colosenses, y la Epístola a los Efesios que ahora tenemos entre manos. Pues es necesario que, según las diversidades de lugares, tiempos y personas a quienes fueron escritas, tengan diversas causas, argumentos y orígenes. Y así como el bienaventurado Juan en su Apocalipsis, al escribir a las siete Iglesias, en cada una de ellas reprende vicios especiales o alaba virtudes, así también el santo apóstol Pablo cura las heridas infligidas a cada una de las Iglesias, y no pretende, a la manera de un médico inexperto, curar los ojos de todos con un solo colirio.

Y como, a petición vuestra, ya hace pocos días expresamos lo que nos parecía sobre la Epístola a los Gálatas, ahora debemos pasar a la

de los Efesios, epístola central del Apóstol, tanto en orden como en sentido. Digo "central", no porque, siguiendo a las primeras, sea mayor que las últimas, sino como el corazón de un animal está en el medio: para que por esto entendáis en cuántas dificultades y cuán profundas cuestiones está envuelta. Escribía a los efesios que adoraban a Diana, no a esta cazadora que lleva un arco y está ceñida, sino a aquella de muchos senos que los griegos llaman *polymastos*, para que, ciertamente, a partir de la misma efigie, mintieran diciendo que era la nodriza de todas las bestias y seres vivos. Escribía, además, a la metrópoli de Asia, una ciudad en la que de tal modo habían florecido la idolatría y —lo que siempre sigue a la idolatría— los prestigios de las artes mágicas, que Demetrio dijo: "el templo de la gran diosa Diana será tenido en nada, y será destruida también su magnificencia, a la que toda Asia y el orbe entero adoran" (Hechos 19:27). Finalmente, el Apóstol permaneció allí tres años, predicando el Evangelio de Dios noche y día, para que, destruida la ciudadela de la idolatría, los templos de las ciudades menores fueran fácilmente tomados. La misma Escritura refiere cómo Pablo habla a los efesios, diciendo: "Por tanto, velad, acordándoos de que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno de vosotros. Y ahora os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificar y daros herencia con todos los santificados" (Hechos 20:31-32). Pues necesitaban la recomendación del Apóstol a Dios, aquellos a

quienes el error de los demonios había retenido por tanto tiempo, y que sabían que existían ciertas potestades espirituales, y habían reconocido en las entrañas, los augurios y las adivinaciones una cierta semejanza de la divinidad. De donde de nuevo les habla: "Por lo cual, os testifico en este día, que estoy limpio de la sangre de todos. Porque no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios". Y en otro [o: el mismo] lugar: "Cómo nada que fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casas" (ibid., 20). Había leído en Ezequiel (ibid., 26, 27) que si el centinela no advertía al pueblo de la llegada del enemigo, la sangre de los ciudadanos sería reclamada de sus manos, y por eso recordó que había anunciado toda la voluntad de Dios y todo lo que les sería útil, para estar libre de su sangre. Y para que sepáis que los que habían creído en Éfeso habían estado atados a los prestigios demoníacos y a las artes de la magia, se repite en los mismos Hechos de los Apóstoles, y se dice: "Y muchos de los que habían practicado artes curiosas, trayendo los libros, los quemaron delante de todos; y, hecho el cálculo de su precio, hallaron que era de cincuenta mil piezas de plata. Así crecía y se fortalecía poderosamente la palabra del Señor" (Hechos 19:19).

Hemos repetido todas estas cosas por esta razón: para mostrar por qué el Apóstol, en esta Epístola principalmente, acumuló sentidos oscuros y sacramentos desconocidos por siglos, y enseñó sobre el poder de las virtudes santas y contrarias: quiénes son los demonios, qué pue-

den, qué fueron antes y cómo después de la venida de Cristo fueron derribados y destruidos. Sobre los cuales dice: "Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes" (Efesios 6:12). Y en otro lugar: "Pero me quedaré en Éfeso hasta Pentecostés. Porque se me ha abierto puerta grande y eficaz, y muchos son los adversarios" (1 Corintios 16:8-9). Y permaneció en Éfeso hasta Pentecostés, tiempo de alegría y de victoria, en el que no doblamos la rodilla ni nos postramos en tierra, sino que, resucitando con el Señor, somos elevados a las alturas de los cielos. Y permaneció, porque se le había abierto una puerta, y no una puerta pequeña, sino grande, para que, atado y vencido el fuerte, invadiera su casa, la saqueara, la derribara y llevara cautiva la cautividad (Mateo 12); el cual, congregando las tropas de sus satélites, luchó contra el Apóstol con todo su ejército, y fue vencido.

Quiénes eran los efesios se comprueba también y muy especialmente por esto: que así como Juan, a punto de relatar el misterio del antiguo nacimiento del Señor, se recostó sobre su pecho y bebió de la fuente purísima un arroyo de doctrinas (Juan 13 y 21), así también estos, arrojándose al cuello de Pablo cuando partía (Hechos 20), indicaron con sus besos y abrazos que tenían con él un mismo tesoro de ciencia, y manifestaron con lágrimas el anhelo por su maestro.

También advierto esto en el prefacio, para que sepáis que Orígenes escribió tres volúmenes sobre esta Epístola, a quien también nosotros hemos seguido en parte. También que Apolinario y Dídimo publicaron ciertos breves comentarios, de los cuales, aunque hemos extraído pocas cosas, también hemos añadido o quitado algunas que nos parecieron convenientes, para que el lector estudioso reconozca desde el principio si esta obra es ajena o nuestra.

Si la preposición *per* ("por") indica el ministerio de aquel por quien se hace algo, me parece que este sentido concuerda con aquella sentencia: *Nadie viene a mí, si mi Padre no lo atrae hacia mí* (Juan 6:44). Y así sucederá que aquello que se lee en el Evangelio de Juan, *Todas las cosas fueron hechas por él* (Juan 1:3) —sin duda refiriéndose al Hijo—, no menoscabe a nuestro Señor Jesucristo, como si por ello fuera menor por obedecer a la voluntad del Padre, del mismo modo que ahora no menoscaba al Padre el que Pablo sea apóstol de Jesucristo por su voluntad. Otros, en cambio, entienden este pasaje de tal manera que piensan que "Pablo, apóstol de Jesucristo, por la voluntad de Dios" indica que Cristo mismo es la voluntad de Dios, de modo que así como es llamado Sabiduría y Verbo, y Poder de Dios, y Verdad y Resurrección, y Camino, así también pueda ser llamado Voluntad. Algunos consideran que no hay diferencia si dijo "por la voluntad de Dios" o "de la voluntad de Dios", porque el Apóstol usa estas preposiciones indistintamente,

y que "por la voluntad de Dios" significa lo mismo que si hubiera dicho "de la voluntad de Dios".

Algunos, con más curiosidad de la necesaria, piensan que, basándose en lo que se le dijo a Moisés: *Esto dirás a los hijos de Israel: 'El que es me ha enviado'* (Éxodo 3:14), también aquellos que son santos y fieles en Éfeso son designados con el término de la esencia. De modo que, así como del santo provienen los santos, del justo los justos, del sabio los sabios, así de Aquel que es, sean llamados estos que son; y según el mismo Apóstol, Dios eligió las cosas que no eran, para anular las que eran. También explican la misma Escritura que se ha aducido como testimonio de esta manera: que debemos entender la destrucción de las cosas que eran a partir de lo que sigue: *Para que*, dice, *ninguna carne se gloríe en la presencia de Dios* (I Cor. 1:29). Porque si, dicen, alguien que progresa de aquello que no era a aquello que es por obra de Dios, no da gracias al dador, sino que considera que subsiste por su propio mérito y virtud, inmediatamente aquello que es se destruye, y comienza a no ser lo que había sido. Otros, en cambio, piensan simplemente que no está escrito a "los que son", sino a "los que son santos y fieles en Éfeso".

Puesto que *la mujer infiel ha sido santificada en el hermano fiel, y el marido infiel ha sido santificado en la mujer fiel* (I Cor. 7:14). Y también hay vasos sagrados, y animales mudos que son sacrificados a Dios en el templo (Núm. 4 y 31): por esta razón, a aquellos a quienes había llamado santos, también los llamó fieles, porque la fe pro-

cede de la elección de la propia mente, mientras que la santificación a veces la recibimos de la generosidad del que santifica, sin nuestra voluntad. Pero cuando dice, *a los fieles en Cristo Jesús*, esto también se añade para una distinción de la más cuidadosa observación. Pues hay muchos que son fieles, pero no en Cristo Jesús. Si alguien devuelve un depósito; si alguien no niega lo que se le ha confiado, si se muestra como un amigo fiel; si está dispuesto a entregar su vida antes que su confianza —lo cual leemos de algunos filósofos (y, para que no se gloriaran demasiado, una cortesana ateniense lo llevó a cabo)—, este ciertamente es fiel, pero no es fiel en Cristo Jesús.

O bien ambos se refieren a ambos, es decir, tanto la gracia como la paz se refieren tanto a Dios Padre como a nuestro Señor Jesucristo; o bien cada uno debe referirse a cada uno, de modo que la gracia se refiera a Dios Padre, mientras que la paz se refiera a Cristo. Pues inmediatamente sigue: *Para alabanza de la gloria de su gracia, en la cual nos ha glorificado en el amado*; de modo que la gracia del Padre consiste en que se dignó enviar al Hijo para nuestra salvación, mientras que la paz del Hijo consiste en que por Él hemos sido reconciliados con el Padre, y, destruido el muro intermedio y abolida la enemistad en su carne, ha hecho de ambos uno.

(Versículo 3) Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales, en Cristo. Así como Dios, que es bueno según su sustancia y naturaleza, nos ha hecho

buenos por la comunión consigo mismo, y habla a Israel: "Sed santos, porque yo soy santo" (Levítico 20:7), así Él, que es bendito, nos concede ser benditos. Pues el legislador da bendiciones, y "la bendición del Señor está sobre la cabeza del justo" (Proverbios 10); de cuya bendición tiene su nombre Baruc, que en nuestra lengua significa "bendito". Además, nos ha bendecido, no con una sola bendición, sino con todas. No es que todos obtengamos todas las cosas, sino que, mientras cada uno de nosotros tiene una o varias de entre todas las bendiciones, todos las poseemos todas a través de las individuales. Y no en bendiciones terrenales, sino en espirituales. Pues ciertamente hay bendiciones terrenales: tener hijos, abundar en riquezas, gozar de honor y salud; una bendición terrenal que se extiende hasta las bestias irracionales. Pues de ellos se dijo: "El Señor los bendijo y dijo: Creced y multiplicaos" (Génesis 1:22). Pero las bendiciones espirituales están en los lugares celestiales, porque la tierra no recibe una bendición espiritual. Ciertamente, incluso aquellas bendiciones que se prometen en el Levítico a los que guardan los preceptos de Dios (Levítico 26) —por ejemplo, prestar a naciones extranjeras, que los graneros estén llenos de trigo, ser bendecidos en las ciudades (Deuteronomio 28), bendecidos en los campos y otras cosas semejantes— no las veremos cumplidas en los profetas, hombres que "anduvieron errantes cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, en la indigencia, en la aflicción, en los desiertos y montañas, y en las guaridas y cavernas de la tierra", huyendo de los

ataques de los perseguidores (Hebreos 11). Por lo tanto, todo debe entenderse espiritualmente, y las cosas espirituales no deben esperarse en lugares terrenales, sino en los celestiales. Pero en cuanto a lo que dice: "Nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales", como si ya se hubiera hecho en el pasado y no se prometiera para el futuro —es decir, "ha bendecido" y no "benedicirá"—, se plantea la cuestión de cómo nos ha bendecido con una bendición celestial a nosotros, que todavía estamos en la tierra. Por lo tanto, o bien porque "nuestra ciudadanía está en los cielos", y no somos de este mundo, sino que, habiendo depuesto la imagen de lo terrenal, llevamos la imagen de lo celestial; y no vivimos en la carne, sino en el espíritu; y atesoramos para nosotros tesoros en el cielo, donde también tenemos nuestro corazón, se dice que ahora somos bendecidos con una bendición celestial; o ciertamente, porque toda bendición espiritual en Cristo, aunque esté en la tierra, se computa sin embargo como de los lugares celestiales. "Nos ha bendecido", dice, "con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo": en la Palabra de Dios, y en la sabiduría, y en la verdad, y en las demás virtudes. Además, esto puede leerse de dos maneras: "Bendito sea Dios y el Padre de nuestro Señor Jesucristo"; de modo que sea "bendito sea Dios", que es el creador de todas las cosas, y hasta aquí la distinción; a continuación se infiere: "que es también el Padre de nuestro Señor Jesucristo", o así: de modo que "Dios y Padre" se refiera conjuntamente a nuestro Señor. Bendito sea el

Dios de Aquel que fue asumido como hombre, y el Padre de Aquel que en el principio estaba con Dios, Dios el Verbo. No que el hombre asumido sea una persona y el Verbo que lo asumió sea otra; sino que se predica de una y la misma persona, ora como sublime, ora como humilde, según la variedad de las razones.

(Vers. 4.) Así como nos eligió en él antes de la constitución del mundo, para que fuésemos santos e inmaculados delante de él. En lugar de "constitución del mundo", en el texto griego se encuentra *πρὸ καταβολῆς κόσμου*; pero *καταβολή* no significa lo mismo que *constitutio* (constitución). Por lo cual, nosotros, debido a la pobreza de nuestra lengua, a la novedad de los temas, y como dijo alguien, porque el habla de los griegos es más amplia y su lengua más afortunada, intentaremos no tanto traducir palabra por palabra, lo cual es imposible, como explicar la fuerza de la palabra con cierto rodeo. *Καταβολή* se dice propiamente cuando algo es arrojado hacia abajo y enviado desde un lugar sublime a uno inferior, o cuando alguna cosa toma su inicio. De ahí que también aquellos que echan los primeros cimientos de futuros edificios se dice que *καταβεβληκέναι*, es decir, que han echado hacia abajo los inicios de los cimientos. Queriendo, pues, Pablo mostrar que Dios lo ha fabricado todo de la nada, no refirió a él la *conditionem* (condición), ni la *creaturam* (criatura), ni la *facturam* (hechura), sino la *καταβολήν*, es decir, el *inicio del fundamento*: para que, en contra de Maniqueo y las demás herejías (que

postulan un hacedor y una materia), nada de lo cual las criaturas fueron hechas precediera a las criaturas, sino que todo subsistiera de la nada.

Ahora bien, el hecho de que testificara que fuimos elegidos para ser santos e inmaculados delante de él, es decir, de Dios, antes de la creación del mundo, pertenece a la presciencia (*praescientia*) de Dios, para quien todas las cosas futuras ya están hechas, y todas las cosas son conocidas antes de que sucedan. Así como el mismo Pablo es predestinado en el útero de su madre, y Jeremías es santificado en el vientre (Jeremías 1), elegido, fortalecido y, en tipo de Cristo, enviado como profeta a las naciones.

Otro, en cambio, que intenta mostrar que Dios es justo, en cuanto que no elige a cada uno por el prejuicio de su ciencia, sino por el mérito de los elegidos, dice que antes de las criaturas visibles —el cielo, la tierra, los mares y todo lo que en ellos hay— existieron otras criaturas invisibles, entre las cuales estaban las almas, las cuales por ciertas causas, conocidas solo por Dios, fueron arrojadas a este valle de lágrimas, al lugar de nuestra aflicción y peregrinación, en el cual un santo, allí puesto, oraba para volver a su antigua morada, diciendo: "¡Ay de mí, que mi destierro se ha prolongado! He habitado con los moradores de Cedar, mucho ha peregrinado mi alma" (Salmo 119:5). Y en otro lugar: "¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?". Y: "Mejor es volver y estar con Cristo". Y en otro lugar: "Antes de ser humillado, yo pequé" (Salmo 118:67), y otras cosas semejantes.

Así pues, dicen, antes de que las almas fueran precipitadas al mundo, y el mundo con sus habitantes fuera hecho de las almas —él mismo arrojado a lo más bajo—, Dios eligió a Pablo y a los que eran como él delante de sí, que eran santos e inmaculados. Ahora bien, nadie es elegido sino de entre muchos; y donde hay algunos de menor valía, allí se lleva a cabo la elección. Pues así como en la cautividad de Babilonia, cuando el pueblo fue llevado por Nabucodonosor a Caldea, fueron enviados los profetas Ezequiel, Daniel, los tres jóvenes, Ageo y Zacarías, no porque ellos mismos hubieran merecido la cautividad, sino para que fueran un consuelo para los cautivos; así también en aquella deyección del mundo, aquellos que habían sido elegidos por Dios antes de que el mundo fuera hecho, fueron enviados para la instrucción y el magisterio de las almas pecadoras, para que por su predicación regresaran al lugar de donde habían caído: y que esto es lo que dice Moisés en el salmo ochenta y nueve: "Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación: antes que los montes se afirmaran, y se hiciera la tierra y el orbe del mundo" (Salmo 89:1). Lo cual significa que, antes de que el mundo fuera hecho y antes de que toda generación tomara su principio, Dios fue un refugio para sus santos.

En cuanto a lo que dice, "para que fuésemos santos e inmaculados delante de él", entre "santo" e "inmaculado" existe esta diferencia: que el santo también puede entenderse como inmaculado, pero el inmaculado no es inmediatamente también santo. Pues los niños pequeños son in-

maculados, porque con un cuerpo íntegro no han cometido ningún pecado; y sin embargo no son santos, porque la santidad se adquiere con la voluntad y el esfuerzo. Y que puede llamarse inmaculado aquel que no ha cometido pecados, pero santo es aquel que está lleno de virtudes, según aquello que está escrito en cierto salmo: "El que anda sin mancha y obra justicia" (Salmo 14:2), y en el Cantar de los Cantares: "Toda hermosa eres, amada mía, y no hay mancha en ti" (Cantar de los Cantares 4:7).

Se pregunta cómo alguien puede ser santo e inmaculado delante de Dios, cuando el profeta testifica, diciendo: "No se justificará en tu presencia todo viviente". Pues o los efesios son santos e inmaculados delante de Dios, y es falso lo que se dice: "No se justificará en tu presencia todo viviente". O si nadie se justifica a la vista de Dios, es falso lo que precedió, que son santos e inmaculados a la vista de Dios, a lo cual se debe responder de dos maneras.

Pues Pablo no dice: "Nos eligió antes de la constitución del mundo, cuando éramos santos e inmaculados"; sino, "nos eligió para que fuésemos santos e inmaculados", es decir, nosotros que antes no éramos santos e inmaculados, para que después lo fuésemos. Esto también puede decirse de los pecadores convertidos a cosas mejores, y aquella sentencia se mantendrá: "No se justificará en tu presencia todo viviente", es decir, en toda su vida, en todo el tiempo que ha vivido en este mundo. Ciertamente, entendido de este modo, también va en contra de aquel que dice que

las almas fueron elegidas antes de que el mundo fuera hecho por su santidad y por ninguna tacha de pecado. Pues, como ya hemos dicho antes, no son elegidos Pablo y los que son como él porque eran santos e inmaculados; sino que son elegidos y predestinados para que en la vida subsiguiente, por medio de obras y virtudes, se hagan santos e inmaculados.

Luego, también debe entenderse de esta manera: que no dijo: "No se justificará en tu presencia *algún* viviente"; sino, "*todo* viviente", es decir, no todos se justificarán, pero algunos ciertamente se justificarán.

(Versículo 5.) Habiéndonos predestinado en caridad para la adopción de hijos por Jesucristo para sí mismo. Esto puede leerse de dos maneras, de modo que "caridad" se una o con lo anterior o con lo siguiente. Con lo anterior, así: para que fuésemos santos e inmaculados delante de él en caridad, y después sigue: habiéndonos predestinado para la adopción de hijos por Jesucristo para sí mismo [Variante: ipso]. Pero con lo siguiente, así: en caridad, habiéndonos predestinado para la adopción de hijos por Jesucristo para sí mismo. Sin embargo, la lengua latina no explica la diferencia entre los términos griegos προορίσας (proorisas) y ὁρισθέντος (horisthentos). Pues el primer término se refiere a aquellos que antes no existían, y de quienes se pensó antes de que fueran hechos, y después subsistieron. El segundo, en cambio, se refiere a aquel a quien ningún pensamiento, ninguna voluntad precedió, sino que siempre fue, y nunca recibió un principio

para ser. De donde correctamente se dice ahora de aquellos que, como antes no existían, después subsistieron, προορισθέντες (prooristhentes). Pero acerca del Hijo, esto es, de nuestro Señor Jesucristo, en otro lugar está escrito ὁρισθέντος (horisthentos), porque siempre estuvo con el Padre, y la voluntad paterna nunca precedió a su ser. De lo cual se colige que el Padre siempre fue, el Hijo siempre fue, y que en quienes la eternidad es coigual, la naturaleza es la misma. Y también debe inferirse esto, que aunque Dios nos predetermine, o nos predefina [Variante: nos defina], para la adopción de hijos por medio de Jesucristo, sin embargo, no podemos ser hijos antes de que recibamos la fe y el entendimiento de su Hijo, Jesucristo. Y Él, ciertamente, es Hijo por naturaleza; nosotros, en cambio, por adopción. Él nunca no fue Hijo: nosotros, antes de que existiéramos, fuimos predestinados, y entonces recibimos el espíritu de adopción, cuando creímos en el Hijo de Dios.

Según el beneplácito de su voluntad. La palabra εὐδοκίαν (eudokian), que la lengua latina ha traducido como placitum (beneplácito), está compuesta en griego de dos partes íntegras, de Εὖ (Eu) y de Δοκεῖν (Dokein), de "bien" y de "parecer" o "agradar", lo que nosotros podemos llamar beneplacitum (buen agrado), porque no inmediatamente todo lo que ha agradado puede también agradar bien, sino que solo allí se dice εὐδοκία (eudokia), esto es, beneplacitum, donde lo que ha agradado se comprueba que ha agradado rectamente. Además, los intérpretes de los Se-

tenta tradujeron esta palabra del hebreo RESON (רֶסֶן), acuñando nuevas palabras para nuevas realidades. Por tanto, aprovechan la ocasión en este pasaje aquellos que piensan que las almas, antes de la constitución del mundo, moraron con los ángeles y los demás nombres de las virtudes en la Jerusalén celestial; pues no podría entenderse ni como el beneplácito (beneplacitum) de Dios, ni para alabanza de su gloria y de su gracia, que unos nazcan desnudos, bárbaros, siervos, débiles; otros, ricos, romanos, libres, sanos; innobles o nobles en diversas partes del orbe, a no ser que hubieran precedido causas por cuyos méritos cada una de estas almas haya recibido su suerte. Y aquello que está escrito a los Romanos, que algunos creen conocer, pero no conocen: "¿Acaso no tiene potestad el alfarero sobre el barro para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra?" (Rom. 9, 21), lo refieren al mismo sentido: de modo que, así como una vida buena o mala, laboriosa o fácil, se vive en vano en este mundo si no creemos que habrá un juicio futuro de Dios, así también la diversidad de los que nacen en este mundo argüiría contra la justicia de Dios, si no hubieran precedido los méritos de las almas. Porque si, dicen, no aceptamos estas cosas de este modo, no será ni el beneplácito de la voluntad de Dios, ni para alabanza de su gloria y de su gracia, el haber elegido a unos antes de la constitución del mundo para que fuesen santos e inmaculados y tuviesen la adopción por Jesucristo, y haber destinado a otros a la condición final y a las penas perpetuas.

(Vers. 6.) Para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos agració en el amado. ¿Qué alabanza de la gloria de la gracia de Dios es, dicen, agraciarse a unos en Cristo y preparar a otros para suplicios eternos: amar a Jacob antes de que naciera del útero; odiar a Esaú antes de que perpetrara algo digno de odio, a no ser que hayan precedido causas que prueben la justicia de Dios? Por tanto, toda gracia que alcanzamos se cumple para la gloria y alabanza de aquel que nos justificó [variante: agració] en el amado, esto es, en nuestro Señor y Salvador: porque sin la sabiduría, la verdad, la justicia, la paz, la redención y las demás virtudes, no puede entenderse ningún bien. Y no debe pensarse que lo que se encuentra escrito en los códices latinos sea en su hijo amado, sino simplemente en el amado; y si ciertamente se hubiera añadido amado de Dios o amado del Padre, la inteligencia sería simple y comúnmente sostenida por todos, que nuestro Señor Jesucristo era amado por el Padre; pero no concederíamos ninguna gran propiedad distintiva al Hijo, ya que el Hijo sería amado así como las demás cosas. Pues en verdad se dice a Dios [variante: a él]: Amas todas las cosas, y no desprecias nada de lo que has hecho: pues no creaste nada teniéndole odio (Sabiduría 11:23). O si se hubiera opuesto, en la cual nos agració en el amado por encima de todos, toda duda habría sido eliminada, porque sabemos que los patriarcas y los profetas, y todos los santos varones fueron amados por Dios. Pero ahora, en el hecho de que habló de modo absoluto, diciendo: en el amado,

me parece que debe entenderse de tal manera que se sobreentienda por todos. Pues si Cristo, como ya hemos dicho a menudo, es sabiduría, justicia, paz, gozo, continencia, y lo demás, estos nombres de las virtudes los aman incluso aquellos que no pueden seguirlos, y nadie es de una maldad tan confesa que no diga que ama la sabiduría y la justicia. Así como la opinión de todos los hombres concuerda sobre la sustancia de Dios, en que es divina y no se comprende fácilmente por ningún sentido, aunque cada uno yerra al pensar que es de tal o cual naturaleza: así también todos aman a Cristo, según lo que las diversas virtudes significan, aunque muchos no puedan probar con sus hechos que lo aman. Este es el amado que juzgo que también está significado en Isaías: Cantaré a mi amado el cántico de mi amado por mi viña (Isaías 5:1); y: Una viña fue hecha para el amado; y en el salmo vigésimo octavo: El Señor quebrantará los cedros del Líbano, y los desmenuzará como a un ternero del Líbano, y el amado es como el hijo de los unicornios (Salmo 28:6).

(Vers. 7.) En quien tenemos la redención por su sangre, la remisión de los pecados. Es redimido aquel que es cautivo y, habiendo caído en poder del enemigo, ha dejado de ser libre: así también algunos dicen que nosotros en este mundo somos cautivos, y estamos sujetos bajo el yugo de la servidumbre por los principados y las potestades, y no podemos desatar nuestras manos atadas con cadenas, y levantar los ojos hacia arriba, a menos que venga un redentor. Pero ¿quién, dicen, es este, tan grande y de tal condición, que pueda redimir

con su precio a todo el orbe? Jesucristo, el Hijo de Dios, dio su propia sangre y, arrancándonos de la servidumbre, nos dotó de libertad. Y en verdad, si creemos en las historias de los gentiles, que Codro, y Curcio, y los Decios Mures contuvieron las pestes de las ciudades, y las hambrunas, y las guerras con sus propias muertes, ¡cuánto más debe juzgarse posible esto en el Hijo de Dios, que con su sangre ha purificado no una ciudad, sino el mundo entero! Pero la sangre y la carne de Cristo se entienden de una doble manera: o aquella espiritual y divina, de la cual él mismo dijo: Mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida (Juan 6:56); y: Si no coméis mi carne y bebéis mi sangre, no tendréis vida eterna (Ibíd., 54); o la carne y la sangre que fue crucificada, y la que fue derramada por la lanza del soldado. Conforme a esta división, también en sus santos se acepta una diversidad de sangre y carne, de modo que una es la carne que verá la salvación de Dios, y otra la carne y la sangre que no pueden poseer el reino de Dios. Consecuentemente, sin embargo, después de la redención de la sangre de Cristo, se escribe que hemos recibido la remisión de los pecados: porque si no hemos sido redimidos, en vano se nos perdonan los pecados. Y no podemos recibir el perdón de nuestras ofensas, y dejar de ser siervos, a menos que el otrora cruento vencedor haya aceptado el precio por nosotros.

(Versículo 8) Según las riquezas de su gracia, que [Variante: la cual] ha abundado en nosotros. Quien entiende lo que se ha dicho: "Por gracia

sois salvos, y no por obras" (Efesios 2), y al deudor de cincuenta y quinientos denarios en el Evangelio (Lucas 7), que quien más es perdonado, más ama, este puede saber que, según sus riquezas, la gracia de Dios ha abundado en nosotros: especialmente en la Iglesia congregada de los gentiles, que era ajena al testamento y a las promesas de Israel, por cuya transgresión nosotros hemos alcanzado la salvación. ¿Acaso no hay una magnitud de gracias en Pablo y en los demás santos, de quienes se dice: "¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles?" (1 Cor. 6:3)? Y en otro lugar: "Cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles" (1 Pedro 1:12); y de nuevo: "Padre, que como yo y tú somos uno, así también ellos sean uno en nosotros" (Juan 17:21). Estas riquezas de gracias no las hace vanas en sí mismo aquel que, en la medida que lo permite la fragilidad humana, se esfuerza, trabaja y lucha, y dice con el Apóstol: "Su gracia no fue vana en mí" (1 Cor. 15:10). Pero aquel que, no recordando la magnitud del beneficio, se desliza hacia cosas peores, en él la rica gracia de Dios y la opulenta generosidad se ven atenuadas por la pobreza.

(Versículo 9) En toda sabiduría y prudencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad. Que la sabiduría (sapientia) y la prudencia (prudentia) son distintas, también lo opinan los estoicos, diciendo: «La sabiduría es el conocimiento de las cosas divinas y humanas; la prudencia, en cambio, solo de las mortales». Según esta división, podemos entender la sabiduría como de las cosas invisibles y visibles; la prudencia, en cam-

bio, solo de las visibles. Se pregunta, por tanto, cómo Dios nos ha dado a conocer el misterio de su voluntad en toda sabiduría y prudencia. Y, ciertamente, primero debe entenderse simplemente que el misterio de su voluntad es nuestra redención por la sangre de su Hijo, y la remisión de los pecados, según las riquezas de su gracia, que ha abundado en nosotros. A saber, que nosotros, creyendo en la pasión del Señor (que es necesidad para los no creyentes), poseamos sabiduría y prudencia. Luego, que por medio de sus Escrituras nos ha dado a conocer todos los misterios: cómo primero formó el cielo y la tierra, e hizo, ordenó y distinguió todas las cosas que están dentro de ellos; de modo que el hombre fue formado, y el mundo fue completado hasta la pasión de Cristo, y cómo a partir de las cosas visibles se conocen las que son invisibles. Finalmente, que también aquellas cosas que están en la tierra requieren sabiduría y prudencia. Pues, ¿cuán pocos de nosotros saben qué es aquello que suspende a las aves en el aire, a los peces en las olas, y también promueve los pasos de los hombres e incita la furia de las bestias? Pero el lector diligente nos opondrá inmediatamente aquello: Si Pablo conoce en parte, y profetiza en parte, y ahora ve por un espejo, en enigma (1 Cor. 13), ¿cómo se les reveló el misterio de Dios, ya sea a él mismo o a los efesios, en toda sabiduría y prudencia? Por esta necesidad, pues, nos vemos obligados a cambiar el orden de la lectura y hacerlo así: "Según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de tu gracia, con la cual nos hizo aceptos

en el Amado; en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de los pecados, según las riquezas de su gracia, que abundará en nosotros en toda sabiduría y prudencia", de modo que, habiendo puntuado hasta aquí, para que, ciertamente, "en toda sabiduría y prudencia" se una a lo anterior, a continuación inframos: "dándonos a conocer el misterio de su voluntad según su beneplácito". No obstante, aun manteniendo esta interpretación, puede decirse que el misterio les fue revelado ahora en toda sabiduría y prudencia, aunque vean en parte y profeticen en parte. No que ellos mismos hayan aprendido el misterio en toda sabiduría y prudencia, sino que Dios, en toda su propia sabiduría y prudencia, les reveló el misterio según lo que podían comprender.

Según el beneplácito que se propuso en él para la dispensación de la plenitud de los tiempos. Arriba había dicho, 'según el beneplácito de su voluntad'; ahora, 'según su beneplácito', omitiendo 'voluntad'. Allí puso προορισμὸν (*proorismos*), es decir, la predestinación (*praedestinatio*) para la adopción de hijos por medio de Jesucristo; aquí, en cambio, πρόθεσιν (*prothesin*), es decir, un propósito (*propositio*). Ahora bien, entre la predestinación y el propósito, aquellos que suelen analizar las palabras afirman que existe esta diferencia: que la predestinación prefigura algo mucho antes en la mente de quien determina lo que ha de ser, mientras que el propósito existe cuando el plan ya está próximo y el efecto casi sigue al pensamiento. Pero lo que dice, 'se propuso en él', debe referirse al misterio,

ya que arriba había dicho: 'para darnos a conocer el misterio de su voluntad', misterio que es la dispensación de la plenitud de los tiempos, para que en el tiempo establecido todo se cumpla. Pues así como un heredero, mientras es niño, aunque los bienes sean suyos, todavía no se le debe la herencia (Gál. 4), así también el misterio que había sido predestinado por Dios para la adopción de sus hijos no pudo ser dispensado antes, a menos que llegara en su propio tiempo. Sobre lo cual también Pablo dice en otro lugar en singular: 'Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo' (Ibíd., 4:4), quien no pudo venir antes, a menos que se cumpliera el misterio del tiempo.

(Versículo 10) Recapitular todas las cosas en Cristo, las que están en los cielos y las que están en la tierra [Otra lectura añade: están], en él. En lugar de 'recapitular' (*recapitulare*), en los códices latinos está escrito 'instaurar' (*instaurare*) [Otra lectura: 'restaurar' (*restaurare*)]. Y me pregunto por qué los traductores no usaron la misma palabra griega, ya que con tal licencia se han adoptado términos de la dialéctica y la filosofía tal como se encuentran en griego. Pues también los oradores en los epílogos, o antes de [Otra lectura: entre] los epílogos, al final de las causas, para la memoria de los jueces y de quienes han oído los asuntos, suelen hacer una 'recordación', es decir, una ἀνακεφαλαίωσις (*anakephalaiōsis*), para que lo que antes habían discutido más extensamente, lo comprendan después en un breve discurso, y cada uno comience a recordar lo

que ha oído. El sentido, por tanto, en el presente pasaje es este: Toda dispensación que comenzó a existir tanto antes del mundo como después en el mundo, de las criaturas tanto invisibles como visibles, prometía el advenimiento del Hijo de Dios. Que Adán, que fue arrojado del paraíso, había de ser llamado de nuevo por el Salvador (Gén. 3). Que la unidad de las lenguas fue dividida en la construcción de la torre (Gén. 11) presagiaba los dones de lenguas en los Hechos de los Apóstoles (Hch. 2). Que Isaac, en tipo del Señor, llevó su propia cruz (Gén. 3). Que Sansón, nutriendo su sagrada cabellera, amó los abrazos de la pobre Dalila y confesó todos los secretos de su corazón (Jue. 16), significaba el misterio del Salvador y de la Iglesia de los gentiles, verdaderamente pobre y necesitada (Jn. 19). Por tanto, en la cruz del Señor y en su pasión se recapitulan todas las cosas, es decir, todas las cosas se computan en esta ἀνακεφαλαίωσις (*anakephalaiōsis*). Para que esto sea más manifiesto, pongamos un ejemplo de la costumbre cotidiana. Por ejemplo: he gastado veinte denarios, luego cinco, y otros quince; también treinta y tres veces diez, he dado en diversos momentos. Si quiero computar esto en una sola suma, me resulta la suma del número cien, y en un solo número tendré todo lo que antes describí. Así, pues, todos los misterios y toda la dispensación de la antigüedad, no solo lo que se hizo en la tierra, sino también lo que se hizo en los cielos, se completa en la pasión de Cristo. Pues una vez que Cristo ha padecido por mí, y fue sepultado, y resucitó, y ascendió victorioso al Padre,

no tengo necesidad del número antiguo, porque en uno lo tengo todo. Atended diligentemente, que no solo todas las historias de las Escrituras, que el Espíritu Santo enumera como acaecidas en la tierra, sino también las cosas celestiales que nos están ocultas, se contienen recapituladas en la pasión de Cristo.

(Versículo 11.) En quien también hemos sido llamados por suerte: predestinados según el propósito de aquel que obra todas las cosas según el consejo de su voluntad. La palabra de herencia y de suerte, por las cuales hemos venido a ser parte de Cristo, muestra que hemos emigrado de una potestad a otra: y según aquello que está escrito en el Deuteronomio: «Cuando el Altísimo dividía a las gentes, cuando diseminaba a los hijos de Adán» (Deut. 23:8), hemos sido trasladados del dominio de los ángeles a la porción del Señor. Y aquellos, en verdad, poseyeron cosas ajenas, que les habían sido o bien encomendadas o bien usurpadas. Pero Este recibió lo suyo: y «subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad» (Sal. 67), es decir, a aquellos que antes habían sido capturados para la perdición, Él mismo los capturó para la vida, para conducirlos de nuevo a las alturas: y de cierto modo la cautividad es capturada, cuando por una segunda cautividad son liberados los que antes habían sido capturados. Debe considerarse que también aquí *προορισμὸς* y *πρόθεσις*, es decir, predestinación (*praedestinatio*) y propósito (*propositum*), se han puesto juntas, conforme a las cuales Dios obra todas las cosas según el consejo de su voluntad. No es

que todas las cosas que suceden en el mundo se realicen por la voluntad y el consejo de Dios — de otro modo, también los males podrían serle imputados a Dios—, sino que todas las cosas que Él hace, las hace con consejo y voluntad, lo que significa que están llenas de razón y del poder del que las hace. Nosotros, los hombres, queremos hacer muchas cosas con consejo, pero de ninguna manera el efecto sigue a la voluntad. A Él, en cambio, nadie puede resistirle para que no haga todo lo que ha querido. Además, Él quiere todas las cosas que están llenas de razón y de consejo; quiere «que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1 Tim. 2). Pero, como nadie se salva sin su propia voluntad (pues somos de libre albedrío (*liberi arbitrii*)), Él quiere que nosotros queramos el bien, para que, cuando lo hayamos querido, Él mismo quiera también cumplir en nosotros su consejo.

(Versículo 12.) Para que seamos para alabanza de su gloria, nosotros que antes hemos esperado en Cristo. Si solo hubiera dicho «hemos esperado en Cristo», y no hubiera antepuesto «hemos esperado antes», que en griego se dice *προηλπικότες*, el sentido sería más manifiesto: que aquellos que han esperado en Cristo fueron llamados por suerte y predestinados según el propósito de Aquel que obra todas las cosas según el consejo de su voluntad. Pero ahora la adición de la preposición nos lleva a aquella inteligencia de la que hemos disputado más arriba, al exponer lo que está escrito: «Quien nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestia-

les en Cristo, así como nos eligió en él antes de la constitución del mundo, para que fuésemos santos e inmaculados delante de él»: a saber, que así como ya nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales, y nos ha elegido antes de la constitución del mundo, así también ahora se dice que hemos esperado antes en Cristo, desde aquel tiempo en que fuimos elegidos y predestinados y bendecidos en los lugares celestiales. Pero otro, no sosteniendo este dogma de que existimos y esperamos en Cristo antes de vivir en este cuerpo, trasladará la inteligencia a este punto, para decir: En el advenimiento del Señor Salvador, 559 cuando «en su nombre se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y en los infiernos, y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre» (Fil. 3), cuando todas las cosas le hayan sido sometidas —unas por voluntad, otras por necesidad—, aquellos que esperaron en él antes de la presencia de su majestad serán para alabanza de su gloria y serán llamados *Ἀπληλικότας* (los que esperan sin esperar nada a cambio); pero aquellos que se descubra que creen por necesidad, en aquel tiempo en que ni el diablo ni sus ángeles podrán negar al que reina, estarán esperando, pero no para alabanza de su gloria. Esto, en verdad, lo vemos cumplido en parte aun ahora, porque una es la recompensa del que sigue a Dios por voluntad, y otra la del que lo sigue por necesidad. Sin embargo, «sea por pretexto o por verdad, con tal de que Cristo sea anunciado»: con tal de que sepa, tanto el que espera como el

que espera antes, que según la diversidad de su esperanza, recibirán diversas recompensas.

(Vers. 13) En quien también vosotros, habiendo oído la palabra de la verdad, el evangelio de vuestra salvación, en quien también creyendo, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa. En quien: sin duda, en Cristo. Entre los demás que oyeron, también vosotros, efesios, oísteis la palabra de la verdad, el Evangelio de vuestra salvación, en el cual creyendo, fuisteis sellados con el espíritu santo de la promesa. Sin embargo, según el orden de la lectura, la frase no parece sostenerse, ni a lo que se ha antepuesto: En quien también vosotros, habiendo oído la palabra de la verdad, el evangelio de vuestra salvación, le sigue algo que corresponda, porque inmediatamente se pone un segundo en quien. Y como este es superfluo, si se quita de en medio, puede restituir el texto para la lectura. Pero esto le sucedía a Pablo por su excesivo amor a Cristo, de modo que siempre nombraba a aquel a quien amaba, incluso de manera superflua y fuera de orden. Esto lo puede encontrar por sí mismo el lector diligente en todas sus Epístolas. De ahí que también ahora se advierte que el segundo en quien ha perturbado el orden de la frase y ha dejado pendiente la proposición anterior. Y, en verdad, no es pequeño elogio para los efesios el haber oído no una predicación, sino la palabra de la verdad. Pues, en efecto, que hay una gran distancia entre la predicación y la palabra de la verdad, lo leemos también en otra Epístola: "Y mi palabra", dice, "y mi predicación no consistieron

en palabras persuasivas de sabiduría, sino en la demostración del espíritu y del poder" (I Cor. 11:14). Investiguemos con más diligencia dónde más está escrito que alguien haya oído la palabra de la verdad, para que de la comparación de esos pasajes pueda revelarse claramente el sentido de Pablo; y también dónde se nombra el Evangelio, ya sea con un añadido o de forma absoluta. Por ejemplo, con un añadido, "mi Evangelio" (Rom. 16:25), y "el Evangelio de Jesucristo" (II Cor. 2:11), y "el Evangelio eterno" (Apoc. 14:6); o lo que ahora se dice a los efesios, "el Evangelio de vuestra salvación". Pero de forma absoluta, como cuando habla de Lucas: "Cuya alabanza está en el Evangelio por todas las Iglesias" (II Cor. 8:18). Además, el que ha oído la palabra de la verdad y ha creído en ella es sellado con el espíritu santo de la promesa. Porque muchos son los que han oído y, permaneciendo incrédulos, de ninguna manera han obtenido el sello del Espíritu Santo. También se dice al príncipe de Tiro: "Tú eres el sello de la semejanza de Dios" (Ez. 28:12). Ahora bien, el sello de Dios es esto: que así como el primer hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios, así en la segunda regeneración, quienquiera que haya obtenido el Espíritu Santo sea sellado por Él y reciba la forma del Creador. También debe investigarse dónde más está escrito "espíritu santo de la promesa", o qué significa. Pues yo juzgo que, así como el Espíritu Santo hace santo a aquel en quien ha sido infundido, y el espíritu de sabiduría hace a uno sabio, y el de inteligencia, inteligente, y el de consejo, cauto y prudente, y el de fortaleza,

fuerte, y el de ciencia, conocedor, y el de piedad, piadoso, y el de temor, temeroso y trémulo con el temor de Dios; así también el espíritu de la promesa, o el espíritu de Dios, hace garante y divino a aquel en quien ha habitado. Así como, por el contrario, un espíritu inmundo hace a uno inmundo, y un habitante sucio se prepara una casa sucia; el espíritu de fornicación también hace fornicarios, de los cuales también habla el profeta: "Han sido seducidos por el espíritu de fornicación" (Oseas 4:12); y un espíritu malvado hace a los hombres malvados y perversos; y un espíritu demoníaco, demonios: y de cualquier clase que sea el líquido que se ha vertido en una vasija nueva, tal olor y sabor retiene la vasija por mucho tiempo.

(Vers. 14) El cual es la prenda de nuestra herencia, para la redención de la adopción, para alabanza de su gloria. El intérprete latino ha puesto *pignus* en lugar de *arrhabo*. Pero *arrhabo* no significa lo mismo que *pignus*. Pues el *arrhabo* se da como una especie de testimonio y obligación para una compra futura. En cambio, el *pignus* (esto es, ἐνέχυρον) se entrega a cambio de un préstamo de dinero, de modo que, cuando este se devuelve, el acreedor devuelve la prenda a quien ha saldado la deuda. A su vez, donde dice: "para la redención de la adopción", el griego no tiene υἰοθεσίαν, sino περιποίησιν, que nosotros podemos llamar "adquisición" o "posesión", y sin embargo no hemos expresado la fuerza de la palabra. Pues hay muchas palabras que no pueden ser traducidas ni del griego al latín, ni del hebreo al griego; y recíprocamente, ni del latín al griego,

ni del griego al hebreo. Quienquiera, pues, que haya recibido no solo el Espíritu Santo, sino el Espíritu Santo de la promesa, obtendrá al mismo tiempo la garantía (arrhabo) de la herencia, la cual herencia es la vida perpetua. Y así como por la garantía se estima qué tipo de compra futura será y qué posesión —por ejemplo, por diez sólidos, una villa de cien sólidos, y por cien sólidos, una posesión de mil sólidos—, así también por la variedad de la garantía se conoce la magnitud de la herencia que seguirá después. Aunque alguien sea santo y perfecto, y a juicio de todos sea considerado digno de la bienaventuranza, sin embargo, para la herencia futura ha obtenido ahora el Espíritu como garantía (arrhabo). Pero si la garantía es tan grande, ¿cuán grande será la posesión misma? Además, así como la garantía que se nos da no está fuera de nosotros, sino dentro de nosotros, así también la herencia misma, es decir, el reino de Dios que está dentro de nosotros, se encuentra intrínsecamente en nosotros. Pues, ¿qué herencia puede ser mayor que contemplar y ver con el entendimiento la belleza de la Sabiduría, y del Verbo, y de la Verdad, y de la Luz, y considerar la inefable y magnífica naturaleza de Dios mismo, y observar la sustancia de todas las cosas que fueron creadas a semejanza de Dios? Mas este Espíritu Santo de la promesa, que es la garantía de nuestra herencia, se da ahora a los santos por esta razón: para que sean redimidos y unidos a Dios para alabanza de su gloria. No porque Dios necesite la alabanza de nadie, sino para que la alabanza de Dios beneficie a quienes lo alaban, y

para que, al reconocer su majestad y grandeza a través de cada una de sus obras, prorrumpan en su alabanza con un milagro de asombro.

(Vers. 15 y ss.) 562 *Por esto también yo, oyendo vuestra fe en el Señor Jesús y para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones: para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, iluminados los ojos de vuestro corazón.* Aunque una traducción literal, palabra por palabra, podría excusar al Apóstol ante el lector diligente, porque parece que todo el contexto está plagado de fragmentos de sentencias y que se comete un solecismo, sin embargo, el vicio también suena en el griego. Por lo cual, respondiendo más bien a los calumniadores griegos, intentaremos ordenarlo así según el sentido, el orden de la lectura, para que digamos: *Oyendo vuestra fe en el Señor Jesús, y en todos sus santos; y viendo la diferencia de vuestra fe en el Señor, y en todos sus santos, no ceso de dar gracias, y de hacer memoria de vosotros en mis oraciones; para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, y Padre de la gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación.* En cuanto a lo que sigue: *iluminados los ojos de vuestro corazón*, puede ser restituido así mediante un hipérbaton: *Por esto también yo, oyendo vuestra fe en el Señor Jesús en el conocimiento de él, iluminados los ojos de vuestro corazón, y para con todos los santos, no ceso, dando gracias por vosotros, de hacer memoria de vosotros en mis oraciones, para que

el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación para el conocimiento; para que sepáis cuál es la esperanza de vuestra vocación, etc.* Además, «el Dios de nuestro Señor Jesucristo, y Padre de la gloria», ha de entenderse de este modo: que así como nuestro Señor Jesucristo mismo es el verbo, la sabiduría, la verdad, la paz, la justicia, la fortaleza, él mismo es también la gloria, según aquello que se dice en otro lugar: *Aparecerá la gloria de Dios* (Levítico 9:23); y en casi toda la antigua Ley, está escrito que la gloria de Dios fue vista sobre el tabernáculo del testimonio (Números 9). Y el Salmista canta: *Despierta, gloria mía, despierta* (Salmo 107:3). Esta gloria, iluminando el mundo con su fulgor, se fabricó un templo del vientre virginal. De este templo, Dios se hace Padre de la gloria. Y donde Cristo es gloria, allí se le llama solamente Padre; donde es Jesús, allí se le nombra su Dios, sin ningún añadido.

563 Este Dios, pues, del hombre asumido, pero Padre de la gloria, de la sabiduría, de la verdad, da a los que creen en su Hijo el espíritu de sabiduría y de revelación, para que se hagan sabios y, con el rostro descubierto, contemplen la gloria del Señor. Cuando esta sabiduría y revelación los hayan hecho sabios y les hayan abierto los misterios ocultos, se sigue inmediatamente que tengan los ojos del corazón iluminados. Por las presentes palabras se aprueba que, según los miembros del hombre exterior, también se habla de los miembros del hombre interior. Pues he aquí que manifiestamente los ha llamado ojos del corazón,

los cuales no podemos entender sin el sentido y la mente. A esto conviene también aquello del Salmista: *Ilumina mis ojos, para que no me duerma en la muerte* (Salmo 12:4). Y en otro lugar: *Los ojos del sabio están en su cabeza* (Eclesiastés 2:14). Pues si simplemente entendemos los ojos de la carne, ciertamente no solo los ojos del sabio, sino también los del necio, están en su cabeza. Así pues, la cabeza del sabio se entiende como el intelecto, porque con otra palabra se le llama mente, y alma, y lo principal del corazón.

En cuanto a lo que dice, *en el conocimiento de él*, es decir, ἐπιγνώσει αὐτοῦ, algunos lo entienden así: que entre γνῶσις y ἐπίγνωσις, esto es, entre *noción* y *agnición* (*agnitio*), existe esta diferencia: que la *noción* es de aquellas cosas que antes no sabíamos, y que después empezamos a saber. La *agnición*, en cambio, es de aquellas cosas que, habiéndolas sabido antes, luego dejamos de saber, y de las que después nos acordamos; y sospechan una cierta vida anterior en los cielos, después de la cual, habiendo sido arrojados a estos cuerpos y habiendo olvidado a Dios Padre, ahora lo hemos conocido por revelación, según aquel pasaje: *Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra* (Salmo 21:28), y repiten otras cosas semejantes.

(Vers. 18 y ss.) Para que sepáis cuál es la esperanza de su vocación, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la excelsa grandeza de su poder para con nosotros los que creemos [Otra lección: hemos creído] según la operación de la potencia de su poder, que obró

en Cristo, resucitándolo de entre los muertos. Aquel a quien, según la oración de Pablo, le haya sido dado una vez el espíritu de sabiduría y de revelación, para que vea con los ojos del corazón abiertos, este sabrá qué cosas están reservadas para los llamados, y qué cosas han de esperar los santos de Dios, las cuales Él ha de dar abundantemente y con largueza a quienes reciben su herencia. Para este conocimiento, es necesaria la grandeza del poder (virtus) de Dios en aquellos que, a semejanza de Pablo, son llamados creyentes, poder por el cual Dios obró en Cristo Jesús, a quien resucitó de entre los muertos. Además, la herencia (haereditas) debe entenderse de dos maneras: o bien que el primogénito de toda criatura es la herencia del alma de nuestro Señor Jesucristo, y de aquel que fue asumido como hombre de cuerpo y alma, y que nosotros, con la herencia del alma, heredemos a Dios Verbo; o bien que nuestra herencia en Cristo es la única divinidad del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; de modo que, así como se llama herencia de casas y fincas a aquellas mismas cosas que son poseídas por los herederos, así Dios mismo sea la herencia de los creyentes y de los santos. También está escrito en el Antiguo Testamento: "A los hijos de Leví no les daréis herencia en medio de sus hermanos, porque yo soy su porción" (Núm. 18:20); y en otro lugar: "El Señor es su herencia" (Deut. 18:2); y el santo que sabe que no tiene nada fuera de Dios, dice audazmente: "Mi porción es el Señor" (Sal. 72:26); y: "Tú eres la porción de mi herencia y de mi cáliz" (Sal. 15:5). Por lo tanto, no

es de poco esfuerzo conocer la esperanza de la vocación y las riquezas de la gloria de la herencia de Dios en los santos, pues para conocer estas cosas necesitamos de aquel poder del que Dios también se sirvió en su Hijo al resucitarlo, a quien resucitó no una vez, sino siempre de entre los muertos, y lo hizo libre entre los muertos, no manchado por ningún contagio de la muerte. Diariamente Cristo resucita de entre los muertos; diariamente es resucitado en los penitentes. No porque no tuviera también, según la carne, el poder de dar su vida y de volver a tomarla (pues nadie se la quita, sino que Él la da por sí mismo), sino para que, según la dispensación de la carne y del Hijo, se diga que Él, como hombre e Hijo, fue resucitado por Dios Padre.

(Versículo 21) Y le hizo sentar a su diestra en los cielos, por encima de todo principado, y potestad, y virtud, y dominación, y de todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero.

Demostró el poder de Dios a través de una semejanza humana: no porque se ponga un trono, y Dios Padre se siente en él, y tenga al Hijo residiendo con Él; sino porque no podemos entender a Aquel que juzga y reina de otra manera que no sea a través de nuestras propias palabras.

A esto pertenece también aquello que está escrito en el salmo ciento nueve: Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies (Sal. 109, 1).

Pues si, según la costumbre de un monarca reinante, el Hijo se sienta a la diestra del Padre, es

necesario que, por la misma semejanza, sea mayor que aquel que se sentare en la parte izquierda.

Para que sepamos que esto debe entenderse de otro modo a como suena la letra, el mismo salmo enseña en lo que sigue, diciendo: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec: el Señor está a tu diestra.

Pues, ¿cómo, cuando el Hijo se sienta a la diestra del Padre, se afirma a su vez que el Padre está a la diestra de Él? ¿O con qué razón es la tierra el escabel de sus pies y el cielo su trono, cuando, según Isaías, se dice que contiene la tierra en su puño y mide los cielos con la extensión de su palma (Is. 40)?

Pues no puede estar dentro de aquello que es contenido por Él mismo; ni puede tener encerrado en la mano aquello por lo cual Él mismo, a la manera de quien se sienta, es rodeado.

Por tanto, así como estar próximo a Dios, o alejarse de Él, no debe entenderse según las distancias de los lugares, sino según los méritos — de modo que los santos están junto a Él, mientras que los pecadores, de quienes dice el profeta: He aquí que los que se alejan de ti perecerán (Sal. 72, 27), son apartados de toda su vecindad—, así también debe entenderse el estar a la diestra o a la siniestra de Dios: que los santos están a su diestra, pero los pecadores a su siniestra, comprobándolo también el mismo Salvador en el Evangelio, cuando recuerda que las ovejas están a la diestra y los cabritos a la siniestra (Mt. 25).

Pero la misma palabra "sentarse" significa el poder de un reino, por el cual Dios concede un

beneficio a aquellos sobre quienes se digna sentarse: a saber, que los rige, y los tiene en su carro, y vuelve a su propia voluntad sus cuellos antes errantes y libres.

Después de esto, se pregunta cómo puede entenderse lo que sigue: por encima de todo principado, y potestad, y virtud, y dominación, y de todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero.

Y ciertamente, ya se ha hablado sobre la diestra y la siniestra, y sobre el sentarse. Ahora hay que preguntar dónde encontró el Apóstol escritos estos cuatro nombres —hablo de principado (*principatum*), y potestad (*potestatem*), virtud (*virtutem*) y dominación (*dominationem*)— y de dónde los sacó a la luz.

Pues no es lícito pensar que aquel que había sido instruido por la lectura divina dijera algo que no se encuentra en los sagrados volúmenes.

Pienso, por tanto, que o bien sacó a la luz estas cosas secretas de las tradiciones de los hebreos; o ciertamente, que al entender que la ley es espiritual, percibió en un sentido más sublime aquellas cosas que están escritas como si fueran según la historia, y reconoció en lo que se relata en Números y en los libros de los Reyes acerca de reyes y príncipes, y también duques, tribunos y centuriones, una imagen de otros principados y reinos: a saber, que en los reinos celestiales hay principados (*principatus*), hay potestades (*potestates*), hay dominaciones (*dominationes*) y virtudes (*virtutes*), y otros vocablos de ministerios, que ni nosotros podemos nombrar, ni,

pienso, el mismo Pablo, constituido como estaba en un pesado cuerpecillo, pudo haber sido capaz de enumerar.

Pero si existen principados, y potestades, y virtudes, y dominaciones, es necesario que también tengan súbditos, y quienes los teman, y quienes les sirvan, y aquellos que son fortalecidos por su fortaleza.

Estas distribuciones de oficios existirán no solo en el siglo presente, sino también en el venidero: de modo que a través de progresos individuales, y honores, y ascensiones, y también descensos, uno pueda o crecer o decrecer, y llegar a estar bajo una y otra potestad, virtud, principado y dominación.

Nosotros, hombrecillos que pronto hemos de disolvernó en ceniza y polvo, si por el consentimiento de los hombres somos elevados a reyes, tenemos tan grandes diversidades y multitudes de ministros que más fácilmente podemos percibir las que describirlas: por ejemplo, que un Prefecto en la administración civil tiene jueces, provincias y su propio orden; a su vez, la milicia se divide en tantos condes, duques, tribunos y un ejército múltiple; ¿y pensamos que Dios, Señor de Señores y Rey de reyes, se contenta con un ministerio meramente simple?

Y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la Iglesia, la cual es su cuerpo: la plenitud de aquel que todo en todos es llenado. A esto parece ser contrario lo que en otro lugar está escrito: Pues todavía no vemos que le estén sometidas todas las cosas. Y

también aquello: Porque es preciso que él reine, hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies (I Cor. 15:25). Pues si todavía no le están sometidas todas las cosas, y es preciso que él reine hasta que le sean sometidas todas las cosas: ¿cómo es que ahora Dios ha sometido el universo bajo sus pies? Máxime cuando en otro lugar el mismo Pablo atestigua: Pero cuando le hayan sido sometidas todas las cosas, entonces también el mismo Hijo se someterá a aquel que le sometió todas las cosas, para que Dios sea todo en todos (I Cor. 15:28)?

Por tanto, o bien según la presciencia (*praescientia*) [variante: presencia (*praesentiam*)] conmemora lo que ha de venir como si ya hubiera sido hecho, según el sentido que expusimos más arriba, donde dice: Nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo. O ciertamente, si ha de entenderse del pasado, debemos aceptarlo de este modo: que también aquellas cosas que no le están sometidas por voluntad, le sirven por la condición de la naturaleza: por ejemplo, los demonios, los judíos y los gentiles. Pues no sirven a Cristo, ni están sujetos a sus pies, y sin embargo, porque fueron creados por él para un buen fin, están sometidos a su poder contra su voluntad, aunque luchen contra él por la voluntad de su libre albedrío (*liberi arbitrii voluntate*). A este sentido se adapta también lo que sigue: Y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la Iglesia, la cual es su cuerpo. Pues así como la cabeza tiene muchos miembros sujetos a ella, entre los cuales hay algunos enfermos

y débiles, así también nuestro Señor Jesucristo, siendo cabeza de la Iglesia, tiene por miembros a todos los que se congregan en la Iglesia, es decir, tanto a los santos como a los pecadores: pero los santos están sujetos por voluntad, mientras que los pecadores le están sujetos por necesidad.

Y así sucede que también sus enemigos están sujetos a sus pies. Por lo cual, en el hecho de que diga, todas las cosas, parece crear un problema. Pues aquello que fue dicho: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies (Sal. 109:1). Y en otro lugar: Porque es preciso que él reine, hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies (I Cor. 15:25): esto no requiere gran intérprete, para que las cosas que son enemigas, una vez superadas, sean sometidas a sus pies y pasen al poder del vencedor.

Pero por qué todas las cosas, es decir, ángeles, tronos, dominaciones, potestades y las demás virtudes, que nunca fueron contrarias a Dios, deban ser sometidas a sus pies, parece oscuro. Se puede, pues, responder que nadie está sin pecado, y que las mismas estrellas no son puras ante Dios, y que toda criatura tiembla ante la venida del Creador (Job 15). De ahí que se diga que la cruz del Salvador purificó no solo las cosas que estaban en la tierra, sino también las que estaban en los cielos.

Otro, en cambio, refiere 'todas las cosas' no a la totalidad, sino solo a aquellas de las que se ha tratado: o de este modo, 'toda la ciudad clamó', no porque no hubiera nadie en silencio en la ciudad, sino porque a partir de la parte mayor se

nombran también las cosas menores. Y el mismo apóstol Pablo dice: Todos buscan sus propios intereses, no los de Dios (Filip. 2:21): y: Todos me han abandonado. No que Timoteo y los demás discípulos, que estaban con él en el tiempo en que se escribían las Epístolas, lo hubieran abandonado; sino que, por haber sido abandonado por muchos, se queja de haber sido abandonado por todos, es decir, por la mayor parte.

Algo similar a esto resuena también en el salmo: Todos se desviaron, a una se han corrompido; no hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno (Sal. 13:3). Porque si todos se desviaron, entonces también se desvió el que habla. Y en otro lugar: Dije en mi precipitación: todo hombre es mentiroso (Sal. 115:2). Pues o es verdad lo que dijo, o es falso. Si todo hombre es mentiroso, entonces también es mentiroso el que habla. Pero si el que habla también es mentiroso, entonces ni siquiera esto que dice es verdad, que todo hombre es mentiroso. Además, si la sentencia es verdadera, 'todos' debe entenderse como dijimos antes, que una gran parte de los hombres miente.

Escribe también el Apóstol en otro lugar: Enseñando a todo hombre (Col. 3:16). Y de nuevo, amonestando a todo hombre: no que enseñara a todos los hombres, pues ¡cuántos hay que hasta hoy no han oído ni la doctrina del Apóstol ni su nombre!; sino que enseña y amonesta a todos los que están en la Iglesia y desean saber las cosas de Dios.

Sigue: La plenitud de aquel que todo en todos es llenado. Lo cual ciertamente ha de entenderse

del mismo modo que aquello otro: Entonces se someterá a aquel que le sometió todas las cosas, para que Dios sea todo en todos (I Cor. 15:28). Pues ahora Dios está en cada uno por partes: en uno, la justicia; en otro, la castidad; en otro, la templanza; en otro, la sabiduría; en otro, la fortaleza. Y es difícil que incluso en los varones santos y perfectos se den todas las virtudes a la vez. Pero cuando en el fin de las cosas, y en la consumación del mundo, le hayan sido sometidas todas las cosas, será llenado todo en todos: para que, así como Dios está lleno de todas las virtudes, él sea llenado todo en todos, y todos tengan todas las cosas que antes poseían individualmente.

Pero también esto que dice: Y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la Iglesia, la cual es su cuerpo: la plenitud de aquel que todo en todos es llenado, puede entenderse que la Iglesia no es solo de hombres, sino también de ángeles y de todas las virtudes y criaturas racionales.

Y también esto: 'El que todo en todos es llenado', de ninguna manera debe tomarse como suena; pues no dice: 'El que todo en todos llena'; sino, 'el que todo en todos es llenado'. Pues una cosa es llenar, y otra ser llenado; porque en un caso es el verbo de un agente, en el otro, de uno que padece o recibe una acción. Así pues, como un emperador es completado si cada día aumenta su ejército, y se añaden nuevas provincias, y crece la multitud de los pueblos: así también nuestro Señor Jesucristo, en el hecho de que todas las cosas creen en él, y día a día vienen a su fe, él mismo es llenado en todas las cosas: de tal manera, sin em-

bargo, que todas las cosas sean llenadas en todos, es decir, que los que creen en él estén llenos de todas las virtudes, y según el Evangelio le hagan crecer en edad, sabiduría y gracia, no solo ante Dios, sino también ante los hombres (Lucas 2).

(Cap. II.—Vers. 1 ss.)

Y a vosotros, que estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales en otro tiempo anduvisteis, según la corriente de este mundo, según el príncipe de la potestad del aire, del espíritu que ahora opera en los hijos de la desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de la ira, lo mismo que los demás. Pero Dios, que es rico en misericordia, por su mucha caridad con que nos amó, aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dio vida juntamente con Cristo.

Antes de que disputemos sobre los sentidos de cada una de las palabras, nos parece que el orden de la lectura debe ser restituido así: *Y a vosotros, que estabais muertos en vuestros delitos y pecados, os dio vida con Cristo Dios, que es rico en misericordia por su mucha caridad con que nos amó*; y *cuando estábamos muertos en los delitos, en los cuales en otro tiempo anduvimos, según la corriente de este mundo, según el príncipe de la potestad del aire, del espíritu que ahora opera en los hijos de la desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne,

haciendo la voluntad de la carne y de las mentes, y éramos por naturaleza hijos de la ira, nos dio vida con Cristo*, de modo que se sobreentienda *nos dio vida con Cristo* como dicho dos veces, por construcción común (*ἀπὸ κοινοῦ*). En verdad, creemos que la conjunción causal en el lugar donde dice: *Pero Dios, que es rico en misericordia*, o bien fue añadida por escribas indoctos, y el vicio se arraigó poco a poco, o bien fue usada superfluamente por el mismo Pablo, que era imperito en la palabra, pero no en la ciencia (II Cor. 11). Además, es manifiesto que el pecado es llamado muerte del alma, por lo que dice: *Y a vosotros, que estabais muertos en vuestros delitos y pecados*, y también según lo que está escrito en Ezequiel: *El alma que pecare, esa misma morirá* (Ez. 18:4).

Y puesto que los *delitos* (*delicta*), que en griego se llaman *παράπτωματα*, según la etimología de la misma lengua, es propiamente una palabra de las Escrituras (aunque *delicta* se traduciría más correctamente como *πλημμέλιαι*), preguntamos qué significan y en qué se diferencian de los pecados (*peccata*), es decir, qué diferencia hay entre *παράπτωματα* y *ἁμαρτίας*. Pues dicen que los *παράπτωματα* son como los inicios de los pecados, cuando un pensamiento tácito se insinúa y, con nuestra connivencia en alguna medida, todavía no nos ha impulsado a la ruina. De ahí que también en el salmo decimoctavo esté escrito: *¿Quién entiende los delitos* (*delicta*), esto es, *παράπτωματα*? (Sal. 18:13), porque ciertamente es difícil entender las

raíces y los inicios de los pecados. En cambio, el pecado es cuando algo consumado en obra llega a su fin.

También preguntamos qué significa: *en los cuales en otro tiempo anduvisteis según la corriente de este mundo*. ¿Acaso hay otro siglo que no pertenezca a este mundo, sino a otros mundos, de los cuales también Clemente escribe en su Epístola: *El Océano y los mundos que están más allá de él*? ¿O es este único mundo, que desde el principio del siglo en que fue hecho Adán gira y pasa hasta su término? ¿O ciertamente se llama 'mundo' con otro nombre al príncipe de este aire, que ahora opera en los hijos de la desobediencia? También está escrito a los Gálatas: *Para librar-nos de este presente siglo malo* (Gál. 1:4). Y en esta misma Epístola: *Redimiendo el tiempo, porque los días son malos* (Infra, 5:16). Y los días de Jacob se dicen pocos y malos (Gén. 47), ya sea porque el tiempo de esta vida, en el que estamos encerrados en el siglo, es pesado y laborioso, ya sea porque el mismo Satanás es llamado con el nombre de este mundo y siglo, como dijimos antes.

Sobre lo cual, inmediatamente dice en lo que sigue: *Según el príncipe de la potestad del aire, del espíritu que ahora opera en los hijos de la desobediencia*. Ciertamente, por príncipe del aire y espíritu de la potestad que está en este aire, se entiende al diablo, que ahora opera en los hijos de la desobediencia. Pues en aquellos que creen en el Señor, no puede operar. Sobre el cual también dice más abajo: *Nuestra lucha no es contra la

carne y la sangre, sino contra los principados y las potestades, contra los rectores de estas tinieblas, contra las fuerzas espirituales de la maldad en los lugares celestiales*. Esto no es porque el diablo y sus satélites, que vagan por este mundo insinuando pecados a los hombres, puedan estar en el cielo, del cual cayeron por sus propios méritos; sino que este aire que está sobre nosotros es llamado cielo, según aquella elocución del Salvador: *Considerad las aves del cielo* (Mt. 6:26), y lo demás. Pues es manifiesto que las aves no vuelan por el cielo, sino por el aire.

Sigue: *Entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de las mentes*. Lo que dice, *entre los cuales*, debe referirse a los delitos. Pues arriba, como había puesto dos cosas a la vez, *Y a vosotros, que estabais muertos en vuestros delitos y pecados*, y se había referido a los pecados, diciendo: *en los cuales en otro tiempo anduvisteis*, nada semejante parecía seguir con respecto a los delitos que pudiera completar el sentido. Ahora dice: *en los cuales delitos, también todos nosotros vivimos*; y al mismo tiempo, para que en lo que había dicho, *y en vuestros pecados en los cuales en otro tiempo anduvisteis*, no pareciera por soberbia excluirse a sí mismo del pecado, añadió, *entre los cuales también todos nosotros vivimos*. Pero quien dice que *ha vivido* confiesa de delitos pasados, no presentes. *Vivimos*, dice, *en otro tiempo*, no en un solo deseo, sino *en los deseos de nuestra carne*. *Pues la carne desea contra el

espíritu, y el espíritu contra la carne* (Gál. 5:17). Haciendo no una sola voluntad de la carne, sino muchas; y no solo las voluntades de la carne, sino también de las mentes, en lugar de lo cual en los códices latinos se encuentra, *de los pensamientos*.

Ahora bien, pienso que esta es la diferencia entre el pecado de la carne y el de la mente: que el pecado de la carne es la impudicia y la lujuria, y aquellas cosas que se cumplen por su ministerio en actos libidinosos. Pero el delito de la mente pertenece a los dogmas contrarios a la verdad y a la pravedad herética, de modo que podemos decir que muchísimos herejes (aunque esto es raro) hacen las voluntades de la mente y no las voluntades de la carne, y que muchos, por el contrario, de los miembros de la iglesia hacen las voluntades de la carne y no de la mente, y que hay muchísimos que hacen por igual las voluntades tanto de la carne como de la mente. Hemos dicho esto, sin embargo, no porque los herejes no hagan también las voluntades de la carne (pues ciertamente hay más vicios del cuerpo entre ellos que entre los nuestros), sino para que, puesto un ejemplo, se pudiera entender más fácilmente lo que queríamos.

Y éramos, dice, *por naturaleza hijos de la ira, lo mismo que los demás*. Que respondan los herejes que sostienen que existen diversas naturalezas, cómo Pablo, de quien no hay duda que es de naturaleza espiritual, fue por naturaleza hijo de la ira, igual que los demás que todavía están situados en el error. Nosotros, en cambio,

decimos primero que todos los hombres son por naturaleza hijos de la ira, ya sea por el cuerpo de humildad y el cuerpo de muerte, y porque desde la adolescencia la mente del hombre está inclinada a la malicia (Gén. 8); de donde también Salomón dice: *No hay hombre justo en la tierra que haga el bien y no peque* (Ecl. 7:21). O porque desde el tiempo en que podemos tener conocimiento de Dios y llegamos a la pubertad, todos pecamos, ya sea de obra, de palabra o de pensamiento. Éramos, pues, por naturaleza hijos de la ira, lo mismo que los demás, y todos los Santos que han sido redimidos de la ira por la sangre de Cristo. Pues si Pablo, que vivió irrepreensiblemente según la justicia que estaba en la Ley, dice que fue por naturaleza hijo de la ira, ¿por qué temeríamos testificar que incluso los santos varones de la antigüedad fueron hijos de la ira? De todos los cuales se puede decir verdaderamente: *Pero cuando vino el mandamiento, el pecado revivió, y ellos murieron*.

Además, 'hijo de la ira' debe entenderse del mismo modo que 'hijo de perdición', 'hijo de iniquidad', 'hijo de muerte'. Esto no es porque alguna ira, muerte, iniquidad y perdición subsista en su propia naturaleza y tenga hijos; sino porque se llaman hijos de aquello que opera en cada uno: así como se llaman hijos de la Gehenna quienes han de ser consumidos por los fuegos de la Gehenna. Otro piensa que los hijos de la ira son así llamados como hijos del diablo. Pues el diablo es perdición, e ira, y muerte. *La muerte devoró, prevaleciendo* (Is. 52, según los LXX). Y: *El últi-

mo enemigo en ser destruido será la muerte* (I Cor. 15:26). Y al mismo diablo: *Te has convertido en perdición* (Ez. 28, según los LXX). *Convertido*, dice, por propia voluntad, no creado así desde el principio. Por tanto, así como es llamado muerte, porque *por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo* (Sab. 2), y por él murieron los que antes vivían, y perdición, porque pierde a cuantos ha engañado, así también es llamado ira por la ferocidad que ejerce contra el hombre.

Hay quienes piensan que aquel pasaje en los libros de los Reinos, cuando David contó al pueblo de Israel, provocando la ira de Dios contra sí, diciendo la Escritura: *Y se encendió la ira de Dios contra Israel, e incitó a David, diciendo* (II Re. 24:1), significa al diablo como la ira del Señor. Pues, en efecto, según la propiedad de la lengua griega, no dijo en género femenino, la ira de Dios *λέγουσα*, esto es, *que diría*, sino la ira de Dios *λέγων*, esto es, *quien diría*, en género masculino; pues el Señor envía su ira y su furor por medio de ángeles malísimos.

Por tanto, Dios, que es rico en misericordia, y rico por su caridad con que amó al género humano, y no una caridad simple, sino mucha, cuando estábamos muertos por nuestros delitos, nos vivificó, y no solo nos vivificó (pues esto era poco para su bondad y grandeza), sino que nos vivificó con Cristo Jesús, concediéndonos tener una y la misma vida con Cristo.

Algunos, en lugar de lo que ahora hemos expuesto, *Y éramos por naturaleza hijos de la ira*, han traducido *por naturaleza* (*pro natura*)

como *totalmente* (*prorsus*) o *enteramente* (*omnino*), porque la palabra *φύσει* es ambigua. Pero aunque suene así, debe exponerse según lo que hemos dicho.

Por gracia habéis sido salvados. Si los padecimientos del tiempo presente no son dignos de la gloria futura que se ha de revelar en nosotros (Romanos 8), somos salvados más por gracia que por obra. Pues nada podemos retribuir al Señor por todo lo que Él nos ha retribuido.

(Versículo 6.) Y nos resucitó juntamente, y así mismo nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús. Anteriormente había dicho que Dios resucitó a Cristo de entre los muertos y lo hizo sentar a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado, y potestad, y virtud, y dominación, y todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero. Pero ahora ha añadido: que también nos ha resucitado con Él, y nos ha hecho sentar en los lugares celestiales a su diestra. Se pregunta, por tanto, ¿cómo Dios, que nos ha salvado y resucitado, al mismo tiempo nos ha hecho sentar con Cristo? Y ciertamente, quien ha de responder de manera más simple, afirma esto: que según la presciencia (*praescientia*) de Dios, ha dicho aquello que ha de suceder como si ya hubiera sido hecho. Y porque es costumbre de las Escrituras que a veces las cosas futuras se expresen en tiempo pretérito: por ejemplo, acerca de la cruz del Señor: 'Taladraron mis manos y mis pies' (Salmo 21:17). Y en otro lugar, sobre su pasión: 'Como oveja fue llevado al matadero' (Isaías 53:7). Y además, sobre las

heridas de los azotes: 'Por su llaga hemos sido curados' (Ibíd., 5). Y en otro lugar: 'Por las iniquidades de mi pueblo fue llevado a la muerte' (Ibíd., 8, según los Setenta). Esto es así para que, como las cosas futuras son siempre inciertas, la esperanza de los hombres no fluctúe y vacile; aquellas cosas que Dios ha conocido que sucederán (para quien no hay nada ambiguo) se recuerdan como si ya hubieran sido hechas, para que, puesto que los hechos pasados, también según los filósofos, no pueden ser deshechos, quienes oyen tengan por ya hecho lo que ha de venir. Pero otro, que entiende la resurrección y el reino de Cristo espiritualmente, no ha dudado en decir que los santos ya se sientan y reinan con Cristo: pues así como un santo de ninguna manera está en la carne, aunque viva en la carne, y tiene su conversación en los cielos, aunque camine sobre la tierra, y dejando de ser carne, se convierte enteramente en espíritu, así se sienta en los lugares celestiales con Cristo. Pues, en verdad, 'el reino de Dios está dentro de nosotros' (Lucas 17:21); y 'donde esté nuestro tesoro, allí estará también nuestro corazón' (Mateo 6:21); y firmes y estables nos sentamos con Cristo, en la sabiduría, el Verbo, la justicia y la verdad. Sin embargo, también puede decirse esto: que así como hemos recibido la prenda (*arrhabonem*) del Espíritu Santo, sin haber alcanzado aún su plenitud total, así también nos sentamos y reinamos con Cristo, sin poseer todavía la sesión perfecta en los lugares celestiales.

(Versículo 7.) Para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia, en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Cuán grande es la magnitud del beneficio, y cuán múltiple la gracia por la cual el Señor, habiéndonos liberado de las perturbaciones de este siglo, nos ha hecho sentar y reinar con Cristo, se comprueba principalmente por esto: que en los siglos futuros, no en uno sino en todos, ha de mostrar su gloria sobre nosotros a todas las criaturas racionales, y ha de manifestar sus riquezas. Que nosotros, que en otro tiempo estábamos sujetos a la ley del infierno, y por causa de los vicios y pecados estábamos destinados a los suplicios así como a las obras de la carne, ahora reinemos en Cristo y nos sentemos con Él. Y nos sentamos no en un lugar humilde cualquiera, sino sobre todo principado, y potestad, y virtud, y dominación, y todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero. Pues si Cristo, resucitado de entre los muertos, se sienta a la diestra de Dios en los lugares celestiales sobre todo principado, y potestad, y virtud, y lo demás; y nosotros nos sentamos y reinamos con Cristo, es necesario que nos sentemos sobre aquello sobre lo que Él se sienta. Pero el lector diligente pregunta inmediatamente y dice: ¿Qué, pues, es el hombre mayor que los ángeles y todas las potestades en el cielo? Y como es peligroso responder a esto, referirá los principados y potestades, y virtudes, y dominaciones, y todo nombre que se nombra no solo en este siglo sino también en el futuro (máxime porque todo está sujeto a los pies de Cristo) no a

la parte buena, sino a la contraria: para decir que son los ángeles renegados, y el príncipe de este mundo, y Lucifer que se levantaba por la mañana, sobre los cuales los santos se sentarán con Cristo en el fin, otorgando un beneficio también a aquellos pecadores que ahora, desenfrenados y abusando mal de su libertad, vagan por doquier [Otra lectura: vaguen] y se precipitan [Otra lectura: se precipiten]. Mas cuando tengan a tales por sus jueces, comenzarán a ser gobernados según la voluntad de los que se sientan. Otro, en cambio, transferirá esto que dice: "para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros, en Cristo Jesús", a aquella inteligencia, de que no somos salvados por nuestro mérito, sino por su gracia, y que es indicio de mayor bondad morir por los pecadores más que por los justos: "Pues por un hombre bueno, tal vez, alguien se atrevería a morir"; y que nos ha de dar cosas que "ni ojo vio, ni oído oyó, ni han subido al corazón del hombre" (I Cor. II). Todas las cuales cosas ya ha dado en parte en Cristo Jesús, porque ningún bien puede decirse sin Cristo.

(Versículos 8, 9.) Porque por gracia sois salvos por medio de la fe, y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Por eso, dice, mostrará las abundantes riquezas de su gracia, en su bondad en los siglos venideros, porque por gracia habéis sido salvados por medio de la fe, no por las obras. Y esta misma fe no es de vosotros, sino de Aquel que os llamó. Esto se dice, sin embargo, para que no se nos

deslice acaso un pensamiento oculto: si no somos salvados por nuestras obras, ciertamente al menos somos salvados por la fe, y de otro modo es nuestro el que seamos salvados. Por tanto, añadió y dijo que la fe misma tampoco es de nuestra voluntad, sino un don de Dios. No es que se le quite al hombre el libre albedrío (*liberum arbitrium*), y que, según aquello del Apóstol a los Romanos, "no es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia" (Rom. IX); sino que la misma libertad del albedrío tiene a Dios por autor, y a su beneficio deben referirse todas las cosas, puesto que Él mismo nos ha permitido incluso querer el bien. Todo esto es por esta razón: para que nadie se gloríe en sí mismo, y no en que es salvado por Dios.

(Vers. 10) Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó para que anduviésemos en ellas. Ha expuesto las razones por las que somos salvados por la gracia mediante la fe, y esto no de nosotros, sino como don de Dios, diciendo: Porque somos hechura suya, es decir, que vivimos, que respiramos, que entendemos y que podemos creer, es de él, porque él es nuestro creador. Y observa diligentemente que no dijo: "somos su configuración y su modelado", sino: "somos su hechura (*factura*)". Pues el modelado (*plasmatio*) ciertamente extrae su origen del lodo de la tierra; pero la hechura (*factura*) tomó su inicio según la semejanza e imagen de Dios. Esto es también lo que, puesto junto en el salmo ciento dieciocho, significa cosas diversas: "Tus manos me hicieron

y me formaron" (Sal. 118, 73). La hechura ocupa el primer lugar; después, el modelado. Y porque el nombre de creación y fundación suele unirse siempre a grandes obras —por ejemplo: "aquella ciudad fue fundada", y "desde el principio el mundo fue creado", y cada uno de los santos, por medio de diversas enseñanzas y virtudes, es en sí mismo un mundo entero—: por esta razón ahora se dice que somos creados en Cristo, y creados para buenas obras, ya sean las que nosotros mismos hemos hecho o hemos de hacer, ya sea en otras criaturas a las que nuestra conducta ha de ser transferida, para que andemos en aquellas cosas que Dios ha preparado, habiéndonos dado ya una gran esperanza, puesto que hemos de andar en aquellas cosas que Dios ha preparado magníficamente. Y puesto que una vez hemos llegado al nombre de "criatura", y la Sabiduría en los Proverbios de Salomón dice que fue creada como el principio de los caminos de Dios (Prov. 8), y muchos, por temor a ser obligados a llamar a Cristo criatura, niegan todo el misterio de Cristo, para decir que en esta sabiduría no se significa a Cristo, sino a la sabiduría del mundo: nosotros proclamamos libremente que no hay peligro en llamarlo criatura, a quien con toda la confianza de nuestra esperanza profesamos ser gusano, y hombre, y crucificado, y maldición, máxime cuando en los dos versículos precedentes, la misma Sabiduría promete que dirá las cosas que son "después de los siglos" (Prov. 22). Puesto que, sin embargo, Cristo hizo los siglos, y lo que ella dice a continuación son aquellas cosas que

prometió que diría "después de los siglos", lo que sigue debe referirse al misterio de la encarnación, no a la naturaleza de Dios, aunque en los códigos hebreos no se encuentre: "El Señor me creó como el principio de sus caminos", sino: "El Señor me poseyó". Pero entre la posesión y la creación hay una gran distancia: porque el que es poseído, ciertamente es y subsiste, y el que es poseído es propio de sí mismo. El creado, en cambio, es aquel que no era antes de ser hecho; o ciertamente, de aquello que era, es transferido a otra cosa, así como nosotros ahora se dice que somos creados en Cristo Jesús. Creados, ciertamente, no porque antes no existiéramos, sino creados para buenas obras. Esto es también lo que David suplica en el salmo quincuagésimo, diciendo: "Crea en mí un corazón puro, oh Dios" (Sal. 50, 11). Y ciertamente había tenido un corazón puro antes de pecar, cuando el Señor hablaba de él: "He encontrado a David, hijo de Jesé, un hombre según mi corazón" (Hch. 13, 22); pero así como allí la creación significa renovación, así también en nosotros y en Cristo, a través de cada obra y progreso, puede entenderse "criatura" y "fundación", de modo que diariamente en los creyentes, quienes, por sus variados y diversos méritos, son llamados montes, y valles, y colinas, y llanuras— Cristo sea creado, nacido y fundado.

(Vers. 12) Por lo cual, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en la carne, erais llamados prepucio por la que se llama circuncisión, hecha con mano en la carne; porque en aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la

ciudadanía de Israel y extranjeros a los pactos de la promesa [variante: de la nueva promesa], sin tener esperanza y sin Dios en el mundo. Al llamar a los efesios gentiles en la carne, muestra que en el espíritu no son gentiles: así como, por el contrario, los judíos son gentiles en el espíritu e israelitas en la carne. Por tanto, los judíos y los gentiles se dividen de cuatro maneras. Unos están circuncidados en la carne y en el espíritu, como lo fueron Moisés y Aarón, los Apóstoles y Natanael, cuyo judaísmo oculto, al percibirlo el Señor, dijo: "He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño" (Juan 1:47). Otros no están circuncidados ni en la carne ni en el espíritu, como lo fueron Nabucodonosor y Faraón, y hoy la multitud de los pueblos bárbaros y romanos que no creen en Dios. En tercer lugar, los que solo están circuncidados en la carne y tienen el espíritu incircunciso, a quienes el profeta dice: "Circuncidaos para vuestro Dios, y no circuncidéis la carne de vuestro prepucio" (Jeremías 4:4). Y en otro lugar: "Todas las naciones son incircuncisas [variante: incircuncisa] en la carne; pero la casa de Israel es incircuncisa de corazón" (Jeremías 9:26). Por último, aquellos de quienes ahora se dice: "que en otro tiempo vosotros, los gentiles en la carne, erais llamados prepucio por la que se llama circuncisión, hecha con mano en la carne", tal como es hoy toda la multitud de los creyentes, y el mundo entero está lleno de ellos de entre los gentiles. Por tanto, para distinguirlos de los gentiles espirituales, es decir, los judíos, los efesios son llamados gentiles en la carne, porque según

el espíritu son israelitas. Pues también en otro lugar la Escritura, al mencionar al Israel carnal, dice: "Mirad a Israel según la carne" (I Corintios 10); porque en el espíritu no era Israel. Además, también ha moderado bellamente sus palabras: "erais llamados prepucio". "Erais llamados", dice, "prepucio", pero no lo erais, por aquella que se llama circuncisión en la carne hecha con mano. No porque sea la circuncisión, sino porque ella misma se atribuye este nombre, y es verdaderamente una circuncisión hecha con mano, no con el espíritu. Al mismo tiempo, también debe atenderse a esto: que nosotros, a quienes recordó que en otro tiempo estábamos alienados de la comunidad de Israel sin Cristo, y éramos extranjeros a las promesas y al Testamento de Dios, ahora, después de haber creído en Cristo, así como hemos recibido sus nuevas promesas y testamentos, así también se dice que tenemos la comunidad de Israel: de qué modo toda la vida legal se cumple en nosotros, porque, ciertamente, la ley es espiritual, y somos más verdaderamente circuncidados, y guardamos el sábado en espíritu, ofreciendo víctimas espirituales; destruidos el templo y el altar de ellos, nosotros ofrecemos a Dios los diezmos de nuestros frutos; nosotros inmolamos el cordero inmaculado y, ceñidos los lomos, comemos la Pascua preparados. Pues así como se llama circuncisión en la carne hecha con mano, así, para distinguirla, se entiende que hay otra circuncisión, que no es [variante: así como], como hemos dicho, hecha con mano, sino con el espíritu. En cuanto a lo que dice: "sin tener

esperanza y sin Dios en el mundo": no es que los efesios no tuvieran y veneraran a muchos dioses antes de creer en Cristo, sino que quien está sin el Dios verdadero, no tiene ningún dios. Y significativamente se añade: "sin Dios en el mundo". Pues ciertamente tenían un Dios, a quien Dios había preconocido que tendrían, y ante la presciencia de Dios no estaban sin Dios, pero en el mundo estaban sin Dios.

(Versículos 13, 14) Mas ahora, en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo; porque él es nuestra paz. Dios está en todas partes, y todo entero en todas partes; ¿de quién puede uno separarse, cuando en él están todas las cosas? Y él mismo habla por el profeta: Yo soy un Dios cercano, y no de lejos (Jer. 23:23). Y el Salmista testifica: Si subo a los cielos, allí estás tú; si desciendo al infierno, allí te encuentras (Sal. 138:8). Puesto que, por tanto, todas las cosas están en él, se dice sin embargo que está lejos de los impíos, según aquello: Lejos está el Señor de los impíos (Prov. 15:29). Aquel de quien los impíos están lejos, es cercano a los santos. Finalmente, como también estaba lejos de los efesios, se hizo cercano a ellos en la sangre de Jesús. Y debe considerarse con mayor diligencia que sin la sangre del Señor Jesús, nadie se acerca a Dios, porque él mismo es nuestra paz, diciendo: Mi paz os doy; mi paz os dejo (Juan 14:27). Pues así como la sabiduría hace sabios, y la justicia justos, y la santificación santos, y la vida vivientes: así también él, la paz misma, nos hace estar en paz,

para que digamos: con los que odiaban la paz, yo era pacífico (Sal. 119:7). Pero si Cristo es la paz de los creyentes, quienquiera que esté sin paz, por consiguiente no tiene a Cristo.

(Vers. 15 y ss.) Él, que de ambos hizo uno, y derribando el muro intermedio de separación, la enemistad, aboliendo en su carne la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas; para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y para reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo por medio de la cruz, matando en ella las enemistades. Y vino y anunció la paz a vosotros que estabais lejos, y la paz a los que estaban cerca; porque por medio de él los unos y los otros tenemos acceso en un mismo Espíritu al Padre. Este es el muro intermedio y la valla, que dividía a ambos pueblos entre sí. Del cual también en el Génesis, en el parto de los gemelos, habla la partera: *¿Por qué ha sido rota la cerca por ti?* (Gén. 38:29). Por tanto, después de que el Salvador destruyó en su propia carne la sabiduría de la carne, que es enemiga de Dios (Rom. 8), y cambió los preceptos de la Ley por los dogmas evangélicos, para hacer del judío y del gentil un solo pueblo cristiano, evangelizando la paz y la concordia a nosotros que estábamos lejos y a las reliquias de los judíos que de Israel creyeron por medio de los apóstoles: entonces nos acercamos por él a Dios, y conocimos que tenemos un solo Padre en el espíritu. Y se cumplió aquello que el Señor decía en el Evangelio: *Y habrá un solo pastor y un solo rebaño* (Jn. 10:16); y de nuevo: *También tengo otras ovejas que no son de este

redil*, significándonos a nosotros que habíamos de ser congregados de entre los gentiles. Mas la enemistad que fue destruida en la carne del Salvador, también fue muerta por la cruz. Pues está escrito: *para reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo por medio de la cruz, matando en ella las enemistades*. No como se encuentra en los códices latinos, *en sí mismo*, debido a la ambigüedad del pronombre griego: pues *ἐν αὐτῷ* puede entenderse tanto como *en sí mismo*, como *en ella*, es decir, en la cruz, porque cruz, esto es, *σταυρὸς*, según los griegos es de género masculino. La ley de los mandamientos también fue subvertida por los dogmas: después de que la circuncisión, y el sabbatismo que le fue dejado al pueblo de Dios, y la Pascua, y Pentecostés, y el no aparecer vacío ante la vista de Dios, fueron entendidos más profundamente de lo que suenan, y apartándonos de la letra que mata, comenzamos a seguir el espíritu que vivifica. En cuanto a lo que dice: *Viniendo, evangelizó la paz a vosotros que estabais lejos*, esto es, a los gentiles, *y la paz a los que estaban cerca*, esto es, a los judíos, me parece que ha aducido un testimonio de Isaías con otras palabras, y ha usado la sentencia de la Escritura como si fuera suya. Pues está escrito en él: *Vi sus caminos, y lo sané, y lo consolé, y le di verdadera consolación: paz sobre paz a los que estaban lejos y a los que estaban cerca* (Is. 57:18). Y que esto se diga según la interpretación de la Vulgata. Por lo demás, quien lea aquel pasaje del Apóstol, que menciona a Cristo: *Haciendo la paz por la sangre de su cruz, tanto a las cosas

que están en la tierra como a las que están en los cielos*, y lo demás que se dice en el mismo lugar, no pensará que nosotros, que según el espíritu somos llamados Israel, estábamos lejos; y que los judíos, que solo en la carne son llamados Israel, estaban cerca. Y adaptará toda esta inteligencia a los ángeles y a las virtudes celestiales, y a las almas humanas: que Cristo en su sangre unió lo terreno y lo celestial, que antes estaban en discordia entre sí; y el buen pastor, llevando de vuelta a los montes a la oveja enferma, hizo que estuviera con las demás; y la dracma que se había perdido, la unió a las dracmas que se habían salvado (Lc. 15), y redujo los mandamientos legales a aquellos dogmas, según cuyo tipo e imagen Moisés vio lo que debía fabricarse en el tabernáculo (Éx. 20). Y así sucede que la cruz del Señor no solo benefició a la tierra, sino también al cielo; no solo a los hombres, sino también a los ángeles; y toda criatura fue purificada por la sangre de su Señor. En cuanto a lo que dice: *Para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre*, y lo que parece convenir más al sentido anterior sobre judíos y gentiles: lo adaptaba a su propia inteligencia, para decir que el hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios, recibirá tras la reconciliación la misma forma que ahora tienen los ángeles, y que él mismo había perdido. Dice que es un *hombre nuevo*, que se renueva cada día, y que habitará en un mundo nuevo, cuando haya un cielo nuevo y una tierra nueva (Is. 65), y beberá la nueva copa de Jesús en el reino de Dios (Mc. 14), y cantará un cántico nuevo (Sal.

32:5 y 97), y se gozará en la lectura del Antiguo y del Nuevo Testamento. Aquello que también está escrito en otro lugar: *He aquí que hago cosas nuevas, que ahora brotarán* (Is. 43:19), lo entenderá de tal manera que estime que el principio de la renovación ocurre en el siglo presente. Pero no pensaría que la novedad perfecta y consumada pueda cumplirse en este siglo. Y así como ahora vemos por un espejo, en enigma, mas entonces cara a cara (1 Cor. 13): así también la restauración del hombre nuevo se cumplirá plena y perfectamente entonces, cuando lo celestial y lo terrenal hayan sido unidos, y en un solo espíritu, y en un mismo sentir y una misma sentencia, nos hayamos acercado al Padre. No sé qué cosa semejante insinúa Pablo a los lectores prudentes en otra Epístola (si es que alguien la acepta), diciendo: *Y todos estos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron la promesa, proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros* (Heb. 11:39-40). Por eso, también toda la creación gime a una con nosotros, que gemimos en este tabernáculo, y se conduele, nosotros que por el temor de Dios concebimos en el vientre y sufrimos dolores, y aguardamos la revelación de los hijos de Dios: para que sea liberada de la vanidad de la servidumbre, a la que ahora está sujeta, y haya un solo pastor y un solo rebaño: y se cumpla la Oración del Señor que dice: *Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra* (Mt. 6:10).

(Versículos 19 y ss.) Por tanto, ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos y miembros de la casa de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo. En quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor. En quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu. A lo que había dicho antes: "extranjeros a los pactos y a la promesa", ahora responde: "por tanto, ya no sois extranjeros ni advenedizos". Y a aquello que había anticipado, "alejados de la ciudadanía de Israel", ahora vuelve: "Sois conciudadanos de los santos y miembros de la casa de Dios". Este pasaje argumenta muy especialmente en contra de aquellos que se esfuerzan por introducir diversas naturalezas. Pues, ¿cómo los extranjeros se han hecho ciudadanos de los santos, y cómo los que en otro tiempo estaban alejados de la ciudadanía de Israel se han convertido en miembros de la casa de Dios, si la naturaleza no puede ser cambiada ni para mejor ni para peor? Además, lo que sigue: "Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas", se ajusta más a la primera interpretación que a la segunda, en la cual dijimos anteriormente que, antes de la pasión de Cristo, Israel estaba cerca y los gentiles estaban lejos. También podemos usar este testimonio contra Marción y los demás herejes antiguos, que predicaban un Dios de la Ley y otro del Evangelio. Porque si de ninguna manera son extranjeros y advenedizos, sino ciudadanos de

los santos y miembros de la casa de Dios, sobreedificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra angular el mismo Cristo Jesús; en quien toda la edificación, bien trabada, crece para ser un templo santo en el Señor; en quien también los efesios son juntamente edificados para tabernáculo de Dios en el espíritu, entonces uno es el Dios de la única edificación y templo, que está sobreedificado sobre el fundamento de los apóstoles y profetas. Pero si toda la edificación, bien trabada, crece para ser un templo santo en el Señor, debemos esforzarnos con todo ahínco para llegar a ser aquellas piedras de las que está escrito: "Las piedras santas ruedan sobre la tierra" (Zac. 9:16). Y cuando seamos piedras vivas, labradas por todas partes, lisas [o: ligeras], pulidas, sin ninguna aspereza, seamos edificados como un templo y convirtámonos en morada para Dios. Y que se establezca en nosotros el arca de la alianza, guardiana de la Ley del Señor, y los Querubines, la "multitud del conocimiento", y que lo más íntimo de nuestro pecho pase a un nuevo nombre: que se nos llame DABIR (), que nosotros podemos llamar "oráculo" o "respuesta", y para expresar la palabra más contenciosamente, palabra por palabra, decir *lalētērion*, es decir, "locutorio": para que prurumpamos en voz con el Apóstol: "¿Buscáis una prueba de que Cristo habla en mí?" (I Cor. 13:3)? Además, toda la edificación construida sobre el fundamento de los apóstoles y profetas puede significar no solo a nosotros, sino también a las virtudes celestiales, para que todos por igual se

conviertan en morada de Dios en el espíritu: pues dicen que es incongruente que una edificación, compacta y armoniosa, compuesta de hombres, crezca para ser un templo santo en el Señor y se convierta en morada de Dios en el espíritu, mientras que los ángeles y todas las virtudes bienaventuradas que sirven a Dios en los cielos sean consideradas ajenas a esta felicidad. Pero la principal piedra angular, que contiene a ambos pueblos (o, según la segunda interpretación, uno celestial y lo terrenal) es Cristo nuestro Señor, la piedra cortada del monte sin manos, de la cual también el Salmista da testimonio, diciendo: "La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza del ángulo". "De parte del Señor ha sido esto" (Sal. 117:22). Pues fue rechazado por los fariseos, que parecían tener conocimiento de la Ley y edificar el templo de Dios con mandatos legales; y fue asumido por Dios como piedra angular, para que, estando en medio, contuviera las dos paredes, y por medio de él ambos pueblos tuvieran acceso a Dios. Esta piedra angular es, para los no creyentes, piedra de tropiezo (*lapis offensionis*) y roca de escándalo (*petra scandali*): sobre quien caiga, será quebrantado; pero sobre quien ella caiga, lo desmenuzará (Lucas 20).

LIBRO SEGUNDO.

Según vuestras oraciones, oh Paula y Eustiquia, abordamos el libro a los Efesios, a punto de enviar también nuevos y pequeños presentes a Roma. No porque el senado de los doctos se digne a leer estas cosas y a añadirlas a las bibliotecas de los antiguos, sino porque la santa Marcela exige por sus cartas que esto mismo se haga. Cada vez que recuerdo sus estudios, su ingenio y su trabajo, me condeno a mí mismo por mi propia inercia; pues, establecido en la soledad de un monasterio y viendo frente a mí aquel pesebre en el que los presurosos pastores adoraron al niño que vagía (Lucas 2), no soy capaz de hacer lo que una mujer noble, en medio de una familia ruidosa y de la administración de la casa, lleva a cabo en sus momentos libres. Por lo cual, ruego a ella y a vosotras, y a cualquiera que por ventura vaya a leer esto, en común, que sepáis que no presento un discurso largamente meditado y pulido, sino que, para revelar los misterios de las Escrituras, uso palabras casi de la calle, y a veces alcanzo hasta el número de mil versos por día, para que la explicación sobre el Apóstol que ha sido comenzada se complete por las oraciones del mismo Pablo, cuyas Epístolas intentamos exponer.

Por esta causa, yo, Pablo, prisionero de Jesucristo por vosotros los gentiles; si es que habéis

oído de la dispensación de la gracia de Dios que me ha sido dada para con vosotros. Porque por revelación me fue dado a conocer el misterio, como antes he escrito brevemente; según podéis, al leerlo, entender mi sentido en el misterio de Cristo. En lo que atañe a la consecuencia del discurso y al texto de la elocución, con respecto a lo que anticipó: "Por esta causa, yo, Pablo, prisionero de Jesucristo por vosotros los gentiles", buscando con suma diligencia, no hemos podido encontrar nada que lo completara. Pues no dijo: "por esta causa yo, Pablo, hice esto o aquello, o enseñé esto y aquello", sino que, quedando la frase en suspenso, pasó a otras cosas.

A no ser que, perdonándole lo que él mismo confesó diciendo: "Y aunque sea rudo en la palabra, no lo soy en la ciencia" (I Cor. 11, 6), busquemos en él más el orden de los sentidos que el de las palabras. Lo cual puede expresarse así: por esta causa, yo, Pablo, prisionero de Cristo Jesús, y prisionero por vosotros que sois de los gentiles, he conocido el misterio, para entregároslo también a vosotros, como he dicho un poco antes en esta misma Epístola. Debéis, pues, oír de la dispensación de la gracia de Dios, que me fue dada para vosotros que sois de los gentiles, por quienes también soy prisionero de Jesucristo.

Ahora bien, que Pablo fuera prisionero de Jesucristo por los gentiles puede entenderse también con respecto a su martirio: que, habiendo sido arrojado a las cadenas en Roma, envió esta Epístola al mismo tiempo que, como hemos mostrado en otro lugar, fueron escritas las cartas a

Filemón, a los Colosenses y a los Filipenses. O ciertamente, porque en muchos lugares se lee que este cuerpo es llamado la cadena del alma, por la cual esta se mantiene como encerrada en una cárcel, decimos por ello que Pablo es coartado por los lazos del cuerpo, y no vuelve para estar con Cristo, a fin de que por él se complete la predicación perfecta a los gentiles. Aunque algunos introducen en esto otro sentido, a saber, que Pablo, predestinado y santificado desde el vientre de su madre para la predicación a los gentiles antes de nacer, recibió después las cadenas de la carne.

Pienso, sin embargo, que la elocución en este lugar es también defectuosa. Pues en lugar de lo que debió decir: "por esta causa, yo, Pablo, prisionero de Jesucristo por vosotros los gentiles, he conocido el misterio, como también he escrito antes brevemente, según podéis, al leerlo, entender", dice: "por esta causa yo, Pablo, prisionero... según la revelación, me fue dado a conocer el misterio", y lo demás. Pero si alguien puede enseñar, incluso según el contexto del discurso y la elocución, que el Apóstol fue perfecto y no incurrió en los vicios del arte de la gramática, a él más bien se le debe escuchar. Nosotros, cada vez que hemos señalado solecismos (*soloecismos*) o algo semejante, no atacamos al Apóstol, como acusan los malévolos, sino que somos más bien defensores del Apóstol, porque un hebreo de hebreos, sin el pulimento del discurso retórico, la composición de las palabras y el encanto de la elocuencia, nunca habría podido llevar al mundo

entero a la fe de Cristo, si no lo hubiera evangelizado no en la sabiduría de la palabra, sino en el poder de Dios. Pues él mismo también dice a los Corintios: "Y yo, hermanos, cuando fui a vosotros, no fui con excelencia de palabra o de sabiduría, anunciándoos el testimonio de Dios" (I Cor. 2, 1). Y de nuevo: "Y mi palabra y mi predicación no fueron con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios" (Ibíd., 4 y 5).

Este, pues, que comete solecismos en sus palabras, que no puede resolver un hipérbaton y concluir una frase, audazmente reclama para sí la sabiduría y dice: "Porque por revelación me fue dado a conocer el misterio, como antes he escrito brevemente". Pues en verdad, si alguien contempla las partes anteriores de esta epístola, verá que le fueron revelados misterios, de los cuales ha rozado una pequeña parte en su discurso: no tanto exponiendo todo lo que sabía, cuanto mostrando a partir de lo poco lo que callaba. "Según podéis", dice, "al leerlo, entender mi sentido", o sabiduría, "en el misterio de Cristo". Esto es lo que dijimos en el prefacio: que ninguna de las Epístolas de Pablo contiene tan grandes misterios, tan envuelta en sentidos recónditos, los cuales el Apóstol se gloria de conocer y nos los muestra brevemente indicados, para que releamos con más atención lo que está escrito.

(Vers. 5 y sigs.) El cual en otras generaciones no fue dado a conocer a los hijos de los hombres,

como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas en el Espíritu: que los gentiles son coherederos, y concorporales, y copartícipes de la promesa en Cristo por medio del Evangelio, del cual yo fui hecho ministro según el don de la gracia de Dios, que me fue dada según la operación de su poder.

El misterio de Cristo, que el Apóstol ha tratado parcialmente más arriba, parece requerir un reexamen más completo sobre cómo fue desconocido para otras generaciones: ¿acaso Abraham, Jacob y Moisés, Isaías y los demás profetas lo ignoraron, o no? La Escritura registra que la venida de Cristo y la vocación de los gentiles fueron predichas por ellos. Pues Abraham vio su día y se alegró (Juan 8:56), y se le dice: "En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones" (Gén. 22:18). Y Jacob habla proféticamente de aquel que habría de surgir de Judá: "Y él será la expectación de las naciones" (Gén. 49:10). Moisés también consideró el oprobio de Cristo mayores riquezas que los tesoros de Egipto. e Isaías dice: "He aquí que una virgen concebirá en su vientre y dará a luz" (Is. 7:14). Y en otro lugar: "Habrá una raíz de Jesé, y el que se levantará para reinar sobre las naciones: en él esperarán las naciones" (Is. 11:10). And not to be long, it may suffice to have said a few things from the Psalms: "And all the families of the nations shall worship in his sight" (Ps. 21:28). Y de nuevo: "Todas las naciones le servirán" (Sal. 17:11). Y aún más claramente sobre el pueblo de Israel y el Señor Salvador: "Visita esta viña, y perfecciona la que tu diestra plantó,

y sobre el hijo que confirmaste para ti" (Sal. 79:15, 16). La dispensación de su cuerpo se indica también en lo que sigue: "Sea tu mano sobre el varón de tu diestra, y sobre el hijo del hombre que confirmaste para ti" (v. 18). O bien, según Montano, debemos aceptar que los patriarcas y profetas hablaron en éxtasis y no supieron lo que decían; o si esto es impío (pues el espíritu de los profetas está sujeto a los profetas), ciertamente comprendieron lo que hablaron. Y si lo comprendieron, se pregunta cómo dice ahora Pablo que lo que no fue conocido para otras generaciones ha sido revelado a los apóstoles de Cristo.

O bien, debe responderse que Pablo testificó cauta y significativamente que el misterio era desconocido para los "hijos de los hombres", no para los "hijos de Dios", a quienes habla: "Yo dije: dioses sois, y todos vosotros hijos del Altísimo" (Sal. 81:6). Es decir, que aquellos que habían recibido el espíritu de adopción, entre los cuales estaban los patriarcas y profetas, conocieron el sacramento de Dios. O si esto no se acepta, y parece demasiado violento y forzado, el discurso pasará a esto: que Pablo no dijo de manera definitiva y general que el sacramento del Señor fuera totalmente desconocido para otras generaciones, sino que los antiguos patriarcas y profetas no lo conocieron de la manera en que ahora es revelado a sus santos y apóstoles.

Pues una cosa es conocer en el espíritu las cosas por venir, y otra verlas completadas en la obra. Por eso Juan es llamado el mayor de todos los profetas (Lc. 7) por esta razón: porque a quien

los demás profetizaron, él mismo lo contempló y lo señaló con el dedo, diciendo: "He aquí el Cordero de Dios: he aquí el que quita los pecados del mundo" (Jn. 1:29). Según este sentido, también puede explicarse aquello: "Muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron, y oír lo que oís, y no lo oyeron" (Lc. 10:24). Ciertamente deseaban ver y oír estas cosas que habían conocido que habrían de venir. Pues si no conocían las cosas por venir, ¿cómo podrían desear lo que ignoraban por completo?

Leemos en los libros de los Reyes que el Señor prometió a Salomón en sueños, diciendo: "Por cuanto me has pedido esta palabra, y no has pedido para ti muchos días, ni has solicitado riquezas, ni las vidas de tus enemigos, sino que has pedido para entender y oír el juicio: he aquí que he hecho según tu palabra, y te he dado un corazón prudente y sabio, tal como no hubo antes de ti, y después de ti no se levantará nadie semejante a ti" (1 Re. 3:11, 12). ¿Y cómo piensan algunos que el misterio que fue desconocido para Salomón fue revealed a los apóstoles de Cristo, cuando la voz divina prometió que Salomón sería más sabio que todos los apóstoles y que los patriarcas de antaño? Él también habla con confianza de sí mismo: "Dios me enseñó la sabiduría, y conocí el entendimiento de los santos" (Sab. 7:21). También David se gloria del conocimiento del misterio oculto, diciendo: "Las cosas inciertas y ocultas de tu sabiduría me las manifestaste" (Sal. 50:8). Y a aquel que se aplaudía a sí mismo por su sabiduría, Dios

le habla por medio del profeta: "¿Eres tú más sabio que Daniel?" (Ez. 28:3).

O bien, debe mantenerse aquel sentido que ya hemos discutido anteriormente: que los patriarcas y profetas ignoraron el misterio de Cristo de la manera en que ahora es revelado a los apóstoles, porque una cosa es tener algo entre las manos, y otra prever en el espíritu lo que ha de venir. O bien debe decirse que así como los rostros no son semejantes a los rostros, así tampoco los corazones son semejantes a los corazones; y, según el Apóstol, hay diversos carismas: uno tiene profecía, otro géneros de lenguas, otro dones de curación, otro ayudas y gobiernos; este es sabio, aquel fiel, este destaca en el conocimiento de secretos, mientras que aquel se contenta solo con la fe sencilla (1 Cor. 12). Pues no todos, siguiendo el ejemplo de Salomón, hablaron de la misma manera sobre las naturalezas de las bestias y de las aves y de las hierbas, para disertar desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que brota de la pared. Por el contrario, Salomón tal vez no vio, como Moisés, todas las especies de víctimas y el culto de Dios; ni el Señor le habló cara a cara, ni tuvo ni entendió tanto del mobiliario de los vasos, cuyo tipo el Señor le mostró en el monte (1 Re. 4; Éx. 33, 25). Y así como debe creerse que los patriarcas y profetas tuvieron algunas cosas que los apóstoles no tuvieron, así por el contrario, por la oportunidad del tiempo y por la predicación del Evangelio, los apóstoles tuvieron el misterio de Cristo más claramente conocido. Pues los hombres santos de antaño ciertamente lo conocieron, pero no de

la manera en que los apóstoles, sobre quienes incumbía la necesidad de predicar.

¿Qué es, pues, este misterio que, tal como es ahora, no fue revelado a otras generaciones? Ciertamente es lo que sigue: "que los gentiles son coherederos, concorporales y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del Evangelio", del cual Pablo fue hecho ministro según el don de la gracia de Dios, que le fue dada según la operación de su poder. Sé que la adición de su conjunción, por la cual se dice "coherederos, y concorporales, y copartícipes", hace una sentencia poco agraciada en la lengua latina. Pero porque así se tiene en el griego, y cada palabra, sílaba, marca y punto en las divinas Escrituras están llenos de sentidos, por eso preferimos arriesgarnos en la composición y estructura de las palabras antes que en el entendimiento. Los gentiles, por tanto, son coherederos con Israel, o como mejor pensamos, son coherederos con Cristo, para que Dios sea nuestra herencia, y nosotros coherederos de Cristo. Lo cual también está escrito en otro lugar: "Herederos de Dios, y coherederos con Cristo" (Rom. 8:17). No que se divida alguna posesión entre nosotros, sino que el Señor mismo sea nuestra herencia y posesión. Pues el Señor, dice, "es vuestra herencia" (Dt. 18:2); y en otro lugar: "El Señor es mi parte y mi herencia" (Sal. 15:5).

"Concorporales", por su parte, significa esto: que así como en un solo cuerpo hay muchos miembros —por ejemplo, ojos, manos, oídos, pies, vientre y rodillas— y aunque estén en un

solo cuerpo, tienen sus diferencias y se alegran y sufren los unos por los otros: así, aunque tengan diversos carismas, los que han creído en Cristo están, sin embargo, congregados en el único cuerpo de la Iglesia. Y en las dos primeras palabras, es decir, en lo que dijo, "coherederos y concorporales", podría sospecharse alguna diferencia en el único cuerpo. Pero por lo que añadió, "y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús", toda diferencia queda enteramente cortada. Pues donde hay una coparticipación, todas las cosas son comunes.

También añadió bellamente: "por medio del Evangelio, del cual fui hecho ministro según el don de la gracia que me fue dada según la operación de su poder", para demostrar la gracia de Dios, no su propio mérito. Pues sabía que había sido perseguidor y había devastado la Iglesia de Cristo, de cuya humildad queda enteramente excluido el crimen de la arrogancia. Sobre lo cual algunos piensan que debe ser reprendido: porque dijo que el misterio le fue revelado, el cual había sido desconocido para los patriarcas y profetas. Pues el discípulo de la humildad nunca se hincharía con palabras de arrogancia, diciendo que el Evangelio del cual es ministro no fue por su propio mérito, sino por la gracia de Dios.

Quienes quieren que los profetas no hayan comprendido lo que dijeron, sino que hablaron como en éxtasis, traen para confirmación de su dogma no solo el presente testimonio sino también aquel que se encuentra en la mayoría de los códices de la Epístola a los Romanos, leyendo:

"Al que puede fortaleceros según mi Evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio mantenido en secreto por tiempos eternos, pero manifestado ahora por medio de las Escrituras proféticas y la venida de nuestro Señor Jesucristo", y lo demás. A quienes debe responderse brevemente que el misterio de Cristo fue mantenido en secreto en los tiempos pasados, no entre aquellos que prometían que habría de venir, sino entre todas las naciones a las que después les fue manifestado. E igualmente debe anotarse que el sacramento de nuestra fe no puede ser revelado sino por medio de las Escrituras proféticas y la venida de Cristo. Sepan, por tanto, quienes no entienden a los profetas, ni desean conocerlos, afirmando que están contentos solo con el Evangelio, que ignoran el misterio de Cristo, el cual fue desconocido para todas las naciones por tiempos eternos.

(Vers. 8, 9.) A mí, el mínimo de todos los santos, me fue dada esta gracia: evangelizar entre los gentiles las ininvestigables riquezas de Cristo, e iluminar a todos sobre cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas.

No creo que el apóstol Pablo estuviera de acuerdo con el secreto de su propia mente al decir que verdaderamente era el mínimo entre todos los santos: por ejemplo, entre los que estaban en Éfeso, en Corinto, en Tesalónica, o los que habían creído en todo el mundo. Si bien es un signo de humildad llamarse a sí mismo el mínimo de todos los santos, es culpa de mentira tener una

cosa encerrada en el pecho y proferir otra con la lengua. Por lo tanto, debe encontrarse un argumento por el cual Pablo fuera verdaderamente el mínimo de todos los santos, y sin embargo no cayera de su dignidad apostólica. El Señor habla en el Evangelio a los discípulos: "El que quiera entre vosotros ser el mayor, hágase el menor de todos, y el que quiera ser el primero, sea el último de todos" (Mt. 20, 26. 27). Esto lo cumplía Pablo con la obra, diciendo: "Pues pienso que Dios nos ha mostrado a nosotros los apóstoles como los últimos, como destinados a la muerte" (1 Cor. 4, 9). Para todos, por tanto, que deseaban ser débiles por causa de Cristo, el apóstol Pablo era más débil, y por eso mismo mayor. "Pues he trabajado más que todos ellos", dice, "no yo, sin embargo, sino la gracia de Dios que está conmigo". Debido a esta humildad, mientras es el mínimo de todos los santos, le fue dada esta gracia entre los gentiles: para que evangelizara las ininvestigables riquezas de Cristo, y enseñara la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas.

Si las riquezas de Cristo son ininvestigables, ¿cómo se evangelizan entre el pueblo? Si el misterio está escondido desde los siglos en Dios, ¿por qué razón es proferido por Pablo entre las naciones? Pero "investigables" y "escondido" debe entenderse de dos maneras. O bien que las riquezas fueron anteriormente ininvestigables, y ahora, después de la pasión del Señor, han sido abiertas. O ciertamente que aquellas cosas que por su naturaleza eran ininvestigables para el

hombre, han sido conocidas por revelación de Dios. Pues una cosa es llegar a un secreto por la propia curiosidad, el cual, después de haber sido hallado, deja de ser ininvestigable. Otra cosa es no poder comprenderlo de ninguna manera por la propia diligencia, sino conocerlo por la gracia de Dios; el cual, cuando lo has aprendido y lo has mostrado también a los demás, no por ello deja de ser ininvestigable, mientras que para ti, en cuanto está en ti, era oculto antes de ser mostrado. El Salmista, hablando al mismo Cristo, atestigua las ininvestigables riquezas de Cristo, diciendo: "¡Cuán infinita es la multitud de tu bondad, que has escondido para los que te temen!" (Sal. 30, 20). Estas riquezas de su bondad estuvieron escondidas desde todos los siglos pasados en Dios, que es el creador de todo. ¿Dónde están Marción y Valentín, y todos los herejes que afirman que uno es el creador del mundo —es decir, de las cosas visibles— y otro el de las invisibles? Diciendo que aquel es justo, y ese otro alguien siempre desconocido: solo bueno, que es el Padre de Cristo. He aquí que Dios, en quien el misterio de Cristo estuvo escondido desde todos los siglos pasados, es predicado como Creador de todo. Por lo cual se muestra que el Dios del Nuevo y del Antiguo Testamento es el mismo.

El misterio escondido desde los siglos puede también entenderse de otra manera: que los mismos siglos lo ignoraron, es decir, todas las criaturas espirituales y racionales que estuvieron en esos siglos. Pues "siglo" se toma frecuentemente por las cosas que se ocupan en el siglo. Como

Pablo habla a los gálatas, diciendo: "Para que nos librara del presente siglo malo" (Gál. 1, 4). Y en otro lugar: "Para mostrar en los siglos venideros" (Ef. 2, 7), en lugar de decir, entre todas aquellas cosas que habrían de ser en los siglos siguientes.

(Vers. 10, 11.) Para que ahora sea dada a conocer a los principados y potestades en los lugares celestiales por medio de la Iglesia la multiforme sabiduría de Dios, según el propósito de los siglos, que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor.

Según el don de la gracia de Dios, que fue dada al Apóstol para que evangelizara las ininvestigables riquezas de Cristo y enseñara entre los gentiles el misterio que desde los siglos había sido ignorado: por eso mismo le fue revelado el sacramento, para que no solo a los gentiles, sino también a los principados y potestades por medio de la Iglesia, se hiciera manifiesta la multiforme sabiduría de Dios, la cual, destinada hace tiempo según el propósito de los antiguos siglos, ahora se ve consumada en Cristo. Pero si a los principados y potestades en los cielos, a quienes debemos considerar como santos ministros de Dios (aunque algunos los interpreten como el príncipe de este aire y sus ángeles), les fue desconocida la multiforme sabiduría de Dios, la cual ahora les es revelada por medio de la Iglesia, ¿cuánto más les fue desconocida a los patriarcas y profetas, de quienes mostramos más arriba que no ignoraron el misterio de Cristo, pero no lo conocieron de la manera en que los apóstoles? Ciertamente, la multiforme sabiduría de Dios, que en lengua griega se llama *polypoiki-*

los (İĖÎĖİ»İ...İĖÎĖİá½·İ°İ¹İ»İĖİ,) y, por así decirlo, "multifaria", es ahora revelada por medio de la Iglesia de Dios tanto a los principados como a las potestades. Lo que Dios había decretado hace tiempo en su propia mente que habría de ser, ahora reconocemos que es perfecto por lo que vemos. Así, la Cruz de Cristo no solo nos aprovechó a nosotros, sino también a los ángeles y a todas las virtudes en el cielo, y abrió el sacramento que antes no conocían. Finalmente, se asombran al ver a Dios regresando al cielo con un cuerpo, y dicen: "¿Quién es este que sube de Edom, con sus vestidos teñidos de rojo desde Bosra, este tan hermoso en su túnica blanca?" (Is. 63, 1). Y en otro lugar: "¿Quién es este rey de la gloria? El Señor de las virtudes, él mismo es el rey de la gloria" (Sal. 23, 10).

No pensemos, por tanto, que en la Iglesia hay una fe simple, sino que hay una sabiduría multi-forme y multifaria, de modo que no solo es variada, sino distinguida por mucha variedad. Miras la cuna de Cristo: ve también al mismo tiempo el cielo. Contemplas al niño llorando en el pesebre: pero escucha al mismo tiempo a los ángeles que alaban. Herodes persigue, pero los Magos adoran (Mt. 2). Los fariseos lo ignoran, pero la estrella lo señala. Es bautizado por un siervo: pero se oye desde arriba la voz de Dios que truenas (Mt. 3). Es sumergido en las aguas: pero desciende la paloma, o mejor dicho, el Espíritu en la paloma (v. 16). Viene a la pasión y teme padecer, quiere que pase el cáliz, y sin embargo acusa a Pedro porque temía el cáliz. ¿Qué hay más prudente que esta

necedad, más distinguido por la variedad, más oscuro que esta sabiduría, que Dios hizo en Cristo Jesús nuestro Señor? Pues aunque por la mayoría pueda entenderse, según el orden y la unión del discurso, que tanto la Iglesia fue hecha como la prothesis (ἡ προthesis, ἡ προthesis) —es decir, la "proposición" que nosotros tenemos expresada como "propósito" (propositum) en género neutro en la lengua latina—, sin embargo, puede resonar más que la sabiduría fue "hecha" en Cristo que lo demás. Pues "lo necio de Dios es más sabio que los hombres" (1 Cor. 1, 25). Pero si se dice que la sabiduría fue hecha en Cristo según los entendimientos místicos (Eccl. 24), entiendan los arrianos que en vano se glorían de aquel testimonio en el cual la sabiduría habla de sí misma como creada, y engendrada, y establecida en el principio de los caminos de Dios. Y ciertamente, según ellos fue creada; no pudo haber nacido. Pero si nació, ¿cómo se dice que fue establecida y creada?

(Vers. 12.) En quien tenemos fianza, y acceso en confianza por medio de su fe.

Nada puede darnos así fianza ante Dios y pureza de conciencia —de la cual se dice: "Si nuestra conciencia no nos reprende, tenemos confianza ante Dios" (1 Jn. 3, 21)— como la Palabra, la Verdad, la Sabiduría, la Justicia, todo lo cual se entiende en Cristo. Por tanto, así como estas cosas nos otorgan fianza ante Dios, también nos dan el acceso, para que nuestro sentido se acerque a Él, y lo contemple con más diligencia, y asuma y reivindique para sí algo de su majestad, y como de los rayos del sol, tome prestado un cierto

calor y esplendor de luz y diga: "Ha sido sellada sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor" (Sal. 4, 7). Es, pues, algo grande no solo que tengamos fianza, sino también tenerla en confianza. Y no solo tener acceso, sino que el acceso mismo sea más firme, tenerlo en confianza; cuyo principio y origen de esta fianza y acceso es la fe en Cristo. Aquel, por tanto, que hace todas las cosas con razón y orden, cree en Cristo Palabra y Razón (*sermo atque ratio*); el que ha podido comprender la sabiduría, cree en Cristo Sabiduría; el que ha entendido la verdad, cree en Cristo Verdad; el que vive justamente, cree en Él como Justicia. No es necesario decir más, puesto que frecuentemente me ha incumbido la necesidad de disertar de manera similar sobre Cristo.

(Vers. 13.) Por lo cual pido que no desmayéis en mis tribulaciones por vosotros, la cual es vuestra gloria. Lo que el traductor latino ha expresado ahora como "no desmayéis" (*ne deficiatis*), puede leerse también, según la ambigüedad de la lengua griega, como "que yo no desmaye" (*ne deficiam*). De modo que el sentido sea: "Por lo cual pido que yo no desmaye en mis tribulaciones por vosotros", etc. Esto es, por tanto, lo que el Apóstol ruega y pide encarecidamente al Señor: que no desfallezca en sus aflicciones. Pues veía que había predicado el Evangelio desde Jerusalén hasta el Ilírico, que había ido a Roma, a las Españas —o bien habiendo ido, o disponiéndose a ir (Rom. 15). El mundo entero estaba siendo arrebatado del poder del príncipe por su doctrina: se abandonaban los ídolos, y los templos,

desiertos de sus adoradores, se llenaban de escuálida suciedad. Por cuya causa todo el ejército de los demonios, toda la multitud de las fortalezas enemigas, luchaba contra él en formación de combate, para que a través de tribulaciones y angustias dejara de predicar el Evangelio de Cristo y, cansado, descansara por fin. Esto es, por tanto, lo que dice: "Pido que yo no desmaye en mis tribulaciones por vosotros". Pues todo lo que padezco, por lo que soy atribulado y angustiado, es por causa de vuestra salvación, mientras deseo anunciaros el Evangelio; las cuales tribulaciones mías son vuestra gloria. Además, habló como un hombre sencillo, al añadir una gloria en singular al número plural de las tribulaciones, diciendo: "En mis tribulaciones por vosotros, la cual es vuestra gloria", en lugar de decir "las cuales tribulaciones son vuestra gloria"; a menos que alguien piense que esto debe referirse más profundamente y por hipérbaton, o bien a la fianza, o al acceso, o a la fe, y diga: "en quien tenemos fianza, y acceso, y fe". Cuya fianza, acceso y fe es vuestra gloria. Pero debe seguirse más bien el sentido anterior. Sin embargo, según lo que el latín ha expresado —"Por lo cual pido que no desmayéis en mis tribulaciones por vosotros, la cual es vuestra gloria"—, puede explicarse que pida por los efesios que no se cansen ni desmayen en las aflicciones del apóstol. Pues lo que sigue concuerda más con este sentido: "Por eso doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, para que os conceda, según las riquezas de su gloria, ser fortalecidos con poder". Pues

ciertamente tenían necesidad de fortaleza para no ser vencidos en las tribulaciones. Alguien dirá: "Si los efesios hubieran estado constituidos en angustias, rectamente Pablo podría haber rogado por ellos para que no desmayaran ni se cansaran; pero ahora es ridículo que, estando Pablo puesto en tribulaciones, les ruegue que los efesios no desmayen en su trabajo". Pero para disolver esta pequeña cuestión, se tomará aquel ejemplo: "No despreciasteis ni desechasteis vuestra tentación en mi carne". Pues se muestra en este dicho que en la carne de Pablo nació la tentación para otros. Consideremos a los hombres de todo el mundo (¿y por qué hablo en común de todos? discutamos sobre los que se piensa que creen en Cristo), y veremos que son tentados sobre todo por esta cuestión: por qué a los hombres santos y que sirven a Dios les suceden muchas adversidades, y por el contrario los malvados, impíos y parricidas florecen, prosperan, son ricos y poderosos. Expresando sus palabras bajo su propia persona, David dice: "Cuán bueno es el Dios de Israel para los rectos de corazón. Pero casi se movieron mis pies: por poco se derramaron mis pasos. Porque tuve envidia de los inicuos, viendo la paz de los pecadores" (Sal. 72, 1 y sigs.), y lo demás. Sobre lo cual infiere: "Pero yo dije: entonces en vano he justificado mi corazón, y he lavado mis manos entre los inocentes, y he sido azotado todo el día". No es de extrañar, por tanto, si estando Pablo angustiado por muchas tribulaciones en Éfeso y en Asia, los efesios fueran tentados y tuvieran necesidad del auxilio de sus oraciones para no desmayar en sus

aflicciones. Que el Apóstol sufrió muchas cosas en Éfeso y en Asia está escrito ciertamente en los Hechos de los Apóstoles, pero lo aprendemos sobre todo por las Epístolas del mismo Pablo, en las cuales dice: "Si según el hombre luché contra las fieras en Éfeso, ¿qué me aprovecha si los muertos no resucitan?" (1 Cor. 15, 32). Y en la segunda a los Corintios: "No quiero que ignoréis, hermanos, sobre nuestra tribulación que ocurrió en Asia: que fuimos abrumados sobremanera, por encima de nuestras fuerzas, de tal modo que desesperamos incluso de la vida: pero nosotros mismos tuvimos en nosotros la respuesta de muerte, para que no confiáramos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos, el cual nos libró de tantas y tales muertes, y nos libra: en quien esperamos que también nos librará" (2 Cor. 1, 8 y sigs.). ¿Cuánto peso de tribulaciones crees que le oprimía para que dijera: "el cual nos libró de tantas y tales muertes"? Rectamente, por tanto, pide que no desmaye la fe de los efesios en sus aflicciones y angustias, las cuales padece por esto: porque predicaba el Evangelio a los efesios. Ciertamente estas aflicciones son castigos entre los incrédulos, pero entre los fieles son gloria y victoria, porque haber vencido es no haber cedido ante los adversarios en las angustias.

(Vers. 14.) Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toda paternidad en los cielos y en la tierra es nombrada. Como se ha demostrado en lo anterior que existen ojos espirituales a imagen de las luces corporales, así ahora debe entenderse que unas

son las rodillas del hombre exterior y otras las del hombre interior. Pues aquello que se dice en Isaías: "Fortaleced las manos caídas y las rodillas debilitadas" (Is. 35, 3). Y en otro lugar el mismo Apóstol dice: "Para que en el nombre de Jesús toda rodilla se doble, de los celestiales, terrestres e infernales" (Fil. 2, 10), no se refiere a las rodillas del cuerpo, sino a la sujeción de la mente y a la inclinación del alma, y al obsequio del corazón, que se iguala a la tierra, como también canta el Salmista diciendo: "Mi alma se ha pegado al pavimento" (Sal. 119, 25). Pues el alma, siendo una realidad espiritual e incorpórea, ¿cómo podría pegarse a un pavimento corporal? Concedamos que en el nombre de Jesús doblen la rodilla los seres terrestres: ¿podemos acaso afirmar que los ángeles y las demás virtudes que perseveran en los cielos tienen forma corpórea para que doblen la rodilla en su nombre? ¿O que en los infiernos las almas liberadas de los vínculos del cuerpo vayan a doblar una rodilla que no tienen? Como, por tanto, cualquiera que está sujeto al Salvador se dice que dobla ante él la rodilla, así aquel que es siervo del pecado y tiene el espíritu de servidumbre nuevamente en el temor, se escribe que ha doblado la rodilla ante el pecado. "Me ha dejado", dice el Señor, "siete mil varones que no han doblado sus rodillas ante Baal" (1 Rey. 19, 18), es decir, ante el ídolo y el pecado. El que es fornicario y discurre por los lupanares y tras las meretrices, dobla su rodilla ante la lascivia. El que es furioso, adora la ira con la rodilla doblada. El que mira al dinero y cuyo dios es su vientre, dobla sus rodillas

ante la avaricia y la lujuria. ¿Y qué necesidad hay de recorrer cada caso? Tantas veces doblamos la rodilla ante el diablo cuantas veces pecamos. Pero al exponer estas cosas espiritualmente, no quitamos de inmediato la costumbre de orar según la letra, por la cual adoramos suplicantes a Dios puesta la rodilla, y con el poplíteo fijo en la tierra, alcanzamos mejor lo que le pedimos. Pues leemos que también Pablo oró así en la orilla, y que las genuflexiones están mandadas en la oración (Hech. 21). Pero así como aquello edifica a los sencillos, así enseñamos que la verdadera genuflexión está en el ánimo; porque muchos, doblando la rodilla corporal, de ningún modo han curvado el poplíteo del alma. Y por el contrario, otros, rogando a Dios con el cuerpo erguido, se han curvado más en el ánimo. Además, lo que sigue, "ante el Padre de quien toda paternidad en los cielos y en la tierra es nombrada", debe leerse simplemente "ante el Padre", no como se ha añadido en los códices latinos, "ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo", para que el nombre de Dios Padre se adapte no a nuestro Señor Jesucristo, sino a todas las criaturas racionales. Debe preguntarse, por tanto, cómo de Dios Padre es nombrada toda paternidad en los cielos y en la tierra. Y al mismo tiempo, antes de que se discuta nada, debe notarse que no dijo "de quien toda paternidad en los cielos y en la tierra ha nacido" o "ha sido creada", sino "de quien toda paternidad en los cielos y en la tierra es nombrada". Pues una cosa es merecer la apelación de paternidad y otra tener el consorcio de la naturaleza; la paternidad, que en

griego se llama patria, en hebreo mishpachah, es decir, "cognación" o "familia", la leemos también en Números: "Tomad", dice, "la suma de toda la sinagoga de Israel, según sus cognaciones y pueblos, según las casas de sus paternidades, según el número de sus nombres" (Núm. 1, 2). Estos son los elegidos de la sinagoga, los príncipes de las tribus, según sus paternidades los caudillos de Israel (Núm. 1, 16). Y de nuevo sobre la tribu de Leví: "Y habló el Señor a Moisés en el desierto del Sinaí, diciendo: Cuanta a los hijos de Leví, según las casas de sus paternidades, según sus pueblos, según sus cognaciones: todo varón de un mes arriba, considéralos" (Núm. 3, 15). Esto sobre el pueblo de Israel y sobre la tribu sacerdotal y levítica. Por lo demás, tratando conmigo mismo dónde habré leído el vocablo de paternidades sobre las naciones, por ahora no encuentro otro sino el testimonio del salmo vigésimo primero, en el cual está escrito: "Y adorarán en su presencia todas las familias (patriae) de las naciones" (Sal. 21, 28); y del vigésimo octavo: "Traed al Señor, familias de las naciones: traed al Señor los hijos de los carneros" (Sal. 28, 1). ¿Cómo, pues, Dios comunica el nombre de su esencia y sustancia también a los demás elementos, de modo que ellos también se digan que son, no porque lo sean según la naturaleza (pues hubo un tiempo en que todas las cosas no fueron, y de nuevo, si él quisiera, volverán a la nada), sino para que se diga que son, por tenerlo donado por la bondad de Dios: así también el nombre de la paternidad lo ha otorgado a todos desde sí mismo. Para que

esto sea más manifiesto, presentaré el testimonio de las Escrituras. Habla el Señor en el Éxodo: "Yo soy el que soy" (Éx. 3, 14); y: "Así dirás a los hijos de Israel: El que es, me envió a vosotros". ¿Acaso solo Dios era, y lo demás no era? Ciertamente los ángeles, el cielo, la tierra o los mares, y el mismo Moisés a quien el Señor hablaba, e Israel y los egipcios, a quienes y contra quienes el príncipe y adversario era enviado, también eran. ¿Y cómo Dios reclama para sí como propio el nombre común de sustancia? Por aquella causa que hemos dicho: porque lo demás, para que sea, lo tomó por beneficio de Dios. Pero Dios, que siempre es, ni tiene principio de otra parte, y él mismo es su origen y la causa de su sustancia, no puede entenderse que tenga de otra parte aquello por lo que subsiste. Pues también en el fuego una cosa es lo caliente y otra lo calentado. El fuego sin calor no puede entenderse. Lo demás que se calienta por el fuego toma prestado su calor, y poco a poco, si el fuego se aleja, atenuado el calor, vuelven a su naturaleza y de ningún modo se llaman calientes. Según este sentido también se dice en el Evangelio a aquel que pensaba que el Salvador no era como el Hijo de Dios, sino como un maestro bueno: "¿Por qué me llamas bueno? nadie es bueno, sino solo Dios" (Lc. 18, 19). Ciertamente leemos de la tierra buena, y del hombre bueno, y del buen pastor; pero nadie es bueno según la naturaleza, sino solo Dios. Lo demás, para que se diga bueno, lo consigue por la bondad de aquel. Así como, por tanto, el único bueno hace buenos a otros, y el único inmortal otorga la in-

mortalidad, y el único veraz comunica el nombre de la verdad, así también el único Padre, porque es el Creador de todos y la causa de la sustancia de todas las cosas, concede a los demás que se llamen padres. Contemplemos lo celestial desde lo terreno: Adán, a quien Dios plasmó primero, fue tanto su Creador como su Padre; ciertamente sabe que debe a Dios Padre el hecho de subsistir. Por otra parte, los que han nacido de Adán entienden a aquel como el padre de quien se originaron. Por lo cual también en el Evangelio según Lucas, habiéndose calculado la generación poco a poco desde Cristo hacia atrás hasta David y Abrahán, al final la Escritura dice: "Hijo de Set, hijo de Adán, hijo de Dios" (Lc. 3, 38); para mostrar que el vocablo de la paternidad en la tierra se originó primero de Dios. Pero se pregunta por qué causa también en los cielos toda paternidad es llamada por él. Como nosotros, que no somos del linaje de Abrahán, si tenemos su fe, somos llamados hijos de Abrahán, y también llamamos a los patriarcas y profetas nuestros padres (si es que nuestros pecados no nos separan de ellos), así pienso que también los ángeles y las demás virtudes tienen príncipes de su linaje en los cielos, a quienes se gozan en llamar padres. Pues el arcángel no puede decirse sino de los ángeles, y la dominación, y el principado, y la potestad, a menos que tengan inferiores sujetos, no se llaman así. Puede, por tanto, decirse también esto: que por el hecho de que Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo es Padre según la sustancia, y el unigénito es Hijo no por adopción sino por naturaleza, las demás

criaturas también merecieron el nombre de paternidad por adopción. Pero lo que digamos del Padre y del Hijo, sepamos que ha sido dicho del Espíritu Santo. Pues nuestro Salvador también se supo Padre al decir: "Hijo, tus pecados te son perdonados" (Mc. 2, 5); y: "Hija, tu fe te ha salvado" (Mt. 9, 22); e: "Hijitos míos, todavía un poco estoy con vosotros" (Jn. 13, 33); y por el Espíritu Santo todos los justos son adoptados como hijos. Valentín piensa que las emanaciones (*probolae*) de sus siglos y sus matrimonios se confirman sobre todo por este lugar, no entendiendo de ningún modo, como hemos dicho arriba, que a semejanza de Dios Padre, tanto en el cielo como en la tierra, las paternidades no se hacen, sino que se nombran.

(Vers. 16 y sigs.) Para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, ser fortalecidos con poder por su Espíritu en el hombre interior: que Cristo habite por la fe en vuestros corazones: arraigados y cimentados en la caridad: para que podáis comprender con todos los santos cuál sea la anchura, y la longitud, y la profundidad, y la altura: conocer también la sobreeminente caridad del conocimiento de Cristo, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. "Por esta causa", dice, "doblo mis rodillas ante el Padre, a cuya semejanza toda paternidad en el cielo y en la tierra es nombrada", rogándole y suplicándole que os conceda la virtud de su gloria, es decir, tener el consorcio de su majestad: y que os robustezca y confirme por el Espíritu Santo, porque ninguna fortaleza existe sin el Espíritu Santo. Además, que robustezca y confirme en el hombre interior. Pues

no buscamos las fuerzas del cuerpo, sino las del alma; ni deseamos que se robustezca el hombre exterior, sino el interior: para que después de que Cristo haya habitado en el hombre interior, habite en lo principal de ese mismo hombre interior, es decir, en nuestros corazones: de ningún modo discurriendo por todos sus miembros, sino habiendo en su parte racional, y poniendo en ella su domicilio y su sede. Todo esto, además, se hará por la fe, si creemos en él. Por lo cual dice: "Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones". Pero esta habitación, que se fabrica por el comienzo de la fe, tiene sus raíces y su fundamento en la caridad: para que, ya que somos agricultura de Dios, edificación de Dios (1 Cor. 3), todas las cosas crezcan y se edifiquen en la caridad. Cuando, además, estando arraigados y cimentados en la caridad (Ef. 3), hayamos conocido con toda confianza de mente que Cristo habita en el hombre interior: entonces empezaremos con los demás santos a tendernos también hacia aquellas cosas: para que con ánimo sagaz comprendamos cuál sea la anchura, y la longitud, la profundidad y la altura: y no solo esto, sino que también desearemos conocer la sobreeminente caridad del conocimiento de Cristo; para que después de que todas estas cosas hayan sido completadas en nosotros con orden y razón, entonces seamos llenos en todas las cosas con la plenitud de Dios. Aprendamos primero sobre la anchura y la longitud, la profundidad y la altura, de las cosas corporales, para que por ellas podamos pasar a las espirituales. Por ejemplo, sea la anchura de este cielo y

de la tierra, es decir, de todo el mundo, desde el Oriente hasta el Occidente; la longitud, desde el Mediodía hasta el Septentrión; la profundidad, en los abismos y en el infierno; la altura, la que se sublima sobre lo celestial. Pero ya que por muchos se afirma, según el Eclesiastés (Cap. 1), que el cielo es redondo y se vuelve a modo de esfera; y ninguna redondez tiene anchura y longitud, ni altura y profundidad, sino que es igual por todas sus partes; nos vemos compelidos por la necesidad a entender por altura a los ángeles y las virtudes superiores. Por profundidad, los infiernos y lo que está debajo de ellos. Por longitud y anchura, lo medio que consiste entre lo superior y lo inferior. Y porque es consecuente que uno sea vecino o de lo superior o de lo inferior, las cosas que empiezan a aprovechar hacia lo mejor y a levantarse hacia lo celestial y lo alto, llámense "longitud". Pero aquellas que están próximas a la parte inferior y se deslizan hacia los vicios, a estas se les imponga el nombre de "anchura". "Ancha, en efecto, y espaciosa es la vía que conduce a la muerte" (Mt. 7, 13). Todas estas cosas también pueden entenderse en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Pues subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad (Sal. 68, 18), y descendió a las partes inferiores de la tierra. Y después de la altura y la profundidad, salió a toda la tierra la predicación de la cruz. And thus he holds both height and depth and length and breadth. No es de extrañar que la cruz de Cristo posea todas las cosas, cuando incluso si alguien fuera crucificado con Cristo, tendría la misma potestad. Conocerá, en efecto,

primero la anchura, empezando desde lo inferior y conociendo lo menor. Después la longitud, aquellos que, puestos en la tierra, se apresuran hacia lo sublime y alto. Tras esto la profundidad, las potencias adversarias y contrarias que hacen la guerra contra nosotros en este mundo. Y al final la altura: porque después de tener noticia de ellas, habremos hecho que estén bajo nuestros pies: entonces mereceremos ascender a lo alto y excelso. Ni debe pensarse que en esto esté el fin de nuestro trabajo, en que, arraigados y cimentados en la caridad, podamos comprender con todos los santos cuál sea la anchura, y la longitud y la profundidad, y la altura, a menos que también deseemos con todo estudio conocer la eminente caridad del conocimiento de Cristo, de modo que no nos sea conocida una caridad simple, sino sobreeminente; ni sea este el término, tener noticia de la sobreeminente caridad de Cristo, a menos que añadamos también otra cosa, para que consigamos la sobreeminente caridad del conocimiento. Por lo cual debe advertirse que Cristo tiene una grande e inmensa caridad de conocimiento, es decir, de aquellos que desean conocerle, que meditan en su ley día y noche, que convierten las palabras en obras, y lo que meditan con la boca lo consuman con la mano. Pero aquel que es tal que sea digno de tener, por su conocimiento, la sobreeminente caridad de Cristo, ese nada debe pensar fuera del conocimiento. Y así será lleno en toda la plenitud de Dios: no solo en el siglo presente, sino también en el futuro: para que aquel que ahora empezó a estar lleno en el estudio por la lectura,

después sea llenado más perfectamente por Dios, que es la plenitud de todos, completándose a sí mismo.

(Vers. 20, 21.) Y a aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según la virtud que obra en nosotros, a él sea gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús, en todas las generaciones por los siglos de los siglos, Amén. A lo que arriba había dicho: "Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre: de quien toda paternidad en los cielos y en la tierra es nombrada: para que os dé, conforme a sus riquezas, ser fortalecidos con poder", y lo demás, ahora añade: "Y a aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos". mostrando esto: que él ciertamente había pedido según la imbecilidad del hombre aquellas cosas que les parecían conducentes; pero en lo que pertenece a la verdad de la realidad misma, que Dios vale más para dar que lo que se le ruega, y que nuestras esperanzas son vencidas por los efectos; porque no sabemos qué conviene pedir, y a menudo pedimos contra nosotros mismos, pensando que es a nuestro favor. Pues ¿cuánto mejor era para el fornicario estar enfermo y ser atormentado por la debilidad, que hacer de los miembros de una meretriz un templo de Cristo? Poderoso es, pues, Dios para dar no solo sobre lo que pedimos, sino también sobre lo que entendemos. Sucede a veces que no expresamos nuestro sentido con la voz, y las palabras no explican la mente, y con pensamiento

tácito, con gemidos inenarrables, como dice el mismo Apóstol, rogamos no sé qué cosa que no podemos decir. Concederá, pues, sobre lo que pedimos o entendemos, según aquella virtud que obra en nosotros: para que, así como ahora nos da algunas cosas no según nuestro mérito, sino sobre nuestros votos, las cuales ni nos atrevimos a pedir, ni si las hubiéramos pedido pensamos que las merecíamos, así también conceda lo demás, que ni la mente puede pensar ni la lengua profesar. A Dios mismo, por tanto, sea la gloria: primero en la Iglesia, que es pura, no teniendo mancha ni arruga, y que por eso puede recibir la gloria de Dios, porque es el cuerpo de Cristo. Después en Cristo Jesús, porque en el cuerpo del hombre asumido, cuyos miembros son todos los creyentes, habita corporalmente toda la divinidad. Cuya gloria ciertamente no se extiende solo al tiempo presente, ni se termina en los siglos futuros; sino que en todas las generaciones y por los siglos de los siglos, permanece, crece y se aumenta en inefable eternidad.

(Cap. IV.---Vers. 1.) Os ruego, pues, yo, preso en el Señor, que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados. Puede escribir estas cosas estando constituido tanto en los vínculos de Cristo como en la cárcel por el martirio; pero es mejor si decimos que es un preso del Señor en la caridad de Cristo. De lo cual también Clemente es testigo al escribir a los Corintios: "¿Quién podrá narrar el vínculo de la caridad de Dios?" (1 Cor. 13). Y en el primer libro de los Reyes leemos: "Sucedió después de estas palabras que

el alma de Jonatán quedó ligada con el alma de David" (1 Sam. 18, 1). Y el profeta dice de los apóstoles: "En pos de ti", dice, "seguirán con las manos atadas" (Sal. 106). Pues los que aman a Cristo le siguen ligados por los vínculos de la caridad. Hay también otra exposición, la cual estará en poder del lector recibirla o no: que este cuerpo es llamado el vínculo del alma, y porque Pablo recibió este cuerpo para el ministerio del Evangelio, consecuentemente fue llamado preso de Cristo. Que este cuerpo es llamado vínculo, y que los que están ligados en el cuerpo son llamados presos de la tierra, Jeremías también lo atestigua en su segundo alfabeto diciendo: "Para humillar bajo sus pies a todos los presos de la tierra" (Lam. 3, 34). Y en otro lugar leemos esto mismo de la persona de Cristo diciendo: "A los que estaban en prisiones: Salid; y a los que estaban en tinieblas: Revelaos" (Is. 49, 9). Ciertamente el profeta puede mostrar el vínculo del pecado y las tinieblas de la ignorancia disueltas por la venida y la predicación de Cristo. Pero también el sentido anterior tiene lugar: que el vínculo es el cuerpo y las tinieblas esta habitación terrenal, donde están los rectores de las tinieblas y los montes tenebrosos contra los cuales se nos prohíbe tropezar con nuestros pies. Pero en cuanto a lo que dice: "Que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados". Debe creerse que camina dignamente de su vocación aquel que entra por aquel que dice: "Yo soy el camino" (Jn. 14, 6, e Is. 30), y no se desvía ni a la derecha ni a la izquierda; y aparta su pie de todo camino malo (Prov. 4), y se cumple en él:

"Por el Señor son dirigidos los pasos del hombre" (Sal. 37, 23). (Vers. 2.) Con toda humildad y mansedumbre, con paciencia. El que sabe que es tierra y ceniza, y que después de un poco ha de ser disuelto en polvo, nunca se elevará por la soberbia. Y el que, habiendo contemplado la eternidad de Dios, haya considerado el breve espacio de la vida humana casi como un punto, tendrá siempre ante sus ojos su fin, y será humilde y abatido. "Porque el cuerpo corruptible agrava al alma, y esta tienda terrena oprime el sentido que piensa muchas cosas" (Sab. 9, 15). Por lo cual digamos con toda humildad: "Señor, no se ha exaltado mi corazón, ni se han enaltecido mis ojos" (Sal. 131, 1). Además, toda humildad no está tanto en el habla como en la mente, para que nuestra conciencia sepa que somos humildes, y que nunca estimemos que sabemos, o entendemos, o somos algo. La mansedumbre también es aquella que no se turba por ninguna pasión, y especialmente no se rompe por la ira y el furor. El que la tenga conseguirá la bienaventuranza que fue prometida por la voz del Señor: para que posea la tierra, es decir, mande a su cuerpo y domine lo que le está sujeto; y esta sea su primera herencia: vivir en la carne no carnalmente. Algunos, con la frente arrugada, la ceja caída y palabras sopesadas, reclaman para sí la autoridad de maestros y jueces. No porque ellos mismos sepan algo digno de arrogancia, sino porque ven que cualquiera de los hermanos sencillos, por comparación con ellos, ignora algunas cosas.

Soportándoos unos a otros en caridad. Si alguien entiende qué es "soportándoos unos a otros en caridad", no pensará que este mandato conviene a los varones santos, sino a los que están constituidos en los inicios de las virtudes. Pues los santos no tendrán qué soportar unos en otros, sino aquellos que, como hombres, todavía son vencidos por alguna pasión. Ni es de extrañar que los efesios oigan estas cosas, habiendo en la multitud de los creyentes algunos que todavía deban soportarse unos a otros. Esto mismo me parece que significa también aquello que se escribe a los Gálatas: "Sobrellevad los unos las cargas de los otros" (Gál. 6, 2). Podemos, por tanto, interpretar ambos testimonios también de otra manera: de modo que digamos que cumplen o bien el sobrellevar las cargas de los otros, o el soportarse unos a otros en caridad, aquellos que son ricos y alivian la penuria de los pobres. Si alguien presta servicio a un hermano enfermo, le soporta en caridad. Si alguien que pasa una vida bienaventurada en celibato ayudara a otro que tiene esposa e hijos y apenas puede alimentarse a sí mismo, y le sirviera de consuelo de cualquier modo que pueda, será alabado por haber llevado la carga ajena. Hay quien, viendo a su madre o hermana viuda consumirse en la indigencia, no puede ayudarla; si alguien tendiera la mano a este, le sostuvo en caridad. Ya sea, por lo demás, que sigamos el sentido anterior o el posterior: no consuela ni al hermano que peca ni al indigente quien no tiene caridad y desprecia las palabras del Apóstol que amonesta: "Debemos, pues, nosotros, que

somos los más fuertes, sobrellevar las flaquezas de los más débiles y no complacernos a nosotros mismos" (Rom. 15, 1).

(Vers. 3, 4.) Solícitos en guardar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz. Un solo cuerpo y un solo espíritu, como también fuisteis llamados en una sola esperanza de vuestra vocación. A los efesios, que ya habían alcanzado la unidad del Espíritu Santo, rectamente se les dice: "solícitos en guardar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz". Pues a quien tiene algo, se le manda la solicitud de guardarlo. Pero a quien no lo tiene, se le ordena el empeño para que pueda tenerlo. Este lugar hace especialmente contra los herejes, quienes, disipado y corrompido el vínculo de la paz, piensan que retienen la unidad del espíritu; cuando la unidad del espíritu se conserva en el vínculo de la paz. Pues cuando no todos hablamos lo mismo, y uno dice: "Yo soy de Pablo", otro "Yo de Apolo", otro "Yo de Cefas" (1 Cor. 1, 12), dividimos la unidad del espíritu y la despedazamos en partes y miembros. Ni se oponga alguien inmediatamente: ¿Cómo, pues, hay diversas gracias y varios carismas (charismata), debiendo custodiarse la unidad del espíritu? Hay ciertamente varios dones, pero en el mismo espíritu; y diversos ministerios, pero el mismo Señor; y múltiples operaciones, pero el mismo Dios que obra todo en todos (1 Cor. 12, 4 sigs.). Además, lo que dice: "Un solo cuerpo y un solo espíritu", o bien se entiende simplemente por el único cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, o ciertamente aquel que se dignó asumir de la Virgen: para que no piensen

que Él se encarnó tantas veces cuantas apareció en el Antiguo Testamento. Y un solo Espíritu Santo: pues Él es el único dador y santificador de todos. O ciertamente "un solo cuerpo" se refiere a la vida y las obras, que en griego se llaman *praktikos bios* (vida práctica), y "un solo espíritu" al conocimiento y la contemplación, que propiamente reside en el corazón y es llamada por ellos *theoria* (contemplación). Por tanto, cuando alguien haya sido miembro de la Iglesia y no esté separado de su único espíritu, consecuentemente estará en una sola esperanza de la vocación. Se pregunta cómo hay una sola esperanza de la vocación, habiendo diversas moradas ante el Padre (609). A lo cual diremos que la única esperanza de la vocación es el reino de los cielos, como si fuera la única casa de Dios Padre, y en la única casa hay varias moradas. Pues una es la gloria del sol, otra la de la luna y otra la de las estrellas (1 Cor. 15, 41). O ciertamente aquello se indica más sutilmente: que al fin y consumación de las cosas todas deben ser restituidas a su estado primigenio, cuando todos seamos hechos un solo cuerpo y seamos reformados en un varón perfecto; y se cumplirá la oración del Salvador por nosotros: "Padre, concede que, así como yo y tú somos uno, así también estos sean uno en nosotros" (Juan 17, 21).

No ignoro que en lo que ahora he expuesto, "solicitos en guardar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz", el "Espíritu" es tomado por muchos no como el Espíritu Santo, sino como el afecto de la mente y el sentimiento, según el cual había una sola alma y un solo corazón para todos

los creyentes (Hech. 4). Y por el Apóstol se manda a la virgen: "Que sea santa tanto en el cuerpo como en el espíritu" (1 Cor. 7, 34): a saber, en la obra de la carne y en el afecto de la mente. Pero también la explicación general puede ser llevada a una interpretación especial: que guarda la unidad del espíritu en el vínculo de la paz quien no se deja arrastrar por todo viento de doctrina, ni cambia al modo del necio como la luna (Eclo. 27), sirviendo ora al diablo, ora a Dios. Tenga, pues, un solo cuerpo de buenas obras y exhiba siempre su carne como templo a Dios. Y un solo espíritu: sintiendo siempre lo mismo; en una sola esperanza de la vocación, de modo que, no dudando en absoluto de las promesas, confíe con mente sólida en la resurrección y restitución de todos.

(Vers. 5, 6.) Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, y por todos, y en todos. Así como la fe es distinta del bautismo, de Dios y del Señor: del mismo modo el bautismo, el Señor y Dios son distintos de los tres individuos que son nombrados conjuntamente. Y digo esto por causa de Sabelio, quien piensa que el Dios Padre y el Hijo son el mismo y confunde las personas, mientras percibe la misma divinidad en ambos. He aquí que de la manera más manifiesta el Hijo es llamado un solo Señor, y el Padre un solo Dios. Lo cual también está escrito más plenamente a los corintios: "Pero para nosotros hay un solo Dios Padre, de quien proceden todas las cosas, y un solo Señor nuestro Jesucristo, por quien son todas las cosas, y nosotros por él" (1 Cor. 8, 6). Pues así como el Hijo no

quita al Dios Padre el que sea Señor, aunque se diga que Él mismo es el único Señor: así también el Padre no quita al Hijo el que sea Dios, porque el Padre es nombrado solamente como Dios (610). Leemos también en otro lugar: "Y sabed que el Señor mismo es Dios" (Sal. 99, 2); y en otra parte: "El Señor tu Dios, Dios uno es" (Deut. 6, 4). Pues si, como piensan los arrianos, el Dios Padre es el único Dios, por la misma consecuencia, Jesucristo será el único Señor, y ni el Padre será Señor, ni el Hijo Dios. Pero lejos esté que no haya o deidad en la dominación, o dominación en la deidad. Uno es el Señor y uno es Dios, porque la dominación del Padre y del Hijo es una sola divinidad. Por eso también se dice que la fe es una sola, porque creemos de modo semejante en el Padre, y en el Hijo, y en el Espíritu Santo. Y el bautismo es uno solo, pues del mismo modo somos bautizados en el Padre, y en el Hijo, y en el Espíritu Santo. Y somos sumergidos tres veces, para que aparezca el único sacramento de la Trinidad. Y no somos bautizados en los nombres del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, sino en un solo nombre, que se entiende como Dios. Y me maravilla por qué consecuencia, en un solo vocablo, en la misma obra y en el mismo sacramento, Arrio, Macedonio y Eunomio sospechen una diversidad de naturaleza (concordando la discordia en la impiedad) y, sosteniendo la fuente cenagosa de la condición de criatura en el Hijo y el Espíritu Santo, hayan derivado diversos riachuelos de herejía. "Un solo bautismo" también hace contra Valentín, quien sostiene que hay dos bautismos, y contra todos

los herejes: para que sepan que no tienen bautismos, sino que en la única Iglesia de Cristo está la fuente vital. El bautismo uno también puede decirse así: que aunque seamos bautizados tres veces por causa del misterio de la Trinidad, sin embargo sea reputado como un solo bautismo. También hay un solo bautismo en el agua, en el espíritu y en el fuego. Y de aquel del cual habla el Señor: "Tengo un bautismo con el cual ser bautizado" (Luc. 12, 50); y en otro lugar: "Con mi bautismo seréis bautizados" (Mc. 10, 39). Por otra parte, la diversidad de preposiciones en las cuales se dice: "Un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, y por todos, y en todos", sabe a un entendimiento diverso (611). Pues sobre todos está Dios Padre, porque es el autor de todo. Por todos el Hijo, porque recorre todas las cosas y va por todas ellas. En todos el Espíritu Santo, porque nada hay sin Él. Ni en verdad debe pensarse que Él es un solo Dios y Padre de todos comúnmente, de modo que el nombre de Padre pueda adaptarse a los jumentos irracionales; sino que, del mismo modo que si entre diez hombres —cinco hijos y cinco siervos— dijéramos conjuntamente: "De estos diez, uno es el señor y uno es el padre", no llamaríamos ciertamente a este padre de todos, ni señor de todos; así también en aquello que dice: "Un solo Dios y Padre de todos", debe entenderse como Padre de unos y Dios de otros. Algo tal acerca de las criaturas y acerca de Dios sospecha también Zenón con sus estoicos. Siguiéndole a él, Virgilio dice (Eneida 6): "Pues Dios va por todas las tierras y las extensiones del mar", etc.;

y: "Al principio el cielo y las tierras, y los campos líquidos, y el globo luciente de la luna, y los astros titánicos, un espíritu los nutre por dentro; y la mente, infundida por los miembros, agita toda la mole y se mezcla con el gran cuerpo". Algunos piensan que esto que está escrito —"sobre todos, y por todos, y en todos"— debe referirse al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo de este modo: que sobre todas las cosas está el Padre, porque es el autor de todo; por todos el Hijo, porque por el Hijo fueron creadas todas las cosas; en todos el Espíritu Santo, pues Él mismo es dado a los creyentes, y somos templo del Espíritu Santo: y el Padre y el Hijo habitan en nosotros.

(Vers. 7.) Pero a cada uno de nosotros le ha sido dada la gracia según la medida del don de Cristo. Aunque el Dios Padre esté sobre todas las cosas, y por todos, y en todos: sin embargo, la gracia es dada a los creyentes según una medida. No es que Dios distribuya el espíritu y la gracia por medida (pues de su magnificencia no hay fin), sino que infunde el líquido según la medida de las vasijas, otorgando tanto de don cuanto puede recibir aquel a quien se le da. Pues Dios no da el espíritu por medida, ni puede tener medida lo que está difundido por igual en todas partes. Para que esto sea más manifiesto, tomemos un ejemplo —aunque imperfecto y que no colma la semejanza—, pero a través del cual pueda entenderse lo que se dice. El mar es ciertamente inmenso, y su capacidad es conocida por solo Dios (612): de este, si alguien quisiera entregar a muchos hombres según lo que pueden llevar, es necesario que dis-

tribuya a cada uno según una medida, y las partes del mismo reciban medida, cuya totalidad es inconmensurable. Así también el Espíritu Santo es ciertamente inmenso y no se encierra por ningún fin: sin embargo, es dado a cada uno según lo que conviene. Y al mismo tiempo debe notarse que esta misma gracia, que ahora se presenta como atribuida, nos ha sido dada según la medida del don de Cristo.

(Vers. 8.) Por lo cual dice: Ascendiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, dio dones en los hombres. Puesto que arriba había dicho: "Pero a cada uno de nosotros le ha sido dada la gracia según la medida del don de Cristo", para confirmar que estos mismos dones —que también enumera un poco después, diciendo: "Y él mismo dio a unos ciertamente apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores y maestros", y lo demás— han sido otorgados por el Salvador, tomó un testimonio del salmo sesenta y siete, para que sepamos que aquellas son los despojos distribuidos a los hombres, que Cristo como vencedor mereció. Pues ascendiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad. Nosotros, que ahora creemos en Cristo congregados de entre las naciones, cuando éramos criatura de Dios, fuimos capturados por el diablo y distribuidos a sus satélites. Vino, pues, nuestro Señor Jesucristo según Ezequiel (Caps. 9 y 12), trayendo consigo las vasijas de la cautividad, y con la cabeza cubierta —para no ser reconocido por los adversarios— predicó a los que estaban cautivos la remisión, y a los que estaban sujetos por cadenas, la liberación, y

nos libró de las cadenas de los enemigos y de los grillos, como a aquella mujer en el Evangelio de la cual él mismo hace mención: "¿Y a esta hija de Abraham, a quien Satanás ató ya por dieciocho años, no convenía soltarla de este vínculo en día de sábado?" (Luc. 13, 16). Y liberados nosotros, y arrancados de la antigua cautividad por una nueva cautividad, nos llevó consigo al cielo: y sobre estos mismos que el vencedor arrebató de la mano de los enemigos, otorgó diversos dones de gracias. Y elegantemente puso aquí, "dio dones en los hombres", cuando en el Salterio está escrito: "recibió dones en los hombres" (Sal. 67, 19). Ciertamente allí, porque aún no se había hecho sino que se prometía como futuro, por eso se dice que "recibió". Pero aquí, cuando el Apóstol (613) escribe, puesto que ya había dado y las Iglesias habían sido fundadas en todo el orbe: por eso no se escribe que "recibió", sino que "dio". Otros explican este lugar así: que por esto nuestro Señor Jesucristo ascendió vencedor a los cielos, para enviar desde allí ángeles y a las demás potestades para la custodia de sus Iglesias. Y siendo indigno este lugar terrenal de tener la presencia de las potestades sublimes, de algún modo aquellas habrían sostenido la cautividad. Por eso pues (dicen) ascendió a lo alto, para que, cautivando la cautividad, otorgara dones a los hombres. Pero el Apóstol repite todo esto para que, puesto que arriba había dicho: "Soportándoos unos a otros en caridad, solícitos en guardar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz", enseñara que la Iglesia es concorde en los diversos carismas, y

que no se dé inmediatamente ocasión de cismas y disensiones, porque cada uno de nosotros habría recibido dones según la medida del don de Cristo: no los mismos, sino que todos hemos sido llamados a un solo cuerpo y a un solo espíritu, esto es, para que así como hay un solo Señor, y una sola fe, y un solo bautismo, y un solo Dios Padre: así también nosotros seamos lo mismo en caridad, guardando la unidad del espíritu en el vínculo de la paz.

(Vers. 9.) Pero que haya ascendido, ¿qué es, sino que también descendió a las partes inferiores de la tierra? Aquel de quien ahora se dice que ascendió, ascendió por esto: porque antes había descendido. Pues esto suena así: "Pero que haya ascendido, ¿qué es, sino que también descendió". Debe investigarse, pues, sobre aquello que está escrito en otra parte: "Nadie ascendió al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre" (Juan 3, 13), ¿cómo ascendió antes descendiendo? Pues cuando decía estas cosas, después de la descensión de los cielos, mostraba que él en otro tiempo había ascendido a los cielos. Y asimismo debe tratarse de igual modo cómo ha de entenderse esa misma descensión y ascensión. Si según el cuerpo localmente, o sobre el cuerpo espiritualmente, o ciertamente de ambos modos. Por las partes inferiores de la tierra se entiende el infierno, al cual descendió nuestro Señor y Salvador, para llevar consigo victorioso a los cielos las almas de los santos que allí estaban retenidas encerradas. Por lo cual también después de su resurrección se vieron muchísimos

cuerpos de los justos en la ciudad santa (Mat. 27). Que el infierno está en la parte inferior de la tierra también lo atestigua el Salmista, diciendo: "Se abrió la tierra y devoró a Datán (614) y cubrió sobre la congregación de Abirón" (Sal. 105, 17). Y se explica más plenamente en el libro de los Números (Cap. 16). También en otro lugar leemos: "Venga la muerte sobre ellos y desciendan vivos al infierno" (Sal. 54, 16).

(Vers. 10.) El que descendió, él mismo es el que ascendió sobre todos los cielos para llenarlo todo. ¿Acaso pasando y trascendiendo corporalmente todos los cielos y todas las sublimidades y los círculos de los cielos que los filósofos llaman esferas, se detuvo en la cumbre de la bóveda del cielo y, por usar la misma palabra, en el ápside? ¿O ciertamente, despreciando y menospreciando todas las cosas corporales y contemplando las eternas, debe creerse que se detuvo sobre los cielos, esto es, sobre las cosas invisibles? Lo cual yo juzgo mejor. Descendió, pues, a las partes inferiores de la tierra y ascendió sobre todos los cielos el Hijo de Dios, para que no solo cumpliera la ley y los profetas, sino también otras ciertas dispensaciones ocultas que solo él conoce con el Padre. Pues no podemos saber cómo aprovechó la sangre de Cristo tanto a los ángeles como a los que estaban en el infierno, y sin embargo no podemos ignorar que les aprovechó. Descendió también a los infiernos y ascendió a los cielos para llenar a los que estaban en aquellas regiones, según aquello que podían captar. Por lo cual ha de saberse que antes de que Cristo descendiera y ascendiera,

todo estaba vacío y necesitó de su plenitud. Este lugar hace especialmente contra Ebión y Fotino. Pues si él mismo es el que asciende a los cielos el que antes había descendido de los cielos, ¿cómo nuestro Señor Jesucristo no es antes que María, sino después de María? Y también contra aquellos que por un insano error fingen dos hijos: a saber, el hijo de Dios y el hijo del hombre. He aquí que aquí se dice muy abiertamente que él mismo es el que asciende y desciende. Ni al decir estas cosas damos inmediatamente lugar a otra herejía que afirma una dispensación de Cristo dividida a la mitad; sino que así confesamos a un solo Hijo de Dios y del hombre: para que, creyendo en parte la dispensación del hombre asumido por la cual hemos sido salvados, no la trunquemos en parte.

(Vers. 11, 12.) Y él mismo dio a unos ciertamente apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores y maestros para la instrucción de los santos, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo. Y por este lugar se comprueba muy manifiestamente la única divinidad del Padre y del Hijo. Puesto que esto mismo que ahora se describe que Cristo otorgó (615), en la primera epístola a los corintios se narra que el Dios Padre lo dio: "Pues a unos — dice — puso Dios en la Iglesia: primero apóstoles, segundo profetas, tercero doctores; después las virtudes y los dones de sanidades, las ayudas, los gobiernos, los géneros de lenguas" (1 Cor. 12, 28). Lo cual Sabelio, no entendiéndolo, confunde al Padre y al Hijo, al no pensar que la misma operación sea de distintos. Y al mismo tiempo

debe notarse que aquí se menciona que Cristo dio apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros: pero allí se recuerda que el Padre puso a los mismos. Puso, pues, o dio el Padre y el Hijo: primero apóstoles, segundo profetas; no aquellos que vaticinen cosas futuras, como leemos en el Antiguo Testamento, sino aquellos que arguyan y juzguen a los infieles e inexpertos. Pues define a tales profetas del Nuevo Testamento en otra epístola (2 Cor. 11). Tercero, Evangelistas, cuyos pies son hermosos para anunciar la paz (Rom. 10). Ni en verdad debe pensarse que, así como en los tres anteriores dijo que unos eran apóstoles, otros profetas, otros evangelistas, así también en los pastores y maestros haya puesto oficios diversos. Pues no dice "a otros pastores y a otros maestros", sino "a otros pastores y maestros": de modo que el que es pastor debe ser también maestro; ni en las Iglesias, por muy santo que sea, asuma para sí el nombre de pastor a menos que pueda enseñar a los que apacienta. O ciertamente de otro modo: de modo que uno solo y el mismo presidente de la Iglesia sea pastor y doctor; pastor de las ovejas, maestro de los hombres. "A hombres y jumentos salvarás, Señor" (Sal. 35, 7). Pienso que hoy también en las Iglesias, del mismo modo que se encuentra el profeta y el evangelista, el pastor también y el doctor: así puede hallarse el apóstol en quien se cumplan los signos e indicios del apostolado; y por el contrario que hay muchísimos tanto fuera como dentro, tanto en la Iglesia como en las herejías, que son pseudoapóstoles, y seudoprofetas, y seudoevangelistas, y seudopas-

tores, y seudomaestros. Y sobre las herejías ciertamente no hay duda alguna de que, según una fe falsa, posean todo falso. Pero en las Iglesias, ¿no os parece que son falsos pastores los que no apacientan a las ovejas con disciplina, sino que como mercenarios en modo alguno piensan en la salud del rebaño, no convirtiendo lo que erró y no buscando lo que pereció, sino captando solamente de las ovejas la leche y la lana (616) —esto es, los alimentos y los vestidos—?

Ni en verdad pensemos que el Apóstol prorrumpió súbitamente en estas cosas sin orden; sino que, porque había antepuesto que Dios está sobre todas las cosas y por todas ellas y en todos, y que a cada uno de los santos se le ha dado la gracia según la medida del don de Cristo, ahora añade que unos apóstoles, otros profetas, otros evangelistas, otros pastores y maestros han sido distribuidos en la Iglesia, los cuales son necesarios para la perfección e instrucción de los santos, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo: porque siendo la Iglesia el cuerpo del Señor y construyéndose la Iglesia de piedras vivas, estos que arriba mencionamos constituidos en la Iglesia tienen esta obra: que según la dispensación y los oficios a ellos confiados, edifiquen la Iglesia de Cristo, esto es, su cuerpo. Si alguno, pues, no edifica la Iglesia de Cristo ni instruye al pueblo a él sujeto (para que del pueblo sujeto se construya la Iglesia de Cristo), este no debe ser llamado ni apóstol, ni profeta, ni evangelista, ni pastor, ni maestro.

(Vers. 13 sigs.) Hasta que todos nos encontremos en la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, en un varón perfecto, en la medida de la edad de la plenitud de Cristo. Para que ya no seamos niños fluctuantes, y llevados de aquí para allá por todo viento de doctrina, en la falacia de los hombres y en la astucia, para las asechanzas del error. Sino que, realizando la verdad en la caridad, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, Cristo.

Debe preguntarse a quiénes dijo que "todos" se encuentran en la unidad de la fe: ¿Acaso a todos los hombres, o a todos los santos, o ciertamente a todos los que son capaces de razón? Pero me parece que habla de todos los hombres, porque muchos son los vientos de las doctrinas; y agitadas las olas por su soplo, los hombres son llevados de un lado a otro por un rumbo incierto y por variado error. Por lo cual debe trabajarse con todo empeño, primero en encontrarse en la unidad de la fe: después, en esa misma unidad, tener el conocimiento del Hijo de Dios. Cuando la posesión de estos sea segura, dejando de ser niños y recibiendo la medida del hombre interior (cuya medida de plenitud es la medida de Cristo), obtendremos el nombre de "varón perfecto": de tal manera, sin embargo, que [otra lectura omite "que"] toda la multitud de los creyentes llegue a la edad consumada de la plenitud de Cristo, y de ningún modo fluctuando en los dogmas, a semejanza de los niños, sea llevada por el abismo incierto de la infidelidad, mientras los vientos que soplan de aquí y de allá —a saber, de los herejes

o de los sabios del mundo—, razones diversas y opuestas, o bien causan o bien amenazan el naufragio a los oyentes: mientras unos, sin voluntad de engaño, predicán no obstante aquellas cosas que son falsas; otros, en cambio, componiendo con toda astucia los lazos del error, se apresuran a engañarnos y vencernos. Pero cuando los santos se hayan encontrado y hayan llegado a la medida del varón sobredicho, entonces, entendiendo la caridad de Cristo, aumentarán en él todas las semillas de verdad que habían recibido, teniendo como cabeza del cuerpo de la Iglesia al Señor Jesús.

Pero como dice: "Para que ya no seamos niños fluctuantes", y lo demás, atestiguando que él también es fluctuante y niño, parece que debe reconsiderarse si habló estas cosas según la humildad: o si ciertamente, viendo en parte y conociendo en parte, entendió cuánto distaba de la ciencia perfecta y prorrumpió en las verdaderas palabras de su conciencia. Si alguno, pues, quiere que él haya hablado esto según la humildad, usará aquel ejemplo: "Cuando era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, sabía como niño. Pero cuando me hice hombre, evacué las cosas que eran de niño" (1 Cor. 13, 11). Pero otro responde a esto que, por comparación de muchos, el Apóstol llegó a la edad de varón perfecto: pero respecto a aquellas cosas que están guardadas para los santos, todavía es llamado niño. Puesto que el profeta menciona a todos los apóstoles que creen en Cristo como niños, diciendo: "He aquí yo y los niños que me dio Dios" (Is. 8, 18). Después

de esto debe disertarse más atentamente, no sea que tal vez verdaderamente según la humildad, el Apóstol no solo haya dicho que era niño, sino fluctuante, y arrebatado a diversas partes por todo soplo de doctrinas, en la falacia de los hombres, en la maldad, para las asechanzas del error.

Pero el que quiere que él haya proferido esto no por humildad, sino por conciencia, dice: Pablo el apóstol era hombre de agudo y acre ingenio, y que ante cada uno de los primeros intentos de los que disputaban, con mente sagaz preveía lo que debía introducirse. Veía, pues, a menudo que se decía así de una y otra parte, y que se afirmaban cosas tan verosímiles en asuntos contrarios, que hacían dudar al oyente: por eso como hombre, y todavía constituido en un frágil cuerpecillo, era llevado ciertamente por todo viento de doctrina (618), pero no se estrellaba contra las rocas, ni su nave se llenaba con los remolinos: pues estaba en la popa sosteniendo el timón, y rompía las espumantes olas de la herejía con la seguridad de la fe. Sin embargo, no intrépido y seguro, ni quieto y plácido, divisaba los vientos que soplaban de aquí y de allá, y con oído solícito los captaba, y vencía lo contrario: pero su victoria no era segura. Porque veía que las palabras de los adversarios y las razones con las que intentaban subvertir la verdad no podían ser superadas fácilmente, y que estaban llenas de toda astucia, tejidas también por el arte de la dialéctica, más aún del diablo, esperaba el auxilio de Dios para que repeliera toda deliberación de su mente, y creyera a la verdad cierta y fija sin ninguna molestia, y la aumentara

en el amor de Cristo: a quien sabía cabeza tanto de sí mismo como de todo el cuerpo de la Iglesia.

Debe saberse que este lugar es más manifiesto en el griego, pero mientras se traslada al latín palabra por palabra, los sentidos envueltos en las palabras han oscurecido [otra lectura: "obscurecen"] lo que se dice.

(Vers. 16.) De quien todo el cuerpo, compactado y unido entre sí por todas las coyunturas del suministro, según la operación en la medida de cada miembro, realiza el aumento del cuerpo para su propia edificación en la caridad.

Al final de las cosas, cuando comencemos a ver a Dios cara a cara, y hayamos llegado a la medida de la edad de la plenitud de Cristo (de cuya plenitud todos hemos recibido ahora [Jn 1]), de modo que Cristo no esté en parte, sino todo en nosotros: y dejados los inicios de los niños, hayamos crecido en aquel varón de quien dice el Profeta: "He aquí el varón, cuyo nombre es Oriente" (Zac 6, 12). And Juan el Bautista menciona (Jn 1, 30): "Después de mí viene [otra lectura: 'vendrá'] un varón que ha sido puesto delante de mí, porque era antes que yo". Entonces, en el encuentro de una sola fe y de un solo conocimiento del Hijo de Dios —a quien ahora, por la variedad de las mentes, no conocemos con una ni la misma fe y conocimiento—, todo el cuerpo, que antes había sido disipado y desgarrado en diversas partes, será reducido a su propia estructura y unión. De modo que un solo suministro y la misma operación, y la perfección consumada de una sola edad, haga crecer todo el cuerpo por igual, y todos los

miembros reciban el incremento de la edad según su propia medida. Además, toda esta edificación, por la cual (619) el cuerpo de la Iglesia aumenta por partes, se completará por la mutua caridad entre sí.

Entendamos a todas las criaturas racionales bajo el ejemplo de un solo animal racional, y cualquier cosa que digamos de sus miembros y partes, sepamos que esto debe referirse a cada criatura racional. Pensemos que este animal está de tal modo desgarrado por sus articulaciones, venas y carnes, que ni el hueso se adhiera al hueso, ni el nervio se una al nervio: que los ojos yazgan por separado, por otro lado las narices, las manos ocupen otro lugar, los pies estén arrojados en otro, y los demás miembros estén de este modo dispersos y divididos entre sí. Imagina que viene un médico de tan gran ciencia que, según las fábulas de los paganos, pueda imitar a Esculapio y suscitar a Virbio en una nueva figura y un nuevo nombre: este tendrá necesidad de restituir cada miembro a su lugar, y unir estructura con estructura, y, una vez restituidas las partes con cierto pegamento, formar un solo cuerpo.

Hasta aquí ha procedido para nosotros una semejanza: ahora, en la misma semejanza para lo que queremos que se entienda, tráigase otro ejemplo. Crezca el niño y, en edad oculta, crezca hasta la edad perfecta: su mano tendrá su propio aumento, sus pies sentirán sus incrementos: el vientre se llena mientras no lo sabemos: los hombros, mientras se engaña a los ojos, se dilatan: y todos los miembros crecen por partes según su

medida de tal modo que, sin embargo, parezca que no aumentan para sí, sino para el cuerpo.

Así pues, también en la restauración de todas las cosas, cuando el verdadero médico Cristo Jesús venga para sanar el cuerpo de toda la Iglesia ahora disperso y desgarrado, cada uno según la medida de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios (a quien se dice que "reconoce" por esto, porque lo había conocido antes y después dejó de conocerlo) recibirá su propio lugar y empezará a ser lo que había sido. De tal manera, sin embargo, que no según otra herejía, todos estén puestos en una sola edad, esto es: que todos sean reformados en ángeles: sino que cada miembro sea perfecto según su medida y oficio (620). Por ejemplo, que el ángel prófugo empiece a ser lo que fue creado: y el hombre, que había sido arrojado del paraíso, sea restituido de nuevo al cultivo del paraíso. Pero todas estas cosas sucederán de tal modo que se unan entre sí por la caridad: y mientras un miembro se alegra con otro miembro y se goza en la promoción del otro, el cuerpo de Cristo, la Iglesia de los primogénitos, habite en la Jerusalén celestial, a la cual en otro lugar el Apóstol llama madre de los santos (Gál 4).

Por eso (como dijimos arriba), estas cosas son más oscuras entre nosotros porque se dicen metafóricamente (μεταφορικῶς) en griego. Y toda metáfora, si se traslada de una lengua a otra palabra por palabra, como por ciertas malezas, se sofocan los sentidos y los gérmenes de la oración.

(Vers. 17 sigs.) Esto, pues, digo y testifico en el Señor: que ya no andéis como también andan los

gentiles en la vanidad de su sentido, teniendo su entendimiento oscurecido, estando ajenos de la vía de Dios por la ignorancia que hay en ellos, por la ceguera de su corazón. Los cuales, perdiendo la esperanza, se entregaron a la impudicia en la operación de toda inmundicia en la avaricia.

Esto, pues, dice, os digo, oh efesios, y os testifico, que puesto que habéis de encontraros en la medida de la edad de la plenitud de Cristo, no andéis como andan los gentiles, los cuales, sirviendo a los ídolos, abusan tanto del sentido como de la mente en cosas depravadas. Los cuales, habiendo recibido para esto el alma y el intelecto, para que conocieran a Dios, están ajenos de su vía (la cual no conocemos otra fuera de Cristo) y andan en la ceguera de su corazón. Y ojalá bastara haber pecado, y aunque fuera tarde hicieran penitencia y condenaran los vicios en los que continuamente boquearon, habría remedio para volver al buen sentido después del error. Pero ahora, perdiendo la esperanza, y según el rito de las bestias irracionales, sumergiéndose en el lodo y el torbellino, se entregaron a la impudicia y a la lujuria, obrando todo lo que el cuerpo quiso, la mente deseó, la libido sugirió. Y no habiendo omitido absolutamente nada que sea inmundo, hicieron todo esto en la avaricia, mientras nunca se sacian de lujuria, ni su placer tiene límite (621). O ciertamente, más allá de la unión concedida del hombre con la mujer, ascienden a cosas mayores, los varones obrando torpeza en los varones, y recibiendo en sí mismos el pago de su error. La vanidad del sentido y la oscuridad de la mente

se divide de dos maneras: en los negocios de este siglo y en la sabiduría secular; cuando o bien nos detenemos en estas cosas que son de este mundo y pasan pronto, o conocemos cosas que no habrán de aprovechar. ¿No os parece que entra en vanidad de sentido y oscuridad de mente el que día y noche se atormenta en el arte dialéctico? ¿O el que, buscador físico, levanta sus ojos a través del cielo y se sumerge en cierto vacío más allá de la profundidad de las tierras y del abismo? ¿O el que construye el yambo, el que, estudioso en su corazón, distingue y amontona tal selva de metros? Y (para que pase a la otra parte) ¿el que busca riquezas por fas o por nefas? ¿El que lisonjea a los reyes, busca las herencias ajenas y congrega riquezas, las cuales ignora en un momento a quién habrá de dejar?

Pero eso que dice, "los que perdiendo la esperanza a sí mismos", esto es, ἀπηλγνηκότες ἑαυτοῦς, significa algo muy distinto en griego que en latín: pues como "desesperados" (desperantes) ciertamente se llaman ἀπηλγνηκότες; pero estos son ἀπηλγνηκότες, los que después de que han pecado no se duelen. Los cuales, no sintiendo en modo alguno su ruina, son llevados al precipicio y, al igual que las bestias que ven el hierro, se lanzan a la muerte. Ponme a dos sorprendidos en un solo vicio: uno que entienda y llore lo que hizo; el otro que se deleite en el crimen y no solo no se duela, sino que incluso se gloríe y piense que ha conseguido cierta palma y victoria de torpezas: ¿no te parece que aquel se duele y este no se duele en absoluto? Exprese-

mos, si podemos, palabra por palabra, y digamos ἀπηλγηκότες, "indolentes" (indolentes), o "indolorios" (indolorios). Pues incluso cierto filósofo predicó la ἀναλγησίαν, esto es, la "indoloria". Sepan los que introducen naturalezas diversas que por eso los gentiles andan en la vanidad de sentido con las mentes oscurecidas: porque se entregaron a la ignorancia y a la ceguera. Pues nadie es llamado inexperto y ciego, sino aquel que puede conocer y ver. Ni decimos que la piedra sea ciega y que el animal bruto ignore: porque no se requiere de él, ni es de su naturaleza, que conozca y vea (622). Pero si estuvo en la naturaleza de los gentiles el que pudieran entender y ver la vida de Dios: no es varia la naturaleza de los terrenales y espirituales, sino la voluntad. Habíamos dicho arriba que la operación de toda inmundicia en "avaricia" no pertenece a la avaricia, como suena sencillamente, sino a la libido y a la lujuria. Debemos comprobar este sentido por el testimonio de otro lugar. En la primera Epístola a los Tesalonicenses se escribe: "Porque esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación: que os abstengáis de la fornicación; que cada uno de vosotros sepa poseer su vaso en santificación y honor; no en pasión de deseo, como también los gentiles que no conocieron a Dios; que nadie sobrepase y defraude en el negocio a su hermano; porque el Señor es el vengador de todas estas cosas, como ya os predijimos y testificamos. Porque no nos llamó Dios a la inmundicia, sino a la santificación" (1 Tes 4, 3 sigs.). Observa diligentemente, porque provocándonos a la castidad, y

queriendo que estemos contentos solo con las esposas, dijo: "Que nadie sobrepase y defraude en el negocio a su hermano", esto es, para que no dejando a su propia cónyuge, busque contaminar a la esposa de otro. Donde nosotros tenemos "y defraude en el negocio a su hermano", en el griego se lee, καὶ πλεονεκτεῖν ἐν τῷ πράγματι τὸν ἀδελφὸν αὐτοῦ. Pero la πλεονεξία se llama "avaricia", la cual nosotros podemos, trasladando la fuerza de la palabra, expresar así en el presente lugar: "para que nadie sobrepase y, siendo avaro, defraude en el negocio a su hermano". Pues ¿qué consecuencia tiene, sea en aquel capítulo que ahora hemos citado como ejemplo, o en este que principalmente intentamos exponer a los efesios, que entre la impudicia y la inmundicia, la castidad también y el afecto conyugal, extraordinariamente de repente se nombre la avaricia? No os sea molesto si nos demoramos mucho en las cosas más oscuras: pues alegamos al principio que, entre todas las Epístolas de Pablo, esta está especialmente involucrada tanto en palabras como en sentidos.

(Vers. 20.) Pero vosotros no habéis aprendido así a Cristo; si es que lo habéis oído y en él habéis sido enseñados.

Si todos los que parecen oír a Cristo oyeran, nunca el Apóstol diría a los efesios, y ciertamente a aquellos a quienes había revelado los sacramentos de Cristo: "Si es que lo habéis oído". Pero aprender a Cristo es eso mismo que conocer la virtud: y "oídle" no difiere de si él dijera, oír la sabiduría (623), la justicia, la fortaleza, la tem-

planza y las demás cosas por las cuales Cristo es llamado. Si alguno, pues, oyó y aprendió a Cristo, no andará en la vanidad de su sentido: ni caminará oscurecido de mente: ni estará ajeno de la vida de Dios: tendrá también ciencia, una vez disipada la ignorancia, y habiendo entrado la luz en las tinieblas, se quitará toda ceguera de los ojos de su corazón. Cuando tenga esto, no se entregará a la impudicia: ni obrará toda inmundicia en la avaricia, sobrepasando los límites concedidos del matrimonio. Pero si alguna vez sucediera que fuera superado por alguna pasión, se dolerá de su herida y sufrirá los tormentos de la conciencia: porque habrá perdido la frente libre y la pureza de la mente inmaculada. Aprendamos, pues, a Cristo y oigámosle; si hay alguno que pueda decir: "¿Buscáis una prueba de aquel que habla en mí, Cristo?" (1 Cor 13, 3 [en realidad 2 Cor 13, 3]). Corramos a él días y noches, estemos pendientes de su boca y de su elocuencia. Cristo nos habla: son palabras del Espíritu Santo las que profiere. Pues puso Dios en la Iglesia primero apóstoles, segundo profetas, tercero doctores. Pero tampoco debe desesperarse de que alguna vez el mismo Cristo hable en nuestras mentes y nos enseñe por sí mismo, y no busque el órgano de boca ajena: solo no estemos sometidos al pecado; ni nuestro cuerpo posea delitos, y entrará en él la sabiduría.

(Vers. 21.) Como está la verdad en Jesús.

El nombre "Jesús" a veces significa aquel hombre que fue asumido por Dios el Verbo de la Virgen, según aquello: "Llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados"

(Lc 1, 31). Y en otro lugar: "Jesús, pues, cansado del camino" (Jn 4, 6), y lo demás. Pero a veces significa a Dios el Verbo: "Porque para nosotros hay un solo Señor Jesucristo, por quien son todas las cosas". Si alguna vez, pues, dice Jesús: "Yo soy el camino y la verdad" (Jn 14, 6), lo dice según aquello que es el Hijo de Dios. Pero cuando escribe Pablo: "Como está la verdad en Jesús", habla del templo del cuerpo en el cual habita el Dios Verbo. "Porque el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (Jn 1, 14). A menos que tal vez ambas cosas deban entenderse de Dios el Verbo: que del modo en que habita en él la vida, así también él mismo sea la vida: "Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también dio al Hijo el tener vida en sí mismo" (Jn 5, 26). Así también llámese verdad al Hijo, y muéstrese que ella misma habita en él.

Pero decimos estas cosas no separando a Jesús de Cristo (624), ni de nuevo diciendo que Dios el Verbo sea otro hombre que aquel que asumió: sino que según los entendimientos de los efectos o de los lugares, llamamos a aquel que creemos que es uno solo, el Hijo del hombre y el Hijo de Dios, tanto antes de la Virgen como después de la Virgen con unos y otros nombres. Pero también puede entenderse de otro modo: "Como está la verdad en Jesús". En ninguno de los patriarcas, en ninguno de los profetas, en ninguno de los apóstoles estuvo la verdad, sino en solo Jesús. Pues otros en parte conocían y en parte profetizaban, y veían por un espejo, en enigma (1 Cor 13). En solo Jesús apareció la verdad de Dios, la cual habla con confianza: "Yo soy la verdad" (Jn 14, 6): la cual

otorga libertad a los que creen en él según la analogía de la fe. Pues el que conoce la verdad, por la verdad es dotado de libertad. Y la misma verdad por eso asumió la forma de siervo y se humilló a sí misma, hecha obediente al Padre hasta la muerte (Fil 2): para hacer libre al siervo. Pues donde está el Espíritu de Dios, allí hay libertad. Si queremos conocer en Jesús la forma del libre y el rostro de la verdad, subamos con él al monte, veámosle transfigurado: donde también sus vestidos, esto es, las Escrituras que anuncian sobre él, se mudan: y Moisés también y Elías, esto es, la Ley y los Profetas, se ven en gloria (Mt 17). Mientras el Señor no cambia la forma de siervo ni sube al monte, la Ley se encuentra entre suciedades, los Profetas en la escualidez. Cuando él haya subido a lo más alto y haya querido mudar sus vestidos, y el entendimiento sobre el siervo haya sido claro y libre: entonces también se mudan el rostro y los vestidos de Moisés y de Elías.

(Vers. 22.) Despojaos, según la anterior conversación, del viejo hombre, que se corrompe según los deseos del error. Porque la sentencia parece desbordarse según el orden y el texto del discurso, debe leerse así: "Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo (si es que lo habéis oído, y en él habéis sido instruidos) para despojaros, según la anterior conversación, del viejo hombre, que se corrompe según los deseos del error: como está la verdad en Jesús": para que el sentido sea: Como la verdad está en Jesús, así estará también en vosotros que habéis aprendido a Cristo y lo habéis oído; y habéis sido instruidos para despo-

jaros, según la anterior conversación, del viejo hombre, que se corrompe según los deseos del error.

Pues al viejo hombre, que manda despojar, pienso que se le llama "viejo" (*inveteratum*) por la malicia. Pues aquel (625), según la anterior conversación y los deseos del error, siempre errante y dándose al festín en la obra de la corrupción, se corrompe y es violado. Y porque incesantemente se ocupa en los deseos del error y nunca cesa del vicio, de ningún modo se dice "corrompido", sino "que se corrompe": porque a través de cada día, hora, punto y momento se corrompe, es interceptado, es violado. Pero la Palabra de Dios, que por eso mata para vivificar al muerto, y para que el vivificado busque al Señor, a quien antes de la destrucción no conocía, no corrompió, sino que mata al viejo hombre: "Porque yo mato", dice, "y yo doy vida" (Dt 32, 39); y: "Cuando los mataba, entonces lo buscaban" (Sal 77, 34).

Ni pensemos que esto que ahora dice: "Que se corrompe según los deseos del error", es contrario a lo que en otro lugar está escrito: "Y aunque nuestro hombre exterior se corrompe, aquel que es interior se renueva de día en día" (2 Cor 4, 16): porque la corrupción del hombre exterior es la renovación del hombre interior; y por el contrario, la corrupción del hombre interior es la instauración del exterior. Alguno estime que Pablo habla simplemente: "Si alguno corrompe el templo de Dios, Dios lo corromperá: pues el templo de Dios es santo, el cual sois vosotros". Pero tal vez también allí se oculta algo que entre nosotros parece

escondido. Si nosotros somos el templo de Dios, según aquello que se escribe: "Pues el templo de Dios es santo, el cual sois vosotros" (1 Cor 3, 17): y uno es el que corrompe el templo de Dios, otro lo que es corrompido. Debe preguntarse quién es aquel que corrompa el templo de Dios. Si encuentras a los enemigos de Jerusalén, corrompiendo y violando el templo construido de piedras: verás igualmente a todo el que corrompe y viola el templo de Dios, a quien Dios corromperá y violará, vengando la corrupción de su templo. Sin embargo, también el templo que se ofreció a sí mismo (ciertamente es viviente y sensible) a las asechanzas del que corrompe, pagará las penas, por este mismo hecho de que, corrompido y violado, perdió el espíritu de la incorrupción.

(Vers. 23, 24.) Renovaos en el espíritu de vuestra mente: y revestíos del nuevo hombre, que según Dios ha sido creado en la justicia y santidad de la verdad. Ni en la mente somos renovados sin el espíritu, ni en el espíritu sin la mente; sino que somos renovados conjuntamente en el espíritu (626) de nuestra mente: para que del modo que salmeamos con el espíritu, salmeamos también con la mente, oramos con el espíritu, oramos también con la mente: así en el espíritu de nuestra mente seamos renovados: para que cuando la mente haya sido limpia y purgada, y ajena de toda mancha de sórdida concreción, entonces se le una también el espíritu, y así sean acoplados por un cierto pegamento de unidad entre sí, que de ningún modo se diga espíritu simple, sino espíritu de la mente.

Pero cuando hayamos sido renovados en el espíritu, que es el espíritu de nuestra mente, entonces nos revestiremos del nuevo hombre, que según Dios ha sido creado. Lo cual ciertamente pienso que es lo mismo que en otro lugar se dice con otras palabras: "Revestíos de nuestro Señor Jesucristo" (Rom 13, 14). Pues este es el nuevo hombre, del cual todos los creyentes debemos ser revestidos y vestidos. Pues ¿qué en el hombre que fue asumido por nuestro Salvador no fue nuevo? El concepto, la natividad, el parto, la infancia, la doctrina, la vida, las virtudes: y al final, la cruz y la pasión, despojando en ella a los principados y teniendo a las potestades contrarias como espectáculo: también la resurrección y la ascensión al cielo. Este, pues, verdaderamente fue creado en justicia y santidad de la verdad: porque fue Dios verdadero, Hijo del Dios verdadero, y toda la religión y justicia de Dios fue completada en él en la verdad. El que, por tanto, puede imitar la conversación de aquel, y expresar en sí todas las virtudes, y ser manso como aquel fue manso y humilde de corazón, y ponga su alma por sus amigos, como aquel la puso por sus ovejas: golpeado no responda, maldecido no remaldiga, sino que venza en la humildad a la soberbia: este se ha revestido del nuevo hombre y puede decir con el Apóstol: "Pero vivo ya no yo, sino que vive en mí Cristo" (Gál 2, 20). Y: "Sed imitadores míos, como también yo de Cristo" (1 Cor 11, 1). Puede también asumir las palabras de Juan: "El que dice que cree en Cristo, debe caminar como él caminó" (1 Jn 2, 6).

Pero eso que dice: "Que según Dios ha sido creado", no suena lo mismo en el discurso latino que en el griego. Pues la creación entre nosotros se llama "generación" o "natividad": pero entre los griegos, bajo el nombre de creación, se recibe la palabra de "factura" (*facturae*) y de "condición" (*conditionis*). Y lo que entre nosotros es "condición", esto entre los griegos suena como "creación". De donde también la herejía (627) calumniando la natividad de Cristo, usurpa el ejemplo de Salomón: "El Señor me creó al principio de sus caminos" (Prov 8, 22). Debe considerarse, por tanto, que la creación y la condición nunca se nombran sino en las grandes obras. Por ejemplo, el mundo fue creado: la ciudad fue fundada (*condita*): pero una casa, aunque sea grande, se dice más bien "edificada" que fundada o creada. Pues en las grandes obras y facturas se asume la palabra de "creación". Por lo cual debe advertirse que este nuevo hombre, que según Dios ha sido creado en Cristo, es una gran obra de Dios y sobresale por encima de las demás criaturas: pues se dice que ha sido así fundado como el mundo, y el principio de los caminos de Dios, y en el inicio de todos los elementos fue creado.

(Vers. 25.) Por lo cual, deponiendo la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo: porque somos miembros los unos de los otros. No simplemente, como algunos piensan, ni solo moralmente mandó el Apóstol que, abandonada la mentira, se debe hablar la verdad con los prójimos. De otro modo, si solo con los prójimos hablamos la verdad, quienquiera que no fuera pró-

jimo debería oír la mentira. Lo cual ciertamente también está mandado en la Ley: "No cometerás adulterio con la mujer de tu prójimo" (Ex 20, 17). Si el prójimo solo se toma como el pariente o el amigo, permite por derecho los adulterios contra los extraños; pero llama prójimo a todo hombre que ha sido generado del mismo progenitor que nosotros. Lo cual ciertamente también significa aquella parábola del hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó, que cayó en manos de ladrones, y pasando de largo el sacerdote y el levita, fue curado por un samaritano y llevado de vuelta al posadero (Lc 10). Pues después de esto el Señor afirma que es prójimo aquel que le hizo misericordia, queriendo mostrar que todos los hombres son prójimos para todos. Y esto ciertamente, así entendido, edifica a los oyentes.

Pero lo que sigue: "Porque somos miembros los unos de los otros", me parece que significa más bien un misterio y que habla de aquellos que nos son prójimos por la fe y la virtud. Pues no son miembros los unos de los otros sino los fieles de los fieles, y los cristianos de los cristianos, y los perfectos de aquellos que son de plena y consumada virtud. Por lo cual el mismo Pablo, siendo perfecto, en otra (628) epístola hablaba: "Pero hablamos sabiduría entre los perfectos" (1 Cor 2, 6). Por tanto, manda esto: que cada uno hable con su prójimo las cosas místicas y secretas, y aquellas que están llenas de la verdad de Dios, y que el día al día rebose la palabra, y la noche a la noche indique la ciencia (Sal 18), esto es, que indique las cosas claras y lucientes a aquellos que

merecen oír: "Vosotros sois la luz del mundo" (Mt 5, 14). Por lo demás, las cosas tenebrosas e involucradas, y veladas por toda la noche de los sacramentos, refiéralas a aquellos que también ellos mismos son noche, tinieblas o calima, de los cuales se dice: "Y la calima estaba bajo sus pies" (Sal 17, 10): sin duda que de Dios. Pues también en el monte Sinaí Moisés entra en el torbellino y la calima donde estaba Dios (Ex 19), y del mismo Dios está escrito: "Puso las tinieblas como su escondrijo" (Sal 17, 12). Hable, pues, cada uno la verdad y el misterio con su prójimo, y no dé lo santo a los perros, ni eche sus margaritas ante los puercos (Mt 7): sino que a quienes tengan el óleo de la verdad, condúzcalos al tálamo del esposo y a la despensa del rey. Por lo demás, eso que dice: "Hablad verdad cada uno con su prójimo", sepamos que ha sido tomado del profeta Zacarías (Zac 8, 16).

(Vers. 26.) Ayunaos, y no pequéis. Nadie duda que esto ha sido tomado del salmo cuarto, y parece ser contrario a lo que se dice en otro lugar: "Pero ahora deponed también vosotros todas estas cosas: la ira, la indignación, la malicia, la blasfemia y la torpe palabra de vuestra boca" (Col 3, 8). Pero también, entendido de manera simple, daña, mientras se piensa que se han aflojado los frenos de la ira. Pues el nombre de la ira se recibe en un doble sentido, no solo entre nosotros, sino también entre los filósofos. O bien cuando, provocados por una injuria, somos incitados por estímulos naturales; o bien cuando, habiendo descansado el ímpetu y apagado el

furor, la mente puede tener juicio y, sin embargo, desea la venganza sobre aquel que se piensa que ha dañado. Pienso, por tanto, que ahora se habla de la primera ira, y que nos es concedido como a hombres que nos conmovamos ante el aspecto de alguna cosa indigna, y que una cierta brisa suave conturbe la tranquilidad de la mente: pero que de ningún modo seamos elevados a los hinchados remolinos por el ímpetu del furor. Nuestro Firmiano escribió un libro "Sobre la ira de Dios" (629) con un discurso igualmente docto y elocuente, el cual, quien lo lea, pienso que le podrá bastar con creces para el entendimiento de la ira.

No se ponga el sol sobre vuestra ira. Si entendemos simplemente este sol que se ve con los ojos de la carne, pecamos cuando nos airamos y, al ponerse el sol, la ira persevera. Pero no pecamos cuando (por ejemplo) airados desde la hora primera hasta la undécima, hacemos lo que la indignación, el furor y la ira han sugerido. En cuyo sentido nada me parece más absurdo, como si no pudiera alguien, desde el orto del sol hasta el ocaso, ensañarse en tan grandes crímenes que en toda su vida no pudiera expiar con lágrimas. ¿O no tiene más bien lugar la ira en el día, siendo que ciertamente la noche es el descanso del furor y, al suceder el sueño, aunque nos airemos, difiramos la ira para el día? Porque, por tanto, el sol verdadero, así como se puso sobre los malos profetas, según aquello que está escrito: "Se puso el sol sobre vuestros profetas al mediodía" (Amós 8, 9): así también se pone sobre todos los peca-

dores, de ningún modo concediéndoles la luz de su orto: manda ahora el Apóstol que no hagamos tales cosas vencidos por el furor, por las cuales se ponga el sol para nosotros y lo principal del corazón se vea envuelto en tinieblas. Algunos piensan que esto debe tomarse simplemente así, como también aquello del salmo cuarto, de donde parece haber sido tomado: "Las cosas que decís en vuestros corazones, en vuestros lechos arrepentíos de ellas" (Sal 4, 5), esto es, cualesquiera cosas que pequéis en el día, ya de obra, ya de palabra, ya de pensamiento, purgadlas durante la noche con la penitencia subsiguiente: y que la ira sea breve y no se difiera para el día de mañana.

(Vers. 27.) Ni deis lugar al diablo. Diablo es una palabra griega que en latín se dice "acusador" (criminator); pero en lengua hebrea se llama "Satan", esto es, "adversario" o "contrario"; y por el Apóstol "Belial" (2 Cor 6), esto es, "sin yugo", porque arrojó de su cuello la servidumbre de Dios: a quien Aquila tradujo como "apóstata". Y debe saberse que dondequiera que en la antigua Ley se escriba "hijos de la pestilencia", como allí: "Pero los hijos de Helí eran hijos de la pestilencia" (1 Sam 2), allí en los volúmenes hebreos se nombra "Belial" —esto es, el diablo— en lugar de "pestilencia": aunque muchísimos (630) lean corruptamente "Beliar" en lugar de "Belial" en el Apóstol. No queráis, pues, dice, dar lugar al diablo, el cual, como león rugiente, busca una entrada por la que pueda irrumpir. Pues del mismo modo que el Padre y el Hijo están ante la puerta y llaman para entrar y cenar con aquel que los reciba (Apoc 3):

así también el adversario está siempre preparado para irrumpir en nosotros, y cuando damos lugar, entra. Pues suele, antes de venir, lanzar algunos dardos y hacer del pensamiento el precursor de su llegada: si nosotros nutrimos este pensamiento en nuestro corazón tras haberlo recibido y lo hacemos crecer, cuando vea en nosotros su prole aumentada, entonces él mismo se atreverá a entrar. Finalmente, en el corazón de Judas Iscariote lanzó la primera flecha para que entregara al Salvador, la cual, si aquel miserable no la hubiera fomentado tras recibirla, nunca después de mojar el pan en el plato habría entrado en él Satanás. Y al mismo tiempo atended diligentemente a esto: que no encontró el diablo lugar para entrar en Judas, cuyo pecho ya había herido antes, sino en el convite del Salvador (Jn 13). Porque entonces es cuando más somos entregados a su potestad, cuando no somos vencidos ni por la humanidad, ni por la clemencia, ni por la mansedumbre de aquel a quien odiamos indignamente. Con esto que ahora mandó, "ni deis lugar al diablo", se compara aquello del Eclesiástico: "Si el espíritu del que tiene el poder subiere sobre ti, no dejes tu lugar" (Eccl 10, 4). Aquel soberbio y temerario quiere subir, quiere ascender: pero aunque te crea oprimido y se ensalce, tú no des lugar. Pues la potestad del diablo no está en la temeridad y jactancia de aquel, sino en tu voluntad.

(Vers. 28.) El que robaba, ya no robe: sino más bien trabaje, operando con sus manos lo que es bueno: para que tenga que comunicar al que padece necesidad. Porque aquellos que se ocupan

en los negocios de esta vida, por causa del alimento y de los usos necesarios, se ven obligados a comprar o vender algo, y a buscar ganancias de la negociación: y es difícil incluso para aquellos que están libres de otras pasiones —a saber, la fornicación, la idolatría, el adulterio y el homicidio (631)— no estar retenidos por este vicio. Por eso amonesta ahora a los efesios, para que bajo la ocasión del lucro no incurran en el crimen de hurto. Llamando hurto a todo lo que se busca con daño ajeno. Pero dice que es justo que cada uno, trabajando con sus manos y adquiriendo el sustento con el trabajo, lo imparta a los que no tienen. Y ciertamente no dice: "Sino que más bien trabaje, operando con sus manos lo que es bueno, para que no padezca necesidad y tenga sustento y no cause molestia a nadie": sino que, "Trabaje", dice, "con sus manos lo que es bueno, para que tenga de donde comunicar a los indigentes". Aquel, pues, que para esto solo trabaja, para que él mismo no carezca de nada y retrae su mano de los demás: aunque se aplauda a sí mismo, sin embargo no ha cumplido el precepto del Apóstol.

Pero también puede entenderse más profundamente: "el que robaba, ya no robe", y lo demás: por aquello que está escrito sobre los seudoprofetos: "Que roban mis palabras cada uno de su prójimo" (Jer 23, 30). Y en el Evangelio: "Todos los que vinieron antes de mí fueron ladrones y salteadores" (Jn 10, 8). Y a los romanos: "Tú que predicas que no se ha de robar, ¿robas?" (Rom 2, 21): que se nos prohíbe cometer hurtos espirituales. Ni ciertamente esto que sigue: "sino que más

bien trabaje, operando con sus manos lo que es bueno", puede referirse dignamente a las necesidades de esta vida: para que se llame "bueno" a cualquier cosa que ha de perecer y pertenece al mamón de la iniquidad. Pues aunque el trabajo justo tenga riquezas buscadas sin tergiversación, bastará con que no se llamen "malas": por lo demás, no pueden ser llamadas "buenas". Por tanto, opera lo bueno el que se aparta del mal y hace el bien, y trabaja en el campo de su alma para llenarse de panes espirituales y poder prestar al hambriento y al que sostiene la necesidad, dando a su tiempo los alimentos a sus consiervos; si tal es el que opera el bien, por consiguiente también el que roba, roba las palabras y los dogmas, viviendo del robo, cosiéndose para sí almohadillas del robo y recogiendo harapos de las Escrituras de aquí y de allá para poder hacer una túnica rasgada que es de abajo, no de arriba. Pues la túnica de la Iglesia, esto es, el cuerpo de Cristo, ha sido tejida desde arriba y no está cosida en parte alguna, la cual ni siquiera por los enemigos puede ser rasgada.

632 (Vers. 29.) Ninguna palabra mala salga de vuestra boca. Sino la que sea buena para la edificación de la oportunidad, para que dé gracia a los oyentes. Buena palabra es para la edificación de la oportunidad, dando gracia a los oyentes, la cual enseña que se han de seguir las virtudes y huir de los vicios. Mala, la que provoca a los pecados e incita a los propensos más bien a la ruina. Por lo demás, en lugar de lo que nosotros hemos puesto, "para la edificación de la oportunidad",

esto es lo que se dice en griego, *tēs chreias*, que en los códices latinos el intérprete cambió por causa de la eufonía y puso "para la edificación de la fe". Siempre que de nuestro discurso alguien saca provecho, y según la oportunidad del lugar, del tiempo y de la persona edifica a los oyentes, ha salido de nuestra boca una buena palabra. Pero siempre que hablamos, o no a tiempo, o en lugar inoportuno, o no como conviene a los oyentes, tantas veces sale de nuestra boca una palabra mala para la destrucción de los que oyen. Consideremos, pues, qué hablamos, porque de toda palabra ociosa hemos de dar cuenta en el día del juicio (Mt 12). Y aunque no dañemos, si sin embargo no edificamos, hemos de pagar la pena de la mala palabra.

(Vers. 30.) Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, en el cual habéis sido sellados para el día de la redención. El pesar del Espíritu Santo debe entenderse del mismo modo que la ira de Dios y el sueño, y las demás pasiones según la similitud humana. No porque el Espíritu se contriste y la divinidad sienta perturbación alguna, sino para que, por nuestras palabras, aprendamos los afectos de Dios: que se duele cada vez que pecamos y llora por los pecadores. Pues también el Salvador, constituido en el cuerpo, lloró sobre Jerusalén (Lc 19), y deplora a todo el género humano en el profeta, diciendo: ¡Ay de mí, alma, porque ha perecido el reverente [Al. que vuelve] de la tierra! Y no hay entre los hombres quien corrija; todos son juzgados en sangre" (Miq 7). Y en Ezequiel, enumerando las obras de la que antes fue ciudad

santa, dice: "En todas estas cosas me contristaste" (Ez 20).

Hemos sido sellados, pues, con el Espíritu Santo de Dios, para que tanto nuestro espíritu como nuestra alma sean impresos con el sello de Dios, y recibamos aquella imagen y similitud para la cual fuimos creados en el principio. Este sello del Espíritu Santo, según la palabra del Salvador, es sellado por Dios al imprimirlo. "Porque a este", dice, "Dios el Padre lo selló" (Jn 6, 27). Es sellado, pues, por el Padre, con el Espíritu Santo, todo aquel que, por lo que ha creído en Dios, ha sellado que Dios es veraz. El cual por esta razón es sellado: para que guarde el sello y lo muestre en el día de la redención, puro y sincero, y no mutilado en parte alguna, y por ello pueda ser contado con aquellos que han sido redimidos.

LIBRO TERCERO.

633-634 Bastante abundantemente, oh Paula y Eustoquio, he disertado sobre el argumento de la Epístola de Pablo a los Efesios en el prefacio del primer libro; y dispersamente, dondequiera que se ha dado la ocasión, aunque brevemente, he mostrado que el bienaventurado Apóstol a ninguna de las Iglesias escribió tan místicamente y reveló los sacramentos escondidos a los siglos. Ahora, pues, puesto que apoyado por el auxilio de vuestras oraciones y de la santa Marcela, dicto el tercer libro, esto es, el último, sobre la misma Epístola, me parece justo que enseñe que también la etimología de su mismo nombre concuerda con el sentido que expuse arriba. Éfeso se interpreta en la lengua latina como "voluntad", o "mi consejo en ella", o ciertamente "mi alma en ella". La voluntad y el consejo y el alma de Dios está en aquel que puede decir: "Pues él mismo me dio la noticia de todas las cosas" (Ecl 1, y 1 Jn 5), y cuando las cosas inciertas y ocultas de la sabiduría de Dios le hayan sido reveladas, seguirá el testimonio del que habla: "He hallado a David de Belén, hijo de Jesé, hombre según mi corazón, que hará [Al. haga] todas mis voluntades" (Hech 13, 22). A un hombre de esta clase también el profeta Oseas lo significa, diciendo: "¿Quién es sabio y

entenderá [Al. entiende y reconoce] estas cosas, prudente y reconocerá aquellas?" (Os 14, 10).

Por lo demás, para que sepáis que hay mucha distancia entre el justo simple y el justo sabio, atended a qué gloria consiga cada uno en la resurrección de los muertos. "Y muchos de los que duermen en el limo de la tierra despertarán: estos para la vida eterna, y estos para el oprobio y la confusión eterna. Y los que entiendan brillarán como el esplendor del firmamento, y de los justos muchos como las estrellas por siempre" (Dan 12, 2). Brillarán, dice, los justos como las estrellas por siempre: y los que entiendan, esto es, los que tengan la ciencia de las Escrituras, como el esplendor del cielo. No porque el hombre docto no deba ser también justo: sino porque el que es justo, si no ha sido instruido, está tan lejos del sabio justo como está el fulgor de las estrellas del lumbré del firmamento. Que si alguno, instruido solo por la meditación de la ley, descuida su vida, ni se atreve a decir: "Por tus mandatos entendí, por eso me dirigía a todos tus mandatos" (Sal 118, 10), este, como metal que resuena y címbalo que retíne, y sal desvanecida, ha de ser pisoteado en el estiércol (1 Cor 13, Mc 9 y Lc 14). Pero si se diera la opción de cada uno (apartado aquel que tiene sabiduría y justicia), más querría yo la rusticidad justa que la docta malicia. Porque en el uno (635-636), aunque menor, sin embargo hay gloria de ser coigual al lumbré de las estrellas; en el otro, según el progreso de la ciencia, mayores son los suplicios. "Los potentes padecerán tormentos" (Sab 6, 7); y: "El siervo que supiere la voluntad de

su Señor y no la hiciere, será azotado con muchos azotes" (Lc 12, 47).

Esto por tanto, para que enseñara por qué el alma y el consejo y la voluntad de Dios suena en el vocablo de los Efesios: quienes, abandonados los prestigios de las artes mágicas, trasladaron el celo del error al estudio de la verdad. Por cuya salud tanto sudó Pablo luchando, que escribió a los corintios: "Si según el hombre luché contra las bestias en Éfeso, ¿qué me aprovecha si los muertos no resucitan?" (1 Cor 15, 32). ¿Cuáles son esas bestias? Sin duda aquellas de las que el salmista ruega diciendo: "No entregues a las bestias el alma que te confiesa" (Sal 73, 13). Y en otro lugar: "Reprende a las fieras de la caña" (Sal 67, 31). Pues nuestro adversario el diablo, como león rugiente, ronda (1 Pe 5, 8). Quien, al ver que la ciudad principal de Asia era arrebatada de sus fauces a la doctrina de Pablo, congregadas todas las huestes de sus satélites, se esforzaba por oprimirlo y, ensalzándose improbiamente, quería como águila poner sobre él su nido (Is 14, Prov 4). Lo cual el Apóstol sintiendo y guardando con toda custodia su corazón (pues no ignoraba sus astucias), después de la victoria ciertamente, pero no una victoria incruenta, hablaba: "Pues no queremos que ignoréis, hermanos, sobre nuestra tribulación que nos sucedió en Asia: que sobremanera fuimos gravados, sobre nuestra virtud, de modo que nos tedió incluso vivir" (2 Cor 1, 8). Pero el hecho de que por Tíquico se envíe la epístola, concuerda mucho con los sacramentos de la misma epístola (1 Tes 4). Sobre los cuales también

el título del salmo noveno se prenota, "por los arcanos del hijo". Pues Tíquico se interpreta como "silencioso": no arrojando las margaritas ante los puercos, ni dando lo santo a los perros, y hablando libremente a Dios. "En mi corazón escondí tus palabras para no pecar contra ti" (Sal 118, 11).

(Vers. 31.) Toda amargura, y furor, e ira, y clamor, y blasfemia sea quitada de vosotros con toda malicia. La amargura es contraria a la dulzura: de donde vulgarmente se llaman amargos y dulces. De la cual también habla Jeremías, diciendo: "Y tu amargura ascendió sobre mí" (Jer 15, 17). El furor, en cambio, es la ira que comienza, y la indignación que hierve en el ánimo. Pero la ira es (de la cual la amargura y el furor son especies) la que, una vez apagado el furor, desea la venganza y quiere dañar a aquel que piensa que lo ha dañado. Cosas estas que, aunque a menudo se digan de Dios, según aquello: "Señor, no me arguyas en tu furor, ni me corrijas en tu ira" (Sal 6, 1), no deben computarse como perturbaciones del ánimo como en nosotros: porque en él todas las cosas son moderadas y ordenadas, y la pena por la que se corrige a los pecadores es llamada con nuestras voces. Nosotros, en cambio, si nos airamos, nos perturbamos y, arrebatados por el furor, dejamos de ser dueños de nosotros mismos. Por lo cual toda amargura, y furor, e ira deben ser quitadas totalmente de nosotros. Pues a aquello del Evangelio: "Quienquiera que se aire contra su hermano sin causa, será reo de juicio" (Mt 5, 22), en vano se ha añadido "sin causa", porque ni con causa se nos concede airarnos, diciendo

ahora el Apóstol clarísimamente: "La amargura, y el furor y la ira sea quitada de vosotros (637)": y el salmo trigésimo sexto quitando generalmente toda conmoción del ánimo: "Cesa de la ira y deja el furor". Pues si la ira desea la venganza: toda venganza, por su parte, desea devolver el mal a aquel por quien se cree dañada, y el cristiano no debe devolver mal por mal, sino vencer en el bien al mal (1 Pe 3, y Rom 12, 19). Y: "Mía es la venganza y yo retribuiré, dice el Señor" (Dt 32, 35): todo el que se aira, peca: "Pues la ira del hombre no obra la justicia de Dios" (Sant 1, 20).

Después de la amargura, el furor y la ira, rectamente se prohíben también en nosotros el clamor y la blasfemia. Porque quien una vez haya sido vencido por el furor, es necesario que prorrumpe en clamor y, bramando turbiamente, sea venteadado de aquí para allá a modo de hoja, y diga: "¡Oh iniquidad de las cosas! ¡Oh injustos juicios de Dios!" y otras cosas que suelen decir quienes por el furor de la indignación perdieron el juicio de la mente. Por lo demás, la blasfemia no solo es abierta y nace de la ira, sino que también se profiere sin ira, con la mente sosegada: si alguien o bien se quejara de la gobernación de este mundo y dijera: "Aquello no debió ser así, esto en cambio debió ser así"; o ciertamente, constituido en la Iglesia y creyendo en Dios, resbalara en los dogmas que no es lícito ignorar: sintiendo de otro modo sobre el Padre, y el Hijo y el Espíritu Santo de lo que tiene la verdad de la cosa misma: no creyendo así en la resurrección de los muertos como las Escrituras enseñan; o ciertamente envidiando

la sabiduría ajena, conmemorara que siente mal aquel que es de la fe católica, y de nuevo contes-tando que un herético es católico por la adulación con que le obsequia: el que dice a lo dulce amargo, y a lo amargo dulce. Por lo cual con todo estudio han de ser leídas por nosotros las Escrituras y meditar en la ley del Señor día y noche: para que, como cambistas (*trapezitae*) probados, sepamos qué moneda es buena, cuál falsa. Por lo demás, quitemos de nosotros la amargura, el furor, la ira, el clamor y la blasfemia de tal modo que sean quitadas con toda malicia. La malicia, por su parte, o debe entenderse como contraria a la virtud, a la cual con otro nombre llamamos vicio; o bien la malignidad y la nequicia, que se siente en la tergiversación y la astucia.

(Vers. 31.) Toda amargura, y furor, e ira, y clamor, y blasfemia sea quitada de vosotros, con toda malicia. La amargura es lo contrario de la dulzura: de donde vulgarmente se llaman amargos y dulces. De la cual también habla Jeremías, diciendo: "Y tu amargura ascendió sobre mí" (Jer 15, 17). El furor, ciertamente, es la ira incipiente y la indignación que hierve en el ánimo. Pero la ira es (de la cual la amargura y el furor son especies) la que, apagado el furor, desea la venganza y quiere dañar a aquel que piensa que ha dañado. Las cuales cosas ciertamente, aunque se digan a menudo de Dios, según aquello: "Señor, no me arguyas en tu furor, ni me corrijas en tu ira" (Sal 6, 1), no deben computarse como perturbaciones del ánimo como en nosotros: porque en él todas las cosas son moderadas y ordenadas, y la pena

con que se corrigen los pecadores es llamada con nuestras voces. Pero nosotros, si nos airamos, nos perturbamos y, arrebatados por el furor, dejamos de ser nosotros mismos.

Por lo cual, toda amargura y furor e ira deben ser quitadas totalmente de nosotros. Pues a aquello del Evangelio: "Cualquiera que se aire contra su hermano sin causa, será reo de juicio" (Mt 5, 22), en vano se ha añadido "sin causa", porque ni siquiera con causa se nos concede airarnos, diciendo ahora el Apóstol muy manifestamente: "La amargura y el furor y la ira sean quitadas de vosotros": 637 y el salmo trigésimo sexto quitando generalmente toda conmoción del ánimo: "Desiste de la ira y deja el furor". Pues si la ira desea la venganza: y toda venganza desea devolver el mal a aquel por quien piensa que ha sido dañada, y el cristiano no debe devolver mal por mal, sino vencer en el bien el mal (1 Pe 3, y Rom 12, 19). Y: "Mía es la venganza y yo retribuiré, dice el Señor" (Dt 32, 35): todo el que se aira, peca: "Pues la ira del hombre no obra la justicia de Dios" (Sant 1, 20). Después de la amargura, el furor y la ira, rectamente se prohíben en nosotros también el clamor y la blasfemia. Porque quien una vez ha sido superado por el furor, es necesario que prorumpa en clamor y, gimiendo turbiamente, sea ventilado de aquí para allá a modo de hoja, y diga: "¡Oh iniquidad de las cosas! ¡oh injustos juicios de Dios!", y lo demás que suelen decir los que por la indignación y el furor son arrebatados a estas mismas cosas.

(Cap. V.---Vers. 1.) Sed, pues, unos con otros benignos, misericordiosos: perdonándoos a vosotros mismos, como también Dios en Cristo os perdonó a vosotros. Arriba habíamos dicho que la dulzura es contraria a la amargura, la cual ahora el Apóstol llamó con otra palabra *chrēstō-tēta*, esto es, "suavidad" más que "benignidad": 638 mandando que, condenadas toda amargura y furor, ira, clamor y blasfemia y movimiento turbio con una cierta austeridad de frente, seamos clementes y blandos: e invitemos de grado a los hombres a nuestra familiaridad, para que nadie tema acercarse a nosotros: la cual familiaridad se adquiere sobre todo por la misericordia. Ni al instante prestando a otros dejamos nosotros mismos de tener lo que dimos: pues sigue: "Perdonándoos a vosotros mismos": porque lo que se hace bien a otro, se le repone más al que lo prestó que a aquel a quien se le dio. El que se compadece del pobre, él mismo será saciado: y el que le da, presta a Dios. O ciertamente debe entenderse así: que en eso de que somos suaves y misericordiosos y, habiendo dejado las perturbaciones que nos inquietaban, hemos pasado a la mansedumbre y a la templanza, eso mismo se nos ha dado y donado, mientras de malos nos convertimos en buenos, y nos donamos estas mismas cosas que Dios el Padre donó en Cristo. Pues si, omitidos los vicios, seguimos las virtudes: y todas las virtudes—sabiduría, verdad, justicia, mansedumbre y las demás— se refieren a Cristo entendidas: cuando hayamos tenido estas virtudes, las adquirimos para nosotros mismos también por nuestro estu-

dio, y hacemos que las tengamos nosotros, las cuales Dios nos donó en Cristo. Otro, en cambio, recibirá esto que dice, "perdonándoos a vosotros mismos", simplemente, para que del modo en que se dice arriba: "Sed, pues, unos con otros suaves": así también se diga ahora, "perdonándoos a vosotros mismos": en lugar de lo que es "perdonándoos unos a otros": para que del modo en que Dios nos donó en Cristo nuestros pecados: así también nosotros perdonemos a aquellos que hayan pecado contra nosotros. Y para probar que la remisión de los pecados se llama "donación" en las Escrituras, tomará aquel ejemplo que se escribe en Lucas, donde a un acreedor uno le debía quinientos denarios y otro cincuenta (Lc 7), a los cuales perdonó a ambos, y ante la interrogación del Salvador aquel que había sido interrogado respondió que tiene mayor gracia aquel a quien más se le perdonó. Se dice también en la Oración Dominical: "Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Mt 6, 12). Pero Dios nos perdonó en Cristo, no estando puesto fuera, sino habitando en él: porque el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre. Ni al instante aquel en quien se perdona es menor que aquel que perdona en sí mismo: porque también el Apóstol 639 dice: "Y yo, si algo he perdonado, por vosotros lo he hecho en la persona de Cristo" (2 Cor 2, 10).

(Vers. 1.) Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos amadísimos. Quien entiende cómo se dijo: "Sed perfectos, como también vuestro Padre celestial es perfecto" (Mt 5, 48), este sabrá cómo se

dice también ahora: "Sed imitadores de Dios" (1 Cor 4, 16). Y ciertamente escribiendo a los corintios dice: "Sed mis imitadores, como también yo lo soy de Cristo" (1 Cor 11, 1). Pues no podían convertirse al instante en imitadores de Cristo; sino que era algo grande para ellos si podían existir como imitadores de un imitador.

Pero a los efesios, como a aquellos a quienes ya había enseñado tan grandes misterios, no les dice: "Sed mis imitadores", ni "imitadores de Cristo", sino "imitadores de Dios". No porque sea menos ser imitador de Cristo que de Dios (pues Cristo es Dios), sino porque una cosa es imitar según el hombre, otra según Dios. Pues aunque antes hubiéramos conocido a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos de ninguna manera según la carne. Habla también el mismo Salvador, mostrando la humildad de la dispensación: "Cualesquiera cosas que viere hacer al Padre, estas mismas cosas el Hijo hace igualmente" (Jn 5, 19). No porque el Padre haya hecho otro cielo y otra tierra y, a semejanza de ellos, otro cielo y otra tierra y los demás elementos hayan sido hechos por Cristo; sino porque cualesquiera cosas que el Padre obre, estas mismas cosas también el Hijo las obra. Pero en qué podemos llegar a ser semejantes a Dios, lo atestiguó arriba diciendo: "Perdonándoos unos a otros, como también Dios en Cristo os perdonó a vosotros". Pues no pienso que también en lo demás que Dios hizo, el hombre pueda imitar a Dios: sino, por poner un ejemplo, que del modo en que él es clemente y hace llover sobre buenos y malos, y lo demás: así

también nosotros derramemos nuestra bondad sobre todos los hombres. Cuando hayamos hecho esto, seremos hijos [Al. como hijos] amados, ya sea del mismo Pablo o, lo que pienso que es mejor, de Dios.

(Vers. 2.) Y andad en la caridad, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros como oblación y hostia a Dios en olor de suavidad. Quien por la salvación de otros lucha contra el pecado hasta la sangre, de tal modo que entregue también su alma por ellos: este anda en la caridad, imitando a Cristo, quien tanto nos amó que sostuvo la cruz para la salvación de todos. Pues del modo en que él se entregó por nosotros: así también este, sucumbiendo de grado por quienes puede, imitará a aquel que se entregó al Padre como oblación y hostia 640 en olor de suavidad, y se convertirá él mismo también en oblación y hostia de Dios en olor de suavidad.

(Vers. 3, 4.) Pero la fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni siquiera se nombre entre vosotros, como conviene a los santos: y la torpeza, y el hablar necio, o la bufonería, que para nada sirven: sino antes bien la acción de gracias. Si no hubiera existido entre los filósofos un cierto cínico que enseñara que toda titilación de la carne y el flujo de semen proveniente de cualquier frotamiento y tacto no debía evitarse a su tiempo, y algunos sabios del mundo no hubieran consentido en esta torpe y vergonzosa herejía: nunca el santo Apóstol, escribiendo a los efesios, habría acoplado toda inmundicia incluso a la fornicación, y habría unido la avaricia a la inmundicia: no esta por la

que deseamos congregar dinero, sino aquella de la que hablamos arriba: "que nadie se sobrepase ni defraude en el negocio a su hermano". Esto es, por supuesto, que aquel insaciable e inexploto discurra por todo género de torpezas y de lascivia. "Como conviene", dice, "a los santos".

De lo cual no puede ser llamado santo cualquiera que sea hallado fuera de la fornicación en alguna inmundicia y avaricia de placeres que le hayan deleitado. Pero si alguien estima que la avaricia no debe tomarse en aquel sentido que dijimos, rinda las causas por las que puso extraordinariamente la avaricia en medio entre la fornicación, la inmundicia, la torpeza, el hablar necio y la bufonería. Además, estimo que el hablar necio es no solo de aquellos que narran algunas cosas torpes para mover a risa y, con fatuidad simulada, se burlan más de aquellos a quienes desean agradar: sino también de aquellos que son tenidos por sabios del mundo y, disputando sobre cosas físicas, dicen que han comprendido claramente las arenas de las playas, las gotas del Océano, el espacio de los cielos y el punto de la tierra. Hay también en la Iglesia hablar necio. Si alguien piensa que el cielo está curvado a modo de bóveda, engañado por el discurso de Isaías a quien no entiende: y que un trono está puesto en los cielos y sobre él se sienta Dios y, al rito de un emperador y de un juez, los ángeles están de pie en el circuito, para obedecer a las palabras del que manda y ser enviados a diversos oficios (Is 6). Pero porque al hablar necio sigue la bufonería: el hablar necio debe trasladarse más bien a las fábulas fatuas e

ineptas. Pero entre el hablar necio y la bufonería 641 hay esta diferencia: que el hablar necio no tiene nada en sí de sabio y digno del corazón del hombre. La bufonería, en cambio, desciende de una mente prudente y deliberadamente busca ciertas palabras o bien urbanas, o rústicas, o torpes, o facetas, que nosotros podemos llamar con otra palabra "jocularidad", para que mueva a risa a los oyentes. Pero también estas deben ser totalmente repelidas de los varones santos, a quienes más conviene llorar y lutos, como leemos también en el Evangelio Hebreo, hablando el Señor a los discípulos: "Y nunca", dice, "estéis alegres, sino cuando viereis a vuestro hermano en la caridad". Parece que hasta aquí nada fuera de propósito y fuera de consecuencia y del texto del orden ha introducido. Pero esto que sigue y está puesto al final: "Sino antes bien la acción de gracias", pregunte alguien y diga qué quiere para sí la acción de gracias después de la fornicación prohibida, la inmundicia, la lascivia, la torpeza, el hablar necio y la bufonería. Pues si una vez le fue libre poner cualquier virtud, pudo decir: "sino antes bien la justicia, la verdad, el amor". Pero como esto es inconsecuente: así también aquellas inconsecuencias habrían podido ser, y con la misma licencia no tendrían orden. Quizá, por tanto, la acción de gracias en este lugar no es esta nombrada según la cual damos gracias a Dios, sino según la cual somos llamados "gratos" o "graciosos" y "favorecidos" ante los hombres. Pues no conviene al cristiano ser un hablador necio y un bufón. Conviene, en cambio, que su discurso esté

sazonado con sal, para que tenga gracia ante los oyentes. Y porque no es de costumbre, sino entre los más doctos entre los griegos, decir *eucharistian* para la distinción de la Eucaristía, esto es, ser gracioso y dar gracias: por eso pienso que el Apóstol, como hebreo de hebreos, usó la palabra común y quiso explicar su sentido por la significación de la otra palabra: máxime cuando entre los hebreos "gracioso" y "que da gracias" se dice, según cuentan, con un solo término. De donde también en los Proverbios pienso que está escrito así: *gynē eucharistos ageirei andri* 642 *doxan*, "la mujer graciosa suscita gloria al varón" (Prov 11, 16), en lugar de lo que es "graciosa": parecería que hacemos fuerza a la Escritura y tomamos audazmente a una mujer que da gracias por una graciosa, a no ser que también las demás ediciones concordaran con nuestra opinión. Pues Aquila, Teodoción y Símaco así lo pusieron: *gynē charitos*, esto es, "mujer graciosa", y no *eucharistos*, que pertenece a la acción de gracias.

(Vers. 5.) Porque sabed esto: que ningún fornicario o inmundo, o avaro, que es un servir a los ídolos, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios. Debe notarse que de los seis vicios prohibidos arriba —fornicación, inmundicia, avaricia, torpeza, hablar necio, bufonería—, ahora puso solamente tres: fornicación, inmundicia, avaricia; a los cuales quien estuviere sujeto, no puede tener herencia en el reino de Cristo y de Dios. Pues si de tal modo el hablador necio y el bufón fueran ajenos al reino de Dios, de qué modo parecería ser cruel la sentencia para los tres que separó

especialmente, al no perdonar la imbecilidad de la fragilidad humana: ya que incluso lo dicho por juego nos condenaría. "Pues quien no resbala en la palabra es varón perfecto" (Sant 3, 2).

Ni ciertamente diciendo estas cosas damos lugar al hablar necio y a la bufonería, mientras no se excluyen del reino; sino que, del modo en que ante el Padre hay diversas mansiones y una estrella difiere de otra en gloria (Jn 14; 1 Cor 15), así también es la resurrección de los muertos: aunque alguien sea ajeno a la fornicación, la inmundicia y la lascivia, sin embargo, si fuere hablador necio y bufón, no ocupará aquel lugar que habría de poseer si no tuviera estos vicios. Responda alguien: Sea que el hablar necio y la bufonería no tengan el mismo reato que tienen la fornicación, la inmundicia y la avaricia; ¿acaso no debió nombrar también la torpeza con los tres superiores? A lo cual debe decirse que la torpeza significa aquí el pensamiento oculto, cuando nuestro sentido se inflama hacia la libido y el alma encendida se abrasa por las titilaciones de la carne, y no obstante es refrenada por el temor de Dios y el juicio de la mente. Finalmente también arriba, sin la torpeza, llamó a tres igualmente, diciendo: 643 "Pero la fornicación y toda inmundicia y avaricia, ni siquiera se nombre entre vosotros"; y a continuación la torpeza fue contada con el hablar necio y la bufonería. Y del modo que el hablar necio y la bufonería, así también esta torpeza no pierde ni excluye para siempre del reino. Pero como en lo superior, por aquello que habíamos leído en otra parte: "Que

nadie se sobrepase ni defraude en el negocio a su hermano" (1 Tes 4, 6), habíamos dicho que la avaricia estaba puesta por el adulterio; buscamos eso que se dice ahora, "o el avaro, que es un servir a los ídolos", si concuerda con aquello o con la interpretación vulgar. Encontramos en muchísimos lugares de los profetas que la idolatría es llamada fornicación. "Fornicaban", dice, "tras sus ídolos" (Os 4, 12). Y: "por el espíritu de fornicación han sido seducidos". Puede, por tanto, la fornicación entenderse también sobre la idolatría. Pero si se acepta a aquel avaro que, buscando el dinero de cualquier manera, desea tener monedas por lo lícito y lo ilícito y se deleita en el mundo pleno, este es idólatra en eso, porque cultiva la escultura de la misma moneda y venera los ídolos grabados en ellas. Como el dios de los voraces es el vientre, así también de los codiciosos el dinero puede muy justamente llamarse dios: máxime cuando en otro lugar el apóstol llama a la codicia idolatría. A estas cosas debe verse qué quiso sentir al decir: "En el reino de Cristo y de Dios" (1 Cor 10): si acaso es uno el reino de Cristo y otro el de Dios, o si es el mismo reino el del Padre y el del Hijo. Y si ciertamente hubiera dicho "en el reino del Hijo y del Padre", por el Hijo vendríamos al Padre; y aunque hubiera diversidad de personas, sin embargo habría una sola majestad de los que reinan; pero ahora que ha dicho "En el reino de Cristo y de Dios", entendamos a Dios mismo y a Cristo, porque también cuando haya entregado el reino a Dios y el Padre, no será el Padre todo en todas las cosas, sino Dios todo en todas las

cosas. Donde, sin embargo, está Dios, tanto el Padre como el Hijo pueden entenderse. Además, lo que decimos del Padre y del Hijo, esto mismo sentimos también del Espíritu Santo.

(Vers. 6.) Nadie os engañe con palabras vanas: porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de la difidencia. Las palabras que engañan y suplantán son vanas y vacías. En cambio, aquellas 644 que edifican a los oyentes son llenas, colmadas, apretadas. Porque hay muchísimos que dicen que no habrá suplicios por los pecados, ni se han de aplicar tormentos extrínsecos; sino que el pecado mismo y la conciencia del delito son la pena, mientras el gusano en el corazón no muere y en el alma se enciende el fuego, a semejanza de la fiebre que no atormenta al enfermo desde fuera, sino que, apresando los mismos cuerpos, castiga lo que posee sin la aplicación de crueldades exteriores. A estas persuusiones y trampas fraudulentas las llamó palabras vanas y vacías, que parecen tener una cierta flor de discursos y halagar a los que pecan; pero mientras atribuyen confianza, los llevan más bien a los suplicios eternos. Porque por ninguna cosa se aíra así Dios como si el pecador se ensoberbece y, erguido y rígido, no se dobla al llanto ni pide misericordia por el delito. "Porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de la difidencia", o de la "insuadabilidad": pues **apeitheia** puede entenderse más bien por la "persuasión" que por la "confianza" en sentido contrario. Se dicen hijos de la insuadabilidad o de la difidencia del modo que se dicen hijos de perdición, e hijos

de fornicación, e hijos de muerte, e hijos de la Gehena, y otras cosas semejantes a estas que es muy fácil encontrar en diversos lugares de las Escrituras.

(Vers. 7.) No queráis, pues, ser hechos cómplices de ellos. Se hace cómplice o participante de los hijos de la difidencia quien es hallado en la fornicación, en la inmundicia y en la avaricia, por las cuales viene la ira de Dios sobre los hijos de la difidencia. Y ciertamente es participante de ellos por aquello que se participa y tiene comunión de las malas obras; pero se llama cómplice con respecto a aquel que es participante con otros: y en el "cómplice" se entiende también el "participante". En cambio, en el "participante" no se entiende al instante también el "cómplice". Observa diligentemente la palabra "cómplice" y "participante". Pues pienso que en las Escrituras "participante" siempre se toma en buena parte y "cómplice" en mala. Por ejemplo: "Por lo cual te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría sobre tus participantes" (Sal 44, 8); y en otro lugar: "Pues hemos sido hechos participantes de Cristo: si es que retenemos firme el principio de la sustancia hasta el fin" (Heb 3, 14). Además, no recuerdo haber leído en otra parte "cómplice", excepto en el presente lugar; y sin embargo es manifiesto que aquí no está puesto en buena parte, sino en la contraria.

(Vers. 8.) Porque erais en otro tiempo tinieblas: mas ahora luz en el Señor. Si es posible que las tinieblas se conviertan en luz, no hay, según ciertos herejes, una naturaleza que perezca y no pueda recibir la salud. Interroguemos, pues, a

aquellos que fingen esas cosas: si acaso todos los impíos son tinieblas o no; de los cuales algunos, cuando por la malicia eran llamados tinieblas, convertidos a cosas mejores, ahora son llamados luz en el Señor. Así como los justos son la luz del mundo, así los impíos consecuentemente serán llamados tinieblas; y ciertamente los justos, siendo luz, verán la luz en la luz; pero los injustos, siendo tinieblas, son un pueblo sentado en tinieblas y que nada ve. Cuya diferencia entre sí y distancia entendemos por los frutos. Pues todo el que obra el mal odia la luz y, no viniendo a la luz, es tenebroso e hijo de la noche y de las tinieblas. En cambio, el que obra la verdad y viene a la luz es luz e hijo de la luz y del día (Jn 3, 20-21). Los lucientes o tenebrosos se conocen por la luz o las tinieblas del corazón. Sobre estas cosas preguntará si acaso por la distinción de aquellos que son luz, pero no son luz en el Señor, se diga de los justos: "mas ahora luz en el Señor". Decentemente también a los efesios, que habían ascendido a la suma de la ciencia, se les escribe que son luz en el Señor. Ni ciertamente las tinieblas mismas se convierten en luz, ni la luz se transmuta en tinieblas; sino estos que, por aquello que son, merecieron también el nombre o de virtud o de vicio: si se hubieren convertido de una cosa a otra, recibirán homónimamente a estas cosas por las que son poseídos el vocablo o de tinieblas o de luz.

Andad como hijos de la luz. Si Dios es luz y en él no hay tinieblas, los hijos de Dios son hijos de la luz. Asimismo si Cristo es la luz verdadera, sus

hijos también a los que habla diciendo: "Hijitos míos, todavía un poco estoy con vosotros" (Jn 13, 33), son hijos de la luz verdadera. De lo cual se colige que los mismos que son hijos de Cristo Jesús son hijos de Dios Padre.

(Vers. 9.) Pues el fruto de la luz es en toda bondad y justicia y verdad. Contra Marción (que separa al Dios justo del bueno, y piensa que el Creador es justo; 646 pero que otro no sé quién, de quien este Cristo que vino es hijo, es solo un Dios bueno), presentemos este testimonio. Ya que el fruto de la luz no solo es en la bondad, sino en la justicia y en la verdad. Donde, por tanto, está la bondad, allí está también la justicia; donde la justicia, allí consecuentemente también la verdad. Ante el buen Padre de Cristo, pues, como ellos mismos confiesan, está la verdad y la bondad. Pero donde están la bondad y la verdad, ante él mismo y no ante otro, como ahora enseña el Apóstol, está la justicia. Entienda también Marción que Cristo mismo es llamado bondad, verdad y justicia. Bondad en cuanto que no según las obras, sino según la misericordia da la gracia a los que creen en él. Justicia en cuanto que retribuye a cada uno lo que merece. Además, verdad, en cuanto que él solo conoce las causas de todas las criaturas y cosas.

(Vers. 10.) Probando qué sea lo bienplácito a Dios. Todas las cosas han de hacerse con consejo, para que, cautos y solícitos, hagamos solo aquellas cosas que sabemos que agradan a Dios: al modo de un prudentísimo cambista (*trapezitae*), que prueba la moneda grabada no solo con

el ojo, sino también con el peso y con el tintineo. Pero porque en este lugar el contexto de la elocuencia parece estar turbado y toda la sentencia rebosar, así ha de restituirse el discurso al orden: "No queráis, pues, ser hechos compartícipes de ellos, probando qué sea lo bienplácito a Dios; aunque erais en otro tiempo tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor: andad como hijos de la luz, mostrando los frutos de la luz en toda bondad, justicia y verdad".

(Vers. 11.) Y no queráis comunicar con las obras infructuosas de las tinieblas. Y a los gálatas puso el nombre de fruto en el espíritu, pero de obra en la carne, diciendo: "Manifiestas son las obras de la carne, que son fornicación" (Gál 5, 19), y lo demás. "Mas el fruto del espíritu es caridad, gozo, paz" (ibid., 22), y lo demás. Además, en lo presente, llamó obras infructuosas a las de las tinieblas: con las cuales se asocian en comunión quienes las han hecho. Sino antes bien incluso redargüid. Entre los demás mandatos, también poder redargüir a los que pecan es de la máxima libertad. Pero esto lo puede hacer aquel que no merece oír: "Hipócrita, echa primero la viga de tu ojo, y entonces podrás echar la paja del ojo de tu hermano" (Lc 6, 42). Por lo cual también los profetas, no manchados ellos mismos por ninguna suciedad de pecados ni teniendo cauterizada la 647 conciencia, podían redargüir a los demás delincuentes. De lo cual hay que advertir que puede redargüir quien no sea redargüido en sí mismo.

(Vers. 12.) Porque las cosas que se hacen por ellos en oculto, es torpe incluso decirlas. No me

parece que el contexto del discurso se sostenga para que eso que se dice ahora: "Porque las cosas que se hacen por ellos en oculto", penda de lo superior y pueda saberse a quiénes ha de referirse principalmente, a no ser que se restituya el hipérbaton más arriba y se acople a los hijos de la difidencia, de modo que pueda sonar: "porque las cosas que se hacen en oculto por los hijos de la difidencia, es torpe incluso decirlas", las cuales son la fornicación y la inmundicia y toda avaricia.

(Vers. 13.) Mas todas las cosas redargüidas por la luz son manifestadas: pues todo lo que es manifestado, luz es. Todas las cosas, sin duda aquellas que se hacen en oculto por los hijos de la difidencia: pues estas, redargüidas por la luz, son manifestadas. Pero la luz redarguye aquellas cosas que antes eran tinieblas y después han sido hechas luz en el Señor: para que, por el hecho de ser corregidas, se muden en mejor, y mudadas se manifiesten en público, y publicadas sean luz, porque todo lo que se manifiesta, luz es.

(Vers. 14.) Por lo cual dice: Despierta, tú que duermes, y levántate de entre los muertos, e iluminaráte Cristo (o bien, te nacerá Cristo). Puesto que las obras de las tinieblas, redargüidas por la luz, son manifestadas en la luz, habiéndose transformado aquellas que habían sido redargüidas, se dice a los que duermen y están muertos, por el hecho de que hicieron obras de las tinieblas: "Despierta, tú que duermes, y levántate de entre los muertos". Pregunte alguno quién sea aquel que dice: "Despierta, tú que duermes, y levántate de entre los muertos"; o de qué testi-

monio se haya servido el Apóstol. Y a la verdad, el que se contente con una respuesta sencilla dirá que él sacó a relucir estas cosas leídas en los profetas recónditos y en aquellas cosas que se llaman apócrifas (como es manifiesto que hizo también en otros lugares), no porque aprobara los apócrifos; sino porque también se sirvió de los versos de Arato, de Epiménides y de Menandro 648 para comprobar aquellas cosas que quería en el momento. Y sin embargo, no todas las cosas que Arato, Epiménides y Menandro escribieron son santas, por el hecho de que él atestiguó que dijeron algo verdaderamente. Pero otro recordará que estas cosas fueron dichas para exhortación a la penitencia, como si el Apóstol hubiera figurado una prosopopoeia del Espíritu Santo. Yo ciertamente, según mi pobrecilla capacidad, ventilando diligentemente todas las ediciones de las antiguas Escrituras y los mismos volúmenes de los hebreos, nunca he hallado esto escrito. A no ser que tengamos que decir también esto: que así como antiguamente los profetas hablaban en la asamblea del pueblo, "Esto dice el Señor", y: "Porque el Señor ha hablado", así también el Apóstol, lleno del Espíritu Santo, de repente prorumpió en las palabras que Cristo hablaba en él y dijo: "Esto dice el Señor". Asimismo también ha de disertarse aquello, cómo se dice a uno mismo y al mismo como si fuera a un viviente: "Despierta, tú que duermes"; y como si fuera a un muerto: "Levántate de entre los muertos". Por tanto, porque existe también el espíritu del hombre, que recordamos escrito siempre en buen sentido, y

el alma de cuyas enfermedades y muertes de los pecados leemos, eso que ahora se dice, "Despierta, tú que duermes", refiérase al espíritu; y lo que sigue, "Levántate de entre los muertos", acóplese al alma. "Pues el alma que pecare, esa morirá" (Ez 18, 4). Pero la muerte del espíritu nunca la leemos en absoluto.

(Vers. 15.) Ved, pues, cómo andéis cautamente: no como insipientes, sino como sabios. Rectamente se dice a los efesios que anden cautamente, ellos que tenían los sentidos ejercitados para discernir el bien y el mal, y probándolo todo, retenían lo que habían determinado que era bueno. Pero el que ve cómo anda y cuán cautamente fija el paso, para que no sea que tropiece su pie contra una piedra, y dice: "Lámpara para mis pies es tu palabra, Señor" (Sal 118, 105), ciertamente es sabio. Pues no pienso que ningún ignorante (idioten), aunque quiera andar cautamente, pueda cumplir este precepto: porque ha sido mandado a los sabios y no a los insipientes. De lo cual entendemos que también los preceptos morales (que la mayoría piensa que son manifiestos, por aquello que se dice en el salmo decimoctavo (Vers. 9): "El mandato del Señor es lúcido, iluminando los ojos") necesitan una prudente y circumspecta exposición: porque aquel lúcido precepto ilumina los ojos de aquellos que, abandonada la insipien- cia, se han entregado a los estudios de la sabiduría.

(Vers. 16.) Redimiendo el tiempo, porque los días son malos. El que es sabio y, por tanto, anda cautamente, redime el tiempo. Pero redime

el tiempo porque los días son malos. Cuando consumimos el tiempo en una buena obra, lo compramos y hacemos propio lo que había sido vendido por la malicia de los hombres. Pero nadie que busque lo necesario de esta vida y piense en las riquezas y solicitudes, que el Evangelio llama espinas (Mc 4 y Lc 8), puede redimirse el tiempo para sí. Pero redimiendo el tiempo, que está en los días malos, en cierto modo lo mudamos: y convertimos los días malos en buenos, y los hacemos no del siglo presente, sino del futuro. Puede también disertarse de otro modo este lugar: 650 Oh vosotros efesios, para quienes, surgiendo del sueño de este siglo, ha nacido el sol de justicia, Cristo, andad cautamente y con prudencia: y desechada la insipiencia, retened la sabiduría por la cual podáis no ser mudados con la variedad de los tiempos; sino que la diversidad de los tiempos os sea un solo tiempo. Y porque hay muchísimas persecuciones (pues al principio de la fe las Iglesias eran vejadas casi a diario), retened un solo curso, y sabed que ha de guardarse esto: que no os mudéis al modo del necio, como la luna; sino que lo que una vez comenzasteis lo retengáis con mente firme: para que, por supuesto, si vierais a un juez perseguidor, no os mudéis vosotros también con la voluntad del juez. De nuevo, si llegara otro alabador de vuestro dogma, confesaos cristianos; pero lo que sois, reservadlo en todo tiempo. Pongamos algún ejemplo de las Escrituras para que lo que decimos se haga más manifiesto. José tenía un solo propósito (*propositum*): agradar a Dios. Esto no fue mudado por ninguna variedad de

tiempo: ni por la envidia de los hermanos, ni por la condición de servidumbre, ni por los halagos de la edad, ni por las promesas de la señora, ni por el escuallor de la cárcel, ni después por el tumor de la potestad egipcia: sino que siempre fue uno solo, y redimiéndose para sí la variedad, como dijimos, de los tiempos, convirtió los días malos en buenos. Esto mismo ha de sentirse también de Job, que vejado por diversas tentaciones, no fue mudado ni por las riquezas, ni por las pérdidas, ni por la orfandad, ni por la herida, ni por el oprobio de los amigos, ni por la soledad, ni después por todos los bienes... [truncado]

(Vers. 17.) Por lo cual no queráis ser hechos imprudentes: sino entended cuál sea la voluntad de Dios. Porque el tiempo es malo y, como dijimos arriba, ha de ser redimido, ha de apetecerse antes la sabiduría para que por ella podamos entender cuál sea la voluntad de Dios. Pues no podemos andar cautamente si antes no ha sido entendida la voluntad de Dios. En toda obra, por tanto, primero ha de considerarse qué quiere Dios: y tenido el juicio, eso ha de hacerse después que se haya comprobado que le agrada.

(Vers. 18.) Y no queráis embriagaros con vino, en el cual está la lujuria: sino sed llenos del espíritu. Así como no podemos servir a dos señores, a Dios y a las riquezas (Mt 6), así no podemos estar llenos del espíritu y del vino a la par. Pues quien es lleno del espíritu tiene prudencia y 651 mansedumbre, vergüenza, castidad. Quien del vino, tiene insipiencia, furor, procacidad, libido. Esto, por cierto, estimo que significa con una sola pala-

bra la lujuria. Si algunos entendieran esto, nunca me habrían redargüido de temeridad y herejía porque en el guardar la virginidad dije que el vino ha de ser evitado por los jovencitos, y que no ha de echarse aceite sobre la llama ni ha de aumentarse el ardor natural de la carne con los fomentos del placer. Pero el vino en el cual está la lujuria puede también aceptarse como aquel de quien se dice en el cántico de Moisés: "Furor de dragones es el vino de ellos, y furor de áspides insanable" (Dt 32, 33): el cual beben y enloquecen y vomitan y caen de cabeza todos los que están ebrios con el pensamiento de este siglo. Y según la fábula de los lapitas y centauros, se ven llevados a la mutua perdición. A este vino es contrario aquel vino que el Señor promete que ha de beber con nosotros en su reino (Mc 14). Frecuentemente hemos anotado que el nombre de espíritu sin aditamento se pone en sentido bueno: lo cual, por cierto, también ahora parece que ha de observarse.

(Vers. 19.) Hablando entre vosotros mismos con salmos e himnos y cánticos espirituales, cantando y salmodiando en vuestros corazones al Señor. El que se hubiere abstenido de la ebriedad del vino en el cual está la lujuria y en lugar de esto hubiere sido lleno del espíritu, ese puede recibir todas las cosas espiritualmente: los salmos, los himnos y los cánticos. Pero qué interés entre el salmo y el himno y el cántico lo aprendemos plenísimamente en el Salterio. Ahora, sin embargo, ha de decirse brevemente que los himnos son los que predicán la fortaleza y majestad 652 de Dios, y siempre se admiran de los beneficios o hechos

de él mismo. Lo cual contienen todos los salmos a los cuales el ALELUYA está o prepuesto o sujeto. Pero los salmos propiamente pertenecen al lugar ético para que, a través del órgano del cuerpo, sepamos qué ha de hacerse y qué ha de evitarse. Pero quien disputa sobre las cosas superiores y como sutil disputador explica el concierto del mundo y el orden y concordia de todas las criaturas, ese canta un cántico espiritual. O ciertamente (para que por los más sencillos hablemos más manifiestamente lo que queremos), el salmo se refiere al cuerpo: el cántico se refiere a la mente. Y cantar, pues, y salmodiar y alabar 652 al Señor debemos más con el ánimo que con la voz. Esto es, por cierto, lo que se dice: "Cantando y salmodiando en vuestros corazones al Señor". Oigan esto los jovenzuelos: oigan estos a quienes incumbe el oficio de salmodiar en la iglesia, que ha de cantarse a Dios no con la voz sino con el corazón: ni al modo de los tragediantes han de untarse la garganta y las fauces con dulce medicamento para que en la iglesia se oigan módulos y cánticos teatrales, sino con temor, con obra, con ciencia de las Escrituras. Aunque sea alguno como suelen ellos llamar kakophonos (de mala voz), si tuviere buenas obras, es un dulce cantor ante Dios. Así cante el siervo de Cristo que no la voz del que canta, sino las palabras que se leen agraden: para que el espíritu malo que estaba en Saúl (1 Sm 16) sea expulsado de aquellos que son poseídos por él de modo semejante, y no sea introducido en aquellos que de la casa de Dios hicieron una escena para los pueblos.

(Vers. 20.) Dando gracias siempre por todas las cosas en el nombre de nuestro Señor Jesucristo a Dios y al Padre. Algo semejante a esto está escrito también en la primera Epístola a los Tesalonicenses: "Siempre gozaos, orad sin intermisión, en todo dad gracias" (1 Tes 5, 16. 17). Precepto que solo aquel puede guardar que por la providencia de Dios sabe que incluso cinco pajarillos, que se venden por dos ases, son gobernados: de los cuales ni uno cae en el lazo sin la voluntad del Padre (Lc 12). Pero eso que dice: "Dando gracias, y siempre, y por todas las cosas", ha de mirarse doblemente: para que tanto en todo tiempo como por todas las cosas que nos suceden refiramos gracias a Dios; de modo que no solo por aquellas que pensamos que son buenas, sino también por las que nos coartan y vienen contra nuestra voluntad, prorrumpe la mente alegre en el pregón de Dios y digamos: "Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré: como plugo al Señor, así se ha hecho: sea bendito el nombre del Señor" (Job 1, 21). Esta acción de gracias entre los varones prudentes se observa tanto general como especialmente. Generalmente, para que demos gracias a Dios porque nos sale el sol, el día corre, la noche se muda en descanso, las tinieblas se templan con el esplendor de la luna, y por el orto y ocaso de las estrellas los tiempos se mudan y vuelven. Porque nos sirven las lluvias, la tierra pare, los elementos nos sirven; porque tantas variedades de animales han sido dadas o para llevar, o para trabajar, o para comer, o para
653 cobertura, o para ejemplo, o para milagro.

Y al final, porque hemos nacido, porque subsistimos, porque en el mundo como en una cierta casa de un potentísimo padre de familia llevamos la procuración, y entendemos que todo cuanto hay en el mundo ha sido procreado por causa nuestra. Especialmente, en cambio, cuando nos felicitamos en los beneficios de Dios que nos llegan. Pero esto también lo hace el gentil, y el judío, y el publicano, y el étnico. La virtud propia de los cristianos es referir gracias al Creador incluso en aquellas cosas que se piensan adversas. Si la casa se derrumbara, si la amantísima esposa y los hijos hubieran sido interceptados o por la cautividad, o por el veneno, o por el naufragio, si perdimos las riquezas por la proscripción... [truncado] Impávido le herirán las ruinas. Pero el que, como dijimos, da gracias a Dios y al Padre, refiéralas en el mediador de Dios y de los hombres a Cristo Jesús: porque a no ser por él no podemos acceder al Padre.

(Vers. 21.) Sujetos unos a otros en el temor de Cristo. Oigan esto los obispos, oigan los presbíteros, oiga todo orden de doctores: que ellos están sujetos a sus sujetos, e imiten al Apóstol que dice: "Pues siendo yo libre de todos, me hice siervo de todos para ganarlos a todos" (1 Cor 9, 19). Y en otro lugar: "Por la caridad servíos unos a otros" (Gál 5, 13). De donde él mismo por la misma caridad sirvió a todas las Iglesias de las naciones. El Salvador también tomó forma de siervo para servir a sus discípulos, y lavó sus pies (Jn 13). Esto interesa entre los príncipes de las naciones y los de los cristianos: que aquellos dominan a

los súbditos, nosotros servimos, y en eso somos mayores, si fuéramos los mínimos de todos. Pero también esto que dice: "En el temor de Cristo", ha de aceptarse así: para que la sujeción misma se haga no por la gloria de los hombres, sino por el temor de Cristo, mientras tememos ofenderlo. Pero otro interpretará así: "sujetos unos a otros en el temor de Cristo": de modo que diga que esta sentencia general se divide y reparte en lo consecuente: "Las mujeres estén sujetas a sus maridos"; y: "Hijos, obedeced a los padres"; y: "Siervos, obedeced a los señores carnales con temor y temblor". De modo que no solo la mujer al marido, y los hijos a los padres, y los siervos a los señores; sino también los maridos a las mujeres, según el oficio que ha sido mandado; y los padres a los hijos, para que no los provoquen a la ira. Y los señores a los siervos, para que remitan las amenazas y les proporcionen las cosas que tienen necesarias, sean mutuamente sujetos; y que esto lo hagan por el temor de Cristo. Para que así como él estuvo sujeto a sus siervos, así también estos que parecen mayores se sujeten a sus menores rindiendo los oficios que se mandan. Podemos aquí aceptar el temor también por eulabeia, esto es, reverencia, la cual es más vecina a la caridad. De ninguna manera conviene a los efesios que hagan algo por temor y no por dilección de Cristo.

(Vers. 22, 23.) Las mujeres estén sujetas a sus maridos como al Señor: porque el marido es cabeza de la mujer, como también Cristo es cabeza de la Iglesia. Esto que en los ejemplares latinos ha sido añadido, "estén sujetas", no se tiene en los

códices griegos: puesto que se refiere a lo superior y se sobrentiende: "Sujetos unos a otros en el temor de Cristo", de modo que apo koinou (en común) resuene sujetas, "y las mujeres a sus maridos como al Señor". Pero esto se entiende más en el griego que en el latín. Como, pues, la Iglesia está sujeta a Cristo, así esté sujeta la esposa a su marido. Pues el principado y sujeción que tienen Cristo y la Iglesia, a este mismo orden se ligán el marido y la mujer. Pero hay que ver que, así como en Cristo y en la Iglesia hay una santa conjunción, así también en el varón y en la mujer haya una santa cópula. Pero así como no toda congregación de herejes puede llamarse Iglesia de Cristo, ni la cabeza de ellos es Cristo, así no todo matrimonio que no se une a su marido según los preceptos de Cristo puede llamarse ríticamente matrimonio, sino antes bien adulterio. Por lo demás, la mujer se sujeta al marido como a un señor: porque hacia él es su conversión, y él se enseñoreará de ella (Gén 3). Pues también Sara llamaba señor a Abrahán (Gén 18). Cuya espontánea servidumbre, cuanto más fuere sujeta por voluntad, tanto más empieza a ser coigual: más aún, por 655 sus obsequios reducir a servidumbre al dominante. Algunos interpretan este lugar según la anagogía de modo que digan que la mujer se acepta en el cuerpo, el varón en el ánimo. Y como la Iglesia está sujeta a Cristo, así los cuerpos deben sujetarse al sentido y reducirse a un solo espíritu si hubieran sido acoplados al Señor. "Pues quien se adhiere al Señor, un solo espíritu es" (1 Cor 6, 17).

Él es el Salvador del cuerpo. Puesto que la naturaleza de la Iglesia es más cercana e inferior a la sustancia de Cristo, por eso estimo que ha sido llamada cuerpo de Cristo: de cuyo cuerpo el Salvador es Cristo Jesús, esto es, el Verbo, la sabiduría y las demás virtudes en las cuales se entiende el Hijo de Dios. Busca más curiosamente si en algún lugar en los volúmenes divinos pudieras hallar el vocablo "carne" puesto por la Iglesia. Ya que ahora de ninguna manera "carne", sino "cuerpo" de Cristo se llama la Iglesia. Por lo demás, es manifiesto que todo lo que es carne consecuentemente es también cuerpo: pero no todo lo que es cuerpo es consecuentemente carne.

(Vers. 24.) Pero como la Iglesia está sujeta a Cristo: así también las mujeres a sus maridos en todo. La Iglesia de Cristo es gloriosa, no teniendo mancha ni arruga, ni nada semejante. El que, por tanto, es pecador, y está manchado con alguna inmundicia, no puede ser llamado de la Iglesia de Cristo, ni decirse que está sujeto a Cristo. Pero es posible que, así como la Iglesia que antes había tenido arruga y mancha, fue después restituida a la juventud y limpieza, así también el pecador corra al médico (porque no tienen necesidad de médico los sanos (Lc 5), sino los que están mal) y sus heridas sean curadas, y llegue a ser de la Iglesia que es el cuerpo de Cristo. Con bastante elegancia y cautela, hablando a los efesios, dice: "Como la Iglesia está sujeta a Cristo: así también las mujeres a sus maridos". Pues si la mujer ha de estar así sujeta al marido, como la Iglesia lo está

a Cristo, habrá una unión santa entre marido y mujer, y nunca servirán a las pasiones del cuerpo. Si alguien nos opusiera aquello que se escribe a los corintios: "que el marido devuelva la deuda a la mujer, y la mujer al marido" (1 Cor 7), advierta que hay una gran distancia entre los corintios y los efesios. A aquellos se les escribe como a párvulos y lactantes, en los cuales había disensiones y cismas, y se oía una fornicación tal cual ni siquiera entre los gentiles: y por eso se les concede que, después de la oración, vuelvan a lo mismo, para que no sean tentados por Satanás: aunque allí en lo que sigue, dice que les perdona no según la voluntad, sino según la condescendencia (*synkatabasin*). Pero los efesios, entre quienes estuvo tres años y les abrió todos los sacramentos de Cristo, son instruidos de otro modo: y cada uno tiene la libre potestad de su arbitrio, o de seguir a los corintios, o a los efesios: y salvarse o por la servidumbre del corintio, o por la libertad del efesio. ¡Ay!, dice el Salvador, "de las que estén encinta y de las que críen en aquellos días" (Lc 21, 23), esto es, del juicio, que ciertamente son propiamente las obras del matrimonio. Por lo cual hay que esforzarse con todo trabajo, para que emulemos más a los efesios que a los corintios: y no seamos sorprendidos como en el diluvio comprando y vendiendo, casándonos y siendo unidos en matrimonio; sino que con los lomos ceñidos tengamos lámparas en nuestras manos (Mt 24).

(Vers. 25 y sigs.) Maridos, amad a vuestras mujeres, como también Cristo amó a la Iglesia, y se entregó a sí mismo por ella: para santificar-

la: purificándola en el lavacro del agua por la palabra, para presentársela a sí mismo como una Iglesia gloriosa, que no tenga mancha, ni arruga, ni nada semejante, sino que sea santa e inmaculada. Aunque el marido y la esposa se tengan amor mutuo (como se recuerda a aquella esposa de Asdrúbal que, capturado su marido, se arrojó al incendio de su patria, y otras que no quisieron sobrevivir a sus maridos muertos), sin embargo, nunca un hombre sabio comparará aquel amor al amor de Cristo y de la Iglesia. Por tanto, aquí debe entenderse un amor santo, con el cual también Isaac amó a su esposa Rebeca (Gén 24), que se interpreta como "paciencia"; y de la tierra de Mesopotamia, que está rodeada por todas partes por las olas de este mundo, la introdujo en la tierra de la promesa, para consolarse de la muerte de su madre. Pues templó el perecimiento de la Sinagoga con la unión de la Iglesia. Diciendo estas cosas, damos ocasión a los herejes que piensan que todas las nupcias en absoluto han de ser repudiadas: y usan especialmente este testimonio. A los cuales hay que responder brevemente que aquí las pasiones, y la inmundicia, y la lujuria son prohibidas por el Apóstol entre marido y mujer, no la unión santa: de lo contrario, si prohibía el matrimonio en absoluto, ¿qué necesidad hubo de decir "vuestras mujeres", cuando pudo haber dicho: "Hombres, amad a las mujeres", o "a las esposas"? Pues "vuestras" suena propiamente a matrimonio. Y de nuevo en lo que sigue: "y los hombres deben amar a sus mujeres como a sus propios cuerpos": y aún más claramente: "El que

ama a su mujer, se ama a sí mismo: porque nadie aborrece jamás su propia carne; sino que la nutre y la fomenta": porque según el edicto de la Ley antigua, y la restauración del Evangelio, el marido y la mujer se hacen una sola carne. Por tanto, las obras de los hijos en el matrimonio, como hemos dicho, están concedidas. Pero los placeres que se toman de los abrazos de las meretrices son condenados en la esposa. Leyendo esto, entiendan todo marido y mujer que, después de la concepción, deben servir más a la oración que al matrimonio. Y lo que en los animales y las bestias está prescrito por el mismo derecho de la naturaleza, que las preñadas no cohabiten hasta el parto, sepan que en los hombres esto se ha dejado al arbitrio, para que hubiera una recompensa por la abstinencia de los placeres. Pero porque según la tropología habíamos llamado a los maridos "almas" y a las mujeres "cuerpos", así ame el alma a la carne, como Cristo a la Iglesia, para que se entregue a sí misma por la salvación de ella, y la santifique por la palabra de la doctrina, para presentársela a sí misma sin mancha ni arruga alguna de vejez: especialmente cuando sabe que ella ha de ser salvada en la resurrección y verá la salvación de Dios. Tal hombre tiene a Cristo por cabeza: y cuando, humillándose por la salvación de la carne, se haya hecho una sola carne con su mujer, la retrae al espíritu, y unido al Señor, deja de ser carne. Bellamente también tomó "mancha o arruga", porque hablaba del matrimonio, del ejemplo de las mujeres para el decoro de la Iglesia. Pues así como suelen en los cuerpos de las

mujeres o ensuciar los lunares, o contraerse la arruga, o variar la peca: y este es todo el estudio de las mujeres, limpiar lo que parece afeár, y presentar a sus maridos la belleza de sus cuerpos: así también las almas han de ser purificadas de toda inmundicia de pecados, para que la arruga del hombre viejo se estire por la juventud, y se renueve en el hombre nuevo de día en día.

(Vers. 28.) Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus propios cuerpos. Y en el Génesis está escrito desde la persona de Adán que habla: «Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne» (Gén 2, 23). Y eso mismo se confirma en el Evangelio, diciendo después el Señor: «Quien creó desde el principio, varón y hembra los hizo, y dijo: Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se adherirá a su mujer, y serán dos en una sola carne» (Mc 19, 4. 5). Puesto que, por tanto, el marido y la mujer son una sola carne: 658 así ha de proveerse a las mujeres como a nuestros propios cuerpos. Pues nadie ama a su propio cuerpo torpemente, ni se ama a sí mismo por causa del coito; sino que como un vasito de su propia alma fomenta y nutre el cuerpo, para que, roto el vaso, aquello que se contenía no fluya y prorumpa. También según la letra, mientras la mujer sirve al parto y a los hijos, tiene esta diferencia respecto al varón, como el cuerpo respecto al alma. Pero si quisiera servir a Cristo más que al siglo, cesará de ser mujer y se llamará varón, porque todos deseamos concurrir en un varón perfecto. Y si referimos estas cosas también a la tropología, amaremos nuestro cuer-

po y los sentidos del cuerpo, de una condición ciertamente más vil que el alma, pero a través de los cuales pasan a la mente las disciplinas de las buenas artes y de las virtudes.

(Vers. 29.) Quien ama a su mujer, se ama a sí mismo: pues nadie odió jamás su propia carne, sino que la nutre y la fomenta, como también Cristo a la Iglesia. En cuanto pertenece a la simple inteligencia, habiéndose mandado la santa caridad entre el marido y la mujer, ahora se nos ordena que nutramos y fomentemos a los cónyuges, para que a saber les proporcionemos el sustento y el vestido y aquellas cosas que son necesarias. Pero se nos puede oponer que no es verdadera la sentencia del Apóstol que dice: «Pues nadie odió jamás su propia carne», cuando los que trabajan con la enfermedad regia (ictericia), y con la tisis, y con el cáncer, y con las destilaciones, prefieren la muerte a la vida y odian sus propios cuerpos. Así pues, refiérase más bien el discurso a la inteligencia trópica, y digamos que el alma ama y nutre y fomenta aquella carne que ha de ver la salud de Dios, instruyéndola con disciplinas, y cebándola con pan celestial, e irrigándola con la sangre de Cristo, para que refecta y nítida pueda seguir al marido con curso libre, y no ser gravada por ninguna debilidad y peso [Al. por ningún peso de debilidad]. Bellamente también a semejanza de Cristo que nutre y fomenta a la Iglesia, y dice a Jerusalén: «¿Cuántas veces quise congregar a tus hijos como la gallina congrega a sus polluelos bajo las alas, y no quisiste?», también las almas fomentan sus propios cuerpos para que esto co-

ruptivo se vista de incorrupción y, suspendido por la levedad de las alas, 659 se eleve más fácilmente al aire. Fomentemos, pues, también nosotros los maridos a las mujeres, y las almas a nuestros cuerpos, para que tanto las mujeres en los maridos como los cuerpos sean reducidos a las almas. Y de ninguna manera haya diversidad alguna de sexos: sino que como entre los ángeles no hay varón ni mujer, así también nosotros, que seremos semejantes a los ángeles, empecemos ya ahora a ser lo que se nos ha prometido en los cielos.

(Vers. 30.) Porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Porque somos miembros del cuerpo de Cristo, y Cristo nutre y fomenta a la Iglesia: por eso también nosotros nutrimos y fomentamos nuestra carne, la cual nadie odió jamás. Pues somos miembros del cuerpo de Cristo: no según la naturaleza de la divinidad eterna, sino según aquello que se dignó asumir como hombre. Aunque también el hombre mismo que fue asumido tenga la naturaleza de nuestros cuerpos, pero no tenga el origen. Pues nosotros somos coagulados de semilla humana: él nació del Espíritu Santo. Pero también puede decirse de otro modo: Puesto que el cuerpo de Cristo es de la Iglesia, y la Iglesia se congrega de todos los creyentes, Pablo y los efesios son miembros del cuerpo, esto es, la Iglesia de Cristo.

(Vers. 31.) Por esto dejará el hombre al padre y a la madre, y serán dos en una sola carne. Lo que frecuentemente hemos anotado, que los apóstoles y evangelistas no usaron las mismas palabras

con los ejemplos del Antiguo Testamento que las que se contienen en sus propios volúmenes, lo probamos también aquí: puesto que aquel testimonio está escrito así en el Génesis: «Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se adherirá a su mujer, y serán dos en una sola carne» (Gén 2, 24). Pero ahora el Apóstol, en lugar de lo que allí se tiene, *heneken toutou*, esto es, «por esto», puso *anti toutou*, lo cual en latín no puede decirse con otras palabras: luego, en lugar de «a su padre y a su madre», quitó los pronombres y puso solamente «al padre y a la madre»: y lo que se dice en medio, «y se adherirá a su mujer», aquí lo omitió enteramente, y solo lo que seguía a este dicho lo acopló a lo superior y puso: «y serán dos en una sola carne».

Todo esto lo hemos observado ahora por este motivo: para que también en los demás lugares, si en algún lugar los apóstoles usurpan testimonios como de los profetas y del Antiguo Testamento y no se tienen en nuestros códices, de ninguna manera corramos inmediatamente a las ineptias y 660 delirios de los apócrifos, sino que sepamos que ciertamente aquellas cosas fueron escritas en el Antiguo Testamento, pero no editadas así por los apóstoles, y que se usurpó más bien el sentido: ni puede hallarse fácilmente dónde fueron escritas sino por los estudiosos.

Por tanto, para la exhortación del mutuo afecto entre la mujer y el varón, tomó el ejemplo de Adán y de Eva. Para que como la costilla es quitada de Adán y edificada en cónyuge, y la misma cónyuge a su vez es reducida a una sola

carne del varón —porque quien ama a su mujer se ama a sí mismo—, así también nosotros amemos a nuestras mujeres. Lo mismo, por lo demás, se interpreta por alegoría en Cristo y en la Iglesia: de modo que Adán prefigurara a Cristo, y Eva a la Iglesia. Pues el novísimo Adán fue hecho en espíritu vivificante (1 Cor 15). Y como de Adán y de su mujer nace todo género de hombres: así de Cristo y de la Iglesia fue generada toda la multitud de los creyentes. La cual, efectuada un solo cuerpo de la Iglesia, de nuevo es puesta en el costado de Cristo, y llena el lugar de la costilla...

(Vers. 32.) Este sacramento es grande; pero yo digo en Cristo y en la Iglesia. No, como la mayoría estima, toda la historia que está escrita acerca de Adán y de Eva en el Génesis puede referirse fácilmente a Cristo y a la Iglesia, sino solamente lo que se pone en el presente lugar, esto es: «Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se adherirá a su mujer, y serán dos en una sola carne». Pues el primer hombre y primer vate Adán profetizó esto acerca de Cristo y de la Iglesia: que nuestro Señor y Salvador dejaría a su Padre Dios y a su madre la Jerusalén celestial, y vendría a las tierras por causa de su cuerpo la Iglesia, y de su costado la fabricó, y por ella el Verbo se hizo carne. Y porque no todos los sacramentos son iguales, sino que hay un sacramento mayor y otro menor, por eso ahora dice: «Este sacramento es grande»: y al mismo tiempo es indicio de su humildad cuando añade: «Pero yo digo 661 en Cristo y en la Iglesia». Gregorio Nacianceno, varón muy elocuente y supremamente

erudito en las Escrituras, cuando trataba conmigo acerca de este lugar, solía decir: Mira cuán grande es el sacramento de este capítulo, para que el Apóstol, interpretándolo en Cristo y en la Iglesia, no asevere haberlo expresado como lo postulaba la dignidad del testimonio, sino que en cierto modo haya dicho: «Sé que este lugar está lleno de inefables sacramentos y que busca el corazón divino de un intérprete». Pero yo, según la pequeñez de mi sentido, pienso que entre tanto ha de entenderse aquel en Cristo y en la Iglesia: no porque algo sea mayor que Cristo y la Iglesia, sino porque sea difícil que todo lo que se dice de Adán y de Eva pueda interpretarse en Cristo y en la Iglesia».

(Vers. 33). No obstante, también vosotros cada uno en particular ame a su mujer como a sí mismo. Podría alguien estimar que se manda por el Apóstol la misma caridad entre el marido y la mujer que la que ha sido mandada hacia el prójimo: pues así está escrito: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Lev 19, 18), y ahora se dice: «Cada uno ame a su mujer como a sí mismo». Por tanto, habrá la misma caridad hacia el prójimo y hacia la mujer. Pero si el prójimo, según la interpretación del Salvador, es todo hombre para el hombre, entonces no habrá diferencia alguna de caridad entre la dilección hacia la mujer y hacia cualesquiera hombres, lo cual es muy absurdo de decir.

Pues en el prójimo se pone una similitud, para que así lo ames como a ti y desees que sea salvo. Pero en la mujer el adverbio de compara-

ción, «como» (sicut), no suena a similitud, sino a aprobación y confirmación con un cierto peso. Como decimos de un varón: «obró como varón», y del Salvador está escrito: «Vimos su gloria como gloria del unigénito» (Jn 1, 14). No porque el Salvador mismo haya tenido gloria por comparación con otro unigénito: pues él mismo es el unigénito. Y si hubiera también otro unigénito, no podría llamarse unigénito. Por lo cual no necesitaba del ejemplo de otro unigénito; sino que la poseyó como unigénito, esto es, como a él mismo le decetía tener gloria. Esto mismo suena también al inicio del salmo setenta y dos, según los griegos no obstante: hōs agathos ho Theos tō Israēl tois euthesi tē kardia, lo cual ha sido traducido por los nuestros: «¡Cuán bueno es el Dios de Israel para los rectos de corazón!» (Sal 72, 1). Por lo demás, según los griegos hōs, esto es, «como» (sicut), parece significar similitud más bien que firmeza 662 de lo dicho, si no lo oyeras como confirmación, sino como [Al. calla "como"] un ejemplo. Al mismo tiempo ha de atenderse a esto: que al varón se le manda amar a la mujer, pero a la mujer temer al varón. Pues al varón le es congruente la dilección, a la mujer el temor: pero al siervo se le une no solo el miedo, sino también el temblor. Por lo cual también en lo consecuente dice: «Siervos, obedeced a los señores carnales con temor y temblor».

Pero la mujer que tema al marido. Si en Dios el miedo por causa del temor del suplicio no permite a aquel que teme ser perfecto, ¿cuánto más imperfecta será la mujer que teme no solo a Dios

sino también al marido? Por lo cual ha de buscarse si la mujer ha de entenderse carnalmente y el temor de la mujer: cuando frecuentemente se hallan mujeres mucho mejores que los maridos y que mandan en ellos, y rigen la casa, y educan a los hijos, y mantienen la disciplina de la familia, mientras aquellos viven lujuriosamente y corren tras las meretrices. Si estas deben regir a sus maridos o temerlos, lo dejo al arbitrio del lector. Pero si según la alegoría, como dijimos arriba, la mujer se acepta en el cuerpo y el varón en el ánimo, nada es incongruo que ella tema al varón como una esclava, estando constituida en el segundo grado y en una sustancia más vil. Pues usamos más bien el mando del ánimo, como dice Crispo, y el servicio del cuerpo. Pero quien sigue la simple inteligencia de la mujer y del marido, mostrará que hay dos significaciones en el verbo «temer». Y una dirá aquella de la cual Juan dice: «Quien teme, tiene pena; y quien teme, no es perfecto» (1 Jn 4, 18). Según la cual también los siervos tienen el espíritu de servidumbre en el temor, el cual se les exige por el Señor que les dice: «Y si soy padre yo, ¿dónde está mi gloria? y si soy señor yo, ¿dónde está mi temor?» (Mal 1, 6). Pero otra, la cual se nombra eulabeia entre los filósofos, y entre nosotros, aunque no suene plenamente así, puede decirse reverencia (reverentia). Sabe también el profeta el temor de los perfectos, en el cual quien hubiera temido es perfecto, diciendo en el salmo treinta y tres: «No hay penuria para los que le temen» (Sal 33, 9). Puede, por tanto, mandarse

aquí a la mujer simplemente entendida el miedo, para que tema, esto es, revere a su marido.

(Cap. 6, Vers. 1.) Hijos, obedeced a vuestros padres en el Señor: porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre (que es el primer mandamiento con promesa) para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra. Se dice de manera ambigua si los hijos deben obedecer a sus padres en el Señor, o si ciertamente los hijos obedecen a sus padres en el Señor. Ambas cosas han de hacerse: que obedezcamos tanto a estos padres que nos engendraron en el Señor, como fue Pablo y los apóstoles, y hagamos lo que ellos mandaren, como que obedezcamos a nuestros padres de quienes nacimos según la carne, en el Señor, cumpliendo aquello que no sea contrario a la voluntad del Señor. Y al mismo tiempo coartaremos a los herejes, que no quieren que el antiguo Testamento sea del Dios bueno, cuyo hijo es Cristo. Por qué razón el Apóstol de Cristo, hijo del Dios bueno, usaría la Escritura del Creador, y presumiría la obediencia de los hijos a partir de la antigua Ley. Cuyo testimonio tomado del Éxodo, así se entreteje allí: "Honra a tu padre y a tu madre, para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra que el Señor tu Dios te dará" (Éx 20, 12): de lo cual ahora sustrajo las últimas palabras; cuyo mandamiento es el quinto en el Decálogo. De donde hay que preguntar por qué dijo ahora: "que es el primer mandamiento": siendo que el primer mandamiento es: "No tendrás otros dioses fuera de mí". Por lo cual algunos leen así: "que es el primer mandamiento con

promesa": como si los otros cuatro mandamientos, que se dijeron antes, no tuvieran promesas, y en este solo se añadiera la promesa: "para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra que el Señor tu Dios te dará". Pero me parece que no han observado con mayor sutileza que también en el segundo mandamiento se asocia una promesa. Pues dice: "No te harás ídolo, ni semejanza alguna de lo que hay arriba en el cielo, y de lo que hay abajo en la tierra, y de lo que hay en las aguas debajo de la tierra: no los adorarás, ni les ofrecerás sacrificios: porque yo soy el Señor tu Dios, Dios celoso, que devuelvo los pecados de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación, a los que me aborrecen, y hago misericordia a millares para con los que me aman y guardan mis mandamientos" (Éx 20, 4-6). Pues observa que las palabras son de promesa: "Haciendo misericordia a millares para con los que me aman y guardan mis mandamientos". Quizás, por tanto, porque el Decálogo fue la primera Ley dada al pueblo que salía de Egipto, cada uno de los mandamientos del Decálogo ha de ser llamado "primer mandamiento", en comparación con aquellos preceptos que después se escribieron en la Ley. Pero quien intente sostener la exposición anterior, en aquello que había distinguido, "que es el primer mandamiento con promesa", dirá que el mandamiento es por separado: "Honra a tu padre y a tu madre": y después la promesa puesta en su lugar: "para que seas de larga vida sobre la tierra que el Señor tu Dios te dará". Pero en este mandamiento, esto es: "No te harás ídolo,

ni semejanza alguna", no por separado, sino bajo un solo texto y discurso, no se da tanto una promesa, cuanto que la sentencia se termina en las alabanzas de Dios, que hace misericordia a millares para con los que le aman y guardan sus mandamientos. De nuevo, aquel que sostiene que la totalidad de los mandamientos del Decálogo son el "primer mandamiento", mostrará que la promesa en la que está escrito: "para que seas de larga vida sobre la tierra que el Señor tu Dios te dará", no solo pertenece a los que obedecen a sus padres: sino también a otros innumerables preceptos; y tendrá necesidad de repetir todos los mandamientos en los cuales se promete esta recompensa y premio, de que sean de larga vida sobre la tierra que el Señor su Dios les diera. De quien aquel intérprete diverso deberá exigir que enseñe que antes de este mandamiento, aquello que fue proferido por él, fueron mandamientos escritos. Lo cual, si no pudiera probar, mencionará en vano que esta promesa está adjunta también en otros preceptos. Después de esto hay que reconsiderar que, por el honor del padre y de la madre, no se promete algo judaico y carnal, de que los hijos sean de larga vida sobre la tierra que el Señor su Dios les diera. Pues hay que creer que hubo muchos que, aun siendo obedientes a sus padres, murieron pronto, y que impíos contra sus padres llegaron hasta la extrema vejez. Respondan, pues, los judíos y los semejantes a los judíos, si la longitud de esta vida está en lo prometido, y permanecer mucho tiempo en el cuerpo es felicidad, ¿qué quiere decir aquello en los Salmos: "¡Ay

de mí, que mi peregrinación se ha prolongado! He habitado con los habitantes de Cedar" (Sal 119, 5)? Y esto de Salomón en el Eclesiastés: "Alabé yo a todos los muertos que ya murieron, por encima de los vivientes que viven hasta el presente: y mejor es sobre estos dos el que aún no ha nacido, y no vio toda la obra mala que se ha hecho bajo el sol" (Ecl 4, 2-3); y poco después: "Si un hombre engendrara a cien, y viviera muchos años, y fueran muchos los días de sus años, y su alma se llenara de bienes, y no tuviera sepultura: dije que es mejor que él un aborto, porque en vano vino, y en tinieblas su nombre será cubierto: y ciertamente no vio el sol" (Ibíd. 6, 3-5), y lo demás. Pues si los muertos son alabados por sobre los vivos (y según algunos que piensan que, antes de descender a estos cuerpos, las almas pasan el tiempo en los cielos, se dice que es mejor que los dos el que aún no ha nacido, y toda esta vida es tentación; y en segundo lugar en Job: "La muerte del hombre es descanso" (Job 3, 13): y según el mismo y Jeremías: "Maldito el día en que nacemos" (Jer 20, 14)), ¿cómo ahora se promete a los que honran al padre y a la madre que sean de larga vida sobre la tierra que el Señor su Dios les diera? Hay que buscar, por tanto, la tierra que el Señor promete y atribuye a los que hayan dejado el Egipto espiritual, y con toda paciencia hayan atravesado los grandes y terribles desiertos de esta vida, y hayan vencido a los grandes reyes a los que hiere el Señor: y hayan pasado a la Judea que fluye leche y miel, y bajo el guía Josué, al caer Jericó y ser asolada Hai, que se interpreta "abrupto", hayan

llegado a Jerusalén, y se les edifique el templo bajo Salomón, rey pacífico (Jos 6, 8), y posean la tierra que está preparada para los mansos: "Pues bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra" (Mt 5, 4), que verdaderamente es la tierra de los vivientes, diciendo también el Salmista: "Creo ver los bienes del Señor en la región de los vivientes" (Sal 26, 13). La longitud de esta vida la tiene también la sabiduría en su mano derecha, teniendo en la izquierda riquezas y gloria.

(Vers. 4.) Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino educadlos en la disciplina y conversación del Señor. Es pecado de los hijos no obedecer a los padres, y porque los padres podían mandar algo perverso, añadió: «en el Señor». Pero el pecado de los padres es 666 provocar a ira a los hijos pequeñuelos y lactantes, o ciertamente mandar cosas que son pesadas a los que ya son adolescentes y de edad más madura. Así como, pues, en los hijos se ha demostrado el obsequio y la merced de la sujeción, así a los padres se les manda un imperio moderado, para que sepan que presiden no como a siervos, sino como a hijos.

Y no está contento con este fin del precepto, sino que añadió también aquello: «Educadlos en la disciplina y corrección del Señor». Cuya «corrección» nosotros leemos, mejor se dice en griego *nouthesia*, la cual suena más a amonestación y erudición que a austeridad. Lean los obispos y los presbíteros que instruyen a sus hijos en las letras seculares, y les hacen leer comedias y cantar los

torpes escritos de los mimos, instruidos tal vez con expensas eclesiásticas: y lo que una virgen o viuda había ofrecido en la corbona por el pecado, o cualquier pobre derramando toda su sustancia, esto el Gramático y el Orador lo convierte en estreno de calendas, y en cestilla saturnal, y en don minerval, o bien en expensas domésticas, o en estipendios del templo, o en sórdidas meretrices.

Elí el sacerdote fue él mismo santo, pero porque no instruyó a sus hijos en toda disciplina y corrección, cayó supino y murió (1 Re 2). Pues no podía extenderse hacia lo anterior, sino que se precipitó hacia atrás y, habiendo resbalado sobre la espalda por un opistótonos incurable, miró hacia Sodoma con la mujer de Lot. Y ciertamente había corregido a sus hijos, diciendo: «¿Por qué hacéis estas palabras que yo oigo de vosotros, malas de parte de todo el pueblo? No, hijos míos: porque no es buena la fama que yo oigo de vosotros» (1 Re 2, 23. 24). Acerca de tales padres también Isaías se queja con voz lacrimosa, diciendo: «Y les nacieron hijos de extranjeros» (Is 2).

Pero si mandó esto a los laicos efesios y a la mayoría de los ocupados, como suele ocurrir en el pueblo, en los negocios de esta vida, que instruyan a sus hijos en toda disciplina y amonestación del Señor: ¿qué ha de estimarse de los sacerdotes, de cuyo orden escribe a Timoteo diciendo: 667 «teniendo hijos en obsequio con toda honestidad» (1 Tim 3, 4)? Y eso mismo inculca y repite a Tito: «teniendo hijos fieles, no en acusación de lujuria o no súbditos» (Tit 1, 6. 7): y como si los vicios de los hijos se imputaran a los padres,

entretejiendo una conjunción causal, dice: «Pues conviene que el obispo sea sin crimen, como dispensador de Dios» (1 Tim 3). No es, por tanto, sin crimen el obispo cuyo hijo no hubiere sido súbdito y esté en acusación de lujuria.

(Vers. 11.) Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Por estas cosas que leemos abajo, y por aquellas cosas que se dicen en todas las Escrituras sobre el Señor Salvador, se comprueba muy manifestamente que toda la armadura de Dios con la que ahora se nos manda vestirnos, se entiende como el Salvador; de modo que sería una y la misma cosa haber dicho: "Vestíos de toda la armadura de Dios", como si hubiera dicho: "Vestíos del Señor Jesucristo". Pues si el ceñidor es la verdad, y la loriga es la justicia: y el Salvador es llamado tanto verdad como justicia, no hay duda de que él mismo es tanto el ceñidor como la loriga. Por tanto, según esto, él mismo será también la preparación del Evangelio de la paz, y el escudo de la fe, y el yelmo de la salud, y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios, y la palabra viva y eficaz, y más aguda que toda espada de dos filos. ¿Pero qué otra armadura de Dios podemos pensar con la que ha de vestirse aquel que tiene que luchar contra las asechanzas del diablo, sino la virtud, que es Cristo? Pues aquel que estuviera vestido de él según todas las cosas que sobre él se entienden, podrá resistir contra todas las insidias del diablo, y según aquello por lo que está ceñido con la verdad, no será fácilmente llevado a dogmas de falsedad. Pero según esto,

que está vestido con la loriga de la justicia, no podrá ser perforado por los dardos de la iniquidad. También, cuando estuviera calzado con los calzados más bellos en la preparación del Evangelio de la paz, como quien preparó sus obras al final, y por tanto se hizo hombre de paz, ni actúa en nada bélico o tumultuoso, ni será condenado con los que no están preparados. También la incredulidad, que es enemiga de la fe, nada podrá donde está el escudo de la fe. También la cabeza y lo principal del corazón y del alma, en la que están situados todos los sentidos, rodeada por el yelmo de la salud, no será sacudida. Por último, como un varón guerrero y fuerte, cortará, matará y degollará todas las sectas contrarias a la verdad, teniendo en su mano la espada del espíritu, esto es, la palabra de Dios. Queriendo, pues, el apóstol mostrar los multiformes ingenios del diablo con los que intenta atraparnos por aquellos lugares en los que no guardamos nuestro corazón con toda custodia, los llamó "methodeias", esto es, invenciones o asechanzas. Pues si nos hemos abstenido del placer de los cuerpos, atrapa a los poco cautos en la avaricia. Pero si también despreciamos la avaricia junto con el placer, se cuele por la lujuria, y hace que el vientre sea nuestro dios, y por medio de esta también expugna aquellas cosas que parecían ser fuertes. Y como suelen los sabios jefes de los ejércitos atacar especialmente aquellos lugares de las ciudades que están poco fortificados, para que cuando hayan irrumpido por ellos, las ciudades fortificadas sean tomadas fácilmente; así también el diablo busca irrumpir

por aquello que ve que está abierto, o ciertamente no cerrado firmemente, y llegar a la misma ciudadela del corazón y del alma. ¿Y qué necesidad tengo de hablar de más insidias tuyas, cuando por estas se conocen también las demás especies de sus asechanzas? Pero "Diablo" es un nombre griego que se interpreta "acusador". Pero según la propiedad del habla hebrea, porque también la tribu de Zabulón tiene cierta similitud con este vocablo, puede decirse "katadyon", esto es, "que fluye hacia abajo", porque ciertamente fluyó poco a poco de la virtud al vicio, y cayó de lo celestial a lo terrenal.

(Vers. 9.) Y vosotros, señores, haced lo mismo con ellos, remitiendo las amenazas: sabiendo que el Señor de ellos y el vuestro está en los cielos, y no hay acepción de personas para con él.

¿Cuáles son estas cosas que mandó arriba a los siervos, para que dijera que los señores deben hacer lo mismo que los siervos? Pienso que aquellas que había dicho: «en la simplicidad del corazón», y «haciendo la voluntad de Dios», y «de ánimo», y «con fidelidad» o «benevolencia» hacia los siervos, porque *eunoia* puede sonar a ambas cosas. 669 Pues cada uno, lo que hubiere hecho de bueno, esto recibirá del Señor, ya haya servido como criado, como se ha dicho, ya haya dominado como libre, como conviene: para que no sea terrible, ni pronto a los azotes: sabiendo que él mismo también tiene un Señor en los cielos, para con quien no hay acepción de personas, y quien solo juzga únicamente las voluntades,

y según ellas prefiere al mejor sobre el peor, eligiendo los hechos, no a los hombres.

(Vers. 10.) Por lo demás, confortaos en el Señor y en la potencia de su virtud.

Sé que en griego, en lugar de «virtud», se ha puesto «fortaleza», esto es, *ischyn*: porque la virtud se llama *aretē* entre ellos. Pero esta es la costumbre de las Escrituras entre nosotros, que nombren indiferentemente *ischyn* y *aretē* como «virtud»: máxime porque la fortaleza del cuerpo se estima como virtud del ánimo. Aunque también entre los filósofos la fortaleza esté puesta entre las cuatro virtudes; la cual ciertamente es manifiesto que es del ánimo y no del cuerpo.

Lo que, por tanto, dice: «Confortaos en el Señor y en la potencia de su virtud», todo se siente en Cristo, para que en todas las virtudes que se entienden sobre él, se conforten los que hubieren creído. Y prudentemente, después de los mandamientos especiales —lo que ha de observarse por maridos y mujeres, padres e hijos, señores y siervos—, ahora manda generalmente a todos en común que, confortados en el Señor y en su potencia, se preparen contra el diablo, acerca del cual escribe en lo consecuente.

(Vers. 11.) Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Por estas cosas que leemos abajo, y por aquellas cosas que se dicen en todas las Escrituras sobre el Señor Salvador, se comprueba muy manifiestamente que toda la armadura de Dios con la que ahora se nos manda vestirnos, se entiende como el Salvador; de modo que sería

una y la misma cosa haber dicho: "Vestíos de toda la armadura de Dios", como si hubiera dicho: "Vestíos del Señor Jesucristo". Pues si el ceñidor es la verdad, y la loriga es la justicia: y el Salvador es llamado tanto verdad como justicia, no hay duda de que él mismo es tanto el ceñidor como la loriga. Por tanto, según esto, él mismo será también la preparación del Evangelio de la paz, y el escudo de la fe, y el yelmo de la salud, y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios, y la palabra viva y eficaz, y más aguda que toda espada de dos filos. ¿Pero qué otra armadura de Dios podemos pensar con la que ha de vestirse aquel que tiene que luchar contra las asechanzas del diablo, sino la virtud, que es Cristo? Pues aquel que estuviera vestido de él según todas las cosas que sobre él se entienden, podrá resistir contra todas las insidias del diablo, y según aquello por lo que está ceñido con la verdad, no será fácilmente llevado a dogmas de falsedad. Pero según esto, que está vestido con la loriga de la justicia, no podrá ser perforado por los dardos de la iniquidad. También, cuando estuviera calzado con los calzados más bellos en la preparación del Evangelio de la paz, como quien preparó sus obras al final, y por tanto se hizo hombre de paz, ni actúa en nada bélico o tumultuoso, ni será condenado con los que no están preparados. También la incredulidad, que es enemiga de la fe, nada podrá donde está el escudo de la fe. También la cabeza y lo principal del corazón y del alma, en la que están situados todos los sentidos, rodeada por el yelmo de la salud, no será sacudida. Por último,

como un varón guerrero y fuerte, cortará, matará y degollará todas las sectas contrarias a la verdad, teniendo en su mano la espada del espíritu, esto es, la palabra de Dios. Queriendo, pues, el apóstol mostrar los multiformes ingenios del diablo con los que intenta atraparnos por aquellos lugares en los que no guardamos nuestro corazón con toda custodia, los llamó "methodeias", esto es, invenciones o asechanzas. Pues si nos hemos abstenido del placer de los cuerpos, atrapa a los poco cautos en la avaricia. Pero si también despreciamos la avaricia junto con el placer, se cuele por la lujuria, y hace que el vientre sea nuestro dios, y por medio de esta también expugna aquellas cosas que parecían ser fuertes. Y como suelen los sabios jefes de los ejércitos atacar especialmente aquellos lugares de las ciudades que están poco fortificados, para que cuando hayan irrumpido por ellos, las ciudades fortificadas sean tomadas fácilmente; así también el diablo busca irrumpir por aquello que ve que está abierto, o ciertamente no cerrado firmemente, y llegar a la misma ciudadela del corazón y del alma. ¿Y qué necesidad tengo de hablar de más insidias tuyas, cuando por estas se conocen también las demás especies de sus asechanzas? Pero "Diablo" es un nombre griego que se interpreta "acusador". Pero según la propiedad del habla hebrea, porque también la tribu de Zabulón tiene cierta similitud con este vocablo, puede decirse "katadyon", esto es, "que fluye hacia abajo", porque ciertamente fluyó poco a poco de la virtud al vicio, y cayó de lo celestial a lo terrenal.

(Vers. 12.) Porque no es nuestra lucha contra sangre y carne; sino contra los principados, contra las potestades, contra los rectores del mundo de estas tinieblas, contra las malicias espirituales en las regiones celestiales.

No pienso que Pablo, escribiendo a los Corintios, pudiera haber dicho: "No es vuestra lucha contra carne y sangre", a quienes dice: "No os aprehenda ninguna tentación sino humana." Pero fiel es Dios, el cual no permitirá que seáis tentados sobre aquello que podéis (1 Cor. 10, 13).

Pues estimo que ciertamente hay certámenes contra la carne y la sangre, que allí son llamados tentaciones humanas, cuando la carne codicia contra el espíritu, y nos provoca a hacer sus obras: fornicación, inmundicia, lujuria, idolatría, enemistades, contiendas, emulaciones, iras, riñas, disensiones, herejías, insidias, embriagueces, comilonas (Gál. 5, 19-21) y las demás cosas similares a estas.

Por lo demás, no es una tentación humana, ni una lucha contra la carne y la sangre, cuando o bien el mismo Satanás, transfigurado en Ángel de luz, se esfuerza por persuadir para que lo consideremos Ángel de luz, o hace algo semejante a estas cosas, en toda virtud, signos y prodigios mentirosos, en todo engaño de iniquidad. Pues cuando el enemigo ha enredado a alguien para que lo reciba, y hable en él: "Esto dice el Señor", no es como si la carne y la sangre lo engañaran, ni como una tentación humana, sino como un principado y potestad, un rector de las tinieblas y malicia espiritual (Ef. 4).

Por lo cual no demos lugar al diablo, sino que, aun si el espíritu de quien tiene poder ascendiera sobre nosotros, según lo que está escrito, no le demos lugar.

Diga alguien que esto que dice: "No es nuestra lucha contra sangre y carne, sino contra los principados y las potestades" (Ecl. 10, 4), y las demás cosas que siguen, se dice por esto, para que seamos enseñados a que ni siquiera aquellos vicios que pensamos que nos son suministrados desde la carne, son de la carne o de la sangre, sino que son sugeridos por ciertas malicias espirituales. Pues hay ciertos demonios que sirven a los amores y a los cánticos amorios, como también el Profeta conmemora diciendo: "Seducidos por el espíritu de fornicación" (Os. 4, 12). Pues también se dice que existen ciertos nombres bárbaros de ellos, como a menudo han confesado estos a quienes el vulgo verdaderamente llama maleficios [hechiceros], y los encantamientos, y las preces, y los colores variados, y los diversos géneros ya sea de metales o de alimentos, en los cuales, invocados, se recuerda que asisten los demonios y capturan a las almas infelices.

Otros en verdad cometen iracundias, y furores, y guerras; otros presiden las enemistades y excitan los odios entre los hombres.

Porque, por tanto, dicen, el Apóstol nos quiere enseñar: que no por naturaleza del cuerpo, y de la materia de la carne y la sangre, se procrean estos géneros de vicios, sino por instinto de los demonios; por eso dice: "No es nuestra lucha

contra sangre y carne, sino contra los principados y potestades", y lo demás.

Por eso ahora hemos sacado a relucir ejemplos de aquellos que sirven a las infelices artes mágicas y se afirma que hacen esas cosas, para que embotemos la opinión de aquellos que piensan que todos los vicios son de la carne y de la sangre, y que los demonios no tienen ninguna potestad para incitarnos al pecado.

Tal lucha pensamos que fue también la de Jacob, a saber, que no contendió contra carne y sangre (Gén. 32), cuando permaneció solo y luchaba con él un hombre, ayudándolo y corroborándolo contra otro que combatía con sudor excesivo.

Y al mismo tiempo mira, no sea que tal vez sean ridículos quienes juzgan que Jacob luchó toda la noche según el rito de los luchadores.

Pues ¿qué cosa grande sería si, como ellos dicen, luchando o bien superara o bien fuera vencido?

Pero según la lucha razonable y conveniente del patriarca, ha de creerse que tal fue su lucha, cual tienen estos que pudieran decir: "No es nuestra lucha contra carne y sangre".

No es necesario ahora escudriñar todo el sacramento de aquel lugar, ya que en su lugar, si vivo, ha de ser disertado más plenamente.

Pero preguntamos (Consúltense las Cuestiones Hebreas sobre el Génesis) dónde leyó Pablo estas cosas en el Antiguo Testamento, o con qué autoridad publicó las que mínimamente están escritas.

Y conjeturamos por estas cosas que están escritas en la Ley, y en Josué, y en el libro de los Jueces, y de los Reyes, y de los Paralipómenos, sobre las batallas y el certamen singular —por ejemplo, de David contra Goliat, y de los hijos de Israel contra los alienígenas y las demás naciones — que el Apóstol entendió más profundamente (1 Sam. 17); y percibió la guerra espiritual a partir de la carnal, en la cual los que luchaban fueron vencidos o superaron; y que los sátrapas de cada lugar fueron indicios de las potestades celestiales; y los reyes de cada una de las naciones, imágenes de aquellos que ahora son llamados rectores del mundo y de las tinieblas; y que los hombres malos demostraron las malicias espirituales en las regiones celestiales.

Y nos parece que el Apóstol dice estas cosas con otras palabras: Oh Efesios, lo que leéis sobre las batallas de Israel contra las naciones, parece ciertamente sonar a carne o sangre, por ejemplo, de los egipcios, idumeos, amonitas, moabitas y las demás naciones: pero si verdaderamente queréis saber, conoced que todas aquellas cosas les sucedían a ellos figuradamente (1 Cor. 10).

Pero fueron escritas por causa de nosotros, sobre quienes han recaído los fines de los siglos, para que entendamos por ellas que no es nuestra lucha contra carne y sangre, sino contra ciertas potestades espirituales e invisibles, contra los rectores de aquellas tinieblas que incuban en este mundo y presentan el error de la incredulidad a los hombres, y contra las malicias espirituales que habitan en las regiones celestiales: no porque

los demonios moren en los cielos, sino porque el aire que está sobre nosotros recibió este nombre.

De donde también las aves que revolotean por el aire son llamadas volátiles del cielo.

Pues también en otro lugar el Apóstol dice de los demonios que vagan en este aire: "En los cuales caminasteis en otro tiempo según el siglo de este mundo, según el príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora obra en los hijos de la difidencia" (Ef. 2, 2).

Por lo demás, esta es la opinión de todos los doctores: que este aire que, dividiendo por medio el cielo y la tierra, es llamado vacío, está lleno de fortalezas contrarias.

Después de esto se ha de retractar de quién recibieron la potestad los principados, y las potestades, y los rectores de las tinieblas del mundo, y las malicias espirituales en las regiones celestiales, para que sean esto.

Y ciertamente diga otro que el diablo apóstata encomendó diversos oficios a sus satélites, y que Dios no es el autor de estas distribuciones.

A lo cual el diligente lector puede oponer aquello, y cómo está escrito: "Porque no hay potestad sino de Dios" (Rom. 13, 1).

Pero si se dice de los hombres, ¿cuánto más de estos que son de naturaleza más sutil y mejor?

Ni quien sienta esto incurra inmediatamente en el crimen de blasfemia: porque cada uno obtuvo diversos ministerios según su propia voluntad.

Pues como en las ciudades vemos a aquellos que han cometido algún delito alimentar a las fieras, o cortar mármoles, o limpiar las sucieda-

des de las cloacas, o presidir a los gladiadores y ser destinados a derramar la sangre de los reos; así también los demonios, por la libertad de su propio arbitrio, obtuvieron la provincia de las insidias, los fraudes, los crímenes y el perjurio, y lo demás de los vicios, para que sean rectores de las tinieblas, porque no quisieron ser príncipes de la luz.

Estos rectores del mundo y de las tinieblas, por tanto, cuando luchando contra alguien lo hubieran suplantado y lo hubieran hecho caer, inmediatamente lo anexan a su mundo y a sus tinieblas en las que presiden.

Por la cual causa se ha de trabajar con más fuerza, para que nosotros, que una vez oímos: "Yo os elegí de este mundo: ya no sois de este mundo: pues si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que fuera suyo" (Juan 15, 19), no volvamos al mundo ni seamos sometidos a él; sino que el mundo sea crucificado para nosotros, y nosotros para él, para que el rector de la luz, Jesús, nos acople a su propio mundo y nos haga estar bajo la dición del Padre, rescatados de la potestad de la malicia espiritual y de su cielo que ha de pasar, ni puede ser llamado sede de Dios.

Pues es impío que las malicias espirituales en las regiones celestiales se crea que ocupan aquel cielo del que habla Dios: "El cielo es mi trono" (Is. 66, 1).

Por tanto, quien entiende cuántas cosas se hacen en este mundo, tanto a nosotros presentes como ausentes, mientras no podemos verlas, ya sea por este cuerpo de nuestra humildad, frágil y

terreno, en el cual el alma está envuelta, o porque a los ojos carnales no se abre la naturaleza más sutil; este verá cuáles son las tinieblas que el Apóstol dice ahora: que a saber o bien toda esta vida terrena es llamada tinieblas (pues la luz luce en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron (Juan 1, 5)), o bien el cuerpo terreno, y el cuerpo de muerte y de humildad ensombrece, cubre y ciega la luz y el sentido del alma.

Sepamos, por lo demás, que, exceptuando el presente lugar, ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento hemos leído nunca **kosmokratiras**, esto es, **rectores del mundo**; nombre que por eso fingió el apóstol Pablo: porque tenía necesidad, disputando con los Efesios, de acoplar nuevos nombres a cosas nuevas e invisibles.

Todavía, por esto que dice "en las regiones celestiales", porque parece ambiguo, ha de decirse que puede sobrentenderse aquello para todo, para que el sentido sea: No es nuestra lucha contra las potestades en las regiones celestiales, y los rectores de estas tinieblas en las regiones celestiales, y las malicias espirituales en las regiones celestiales; y no tanto contra las malicias espirituales en las regiones celestiales.

Especialmente si entendemos (como ya se ha expuesto arriba) de qué manera son llamadas celestiales por causa de las aves del cielo, y lo que se dice en el uso, que la lluvia viene del cielo: no porque la lluvia venga del cielo.

Pues los filósofos dicen que las nubes de las cuales se funden las lluvias y el aguacero rocía no distan más de dos mil pasos de la tierra.

Según el cual sentido se dice que también las cataratas del cielo fueron abiertas en el diluvio.

Sin embargo, cuanto alguien fuera peor, tanto más vecino estará a los lugares de la tierra y a la sustancia más pingüe.

Pues ciertamente tanto la tierra como el aire que nos rodea tienen su propia pingüedumbre: dicen algunos que también las almas liberadas de los cuerpos, si hubieran sido atenuadas en la presente vida y, por así decirlo, desgastadas por la lima de la *askesis* y de las virtudes en un cuerpo sutil, no habitarán en lugares más pingües; sino que estarán vecinas a Dios, que es incorpóreo.

Pero si hubieran sido tales de quienes pudiera decirse: "Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo de corazón pesado" o "pingüe"? (Sal. 4, 3), son arras-tradas hacia lo ínfimo según el peso de su propia grosura y son agravadas por la pingüedumbre.

Después de esto también se ha de disertar igualmente si hay algún lugar más pingüe que esta tierra y aire, que por la mayoría es llamado Infierno (*Infernus*), en el cual moren estos que son llamados íferos.

Pero quiénes sean estos, y qué parentesco o diversidad tengan hacia aquellos que son llamados malicias espirituales en las regiones celestiales, no es de la presente ocasión disputar.

Resta que aprendamos más manifiestamente en dos escuadrones en el Apóstol qué hay entre la lucha de la carne y la sangre, y entre los rectores de estas tinieblas, y las malicias espirituales en las regiones celestiales.

Pues cuando quiere indicar las tentaciones humanas, esto es, la lucha de la carne y la sangre, despreciándolas y conteniéndolas habla: "¿Quién nos separará de la caridad de Dios: la tribulación, o la angustia, o la persecución, o el hambre y la desnudez, o el peligro, o la espada?" Según lo que está escrito (Sal. 43, 22): Por causa de ti somos mortificados todo el día, fuimos reputados como ovejas de matanza. Pero en todas estas cosas superamos por causa de aquel que nos amó (Rom. 8, 35-37).

Pero cuando nos quiere enseñar sobre las potestades adversarias, y los rectores de las tinieblas, y las malicias espirituales en las regiones celestiales, toma el exordio desde otro como si fuera desde una cabeza, y dice: "Pues estoy cierto que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni la fortaleza, ni la altura, ni la profundidad, ni cualquier otra criatura podrá separarnos de la caridad de Dios, que está en Cristo Jesús Señor nuestro".

Quizá se ha disputado más prolíficamente de lo que el lector hubiera querido sobre este capítulo: pero, ruego, dé perdón a la dificultad del lugar mismo y de la persona de los Efesios, quienes después de las artes mágicas debieron saber por quiénes habían sido engañados en otro tiempo.

(Vers. 13.) Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo: y habiendo hecho todo, estar firmes. Muestra que el "día malo" es o bien el tiempo presente, del cual había dicho arriba: "Redimiendo el tiempo, porque los días son malos" (Ef. 5, 16), por causa

de la angustia y los trabajos de esta vida, porque no llegamos a la palma sin sudor y certamen; o ciertamente del de la consumación y del juicio, cuando el diablo, enemigo y vengador, deseará retenernos en su parte, de la cual será liberado quien entiende sobre el necesitado y el pobre: "Pues en el día malo lo librará el Señor" (Sal. 41, 1).

Este es el día del cual está escrito también en otro lugar: "He aquí que viene el día de la ira del Señor" (Is. 13, 9); y en otra parte: "Pues vendrá el día incurable del Señor, de furor e ira" (Is. 13, 9; cf. Is. 22, 6); y de nuevo: "Ay de aquellos que desean el día del Señor: ¿Para qué es para vosotros el día del Señor? y este es tinieblas y no luz." De la manera que si huye un hombre de la faz de un león e incurre en un oso; y entra en su casa y apoya sus manos sobre la pared, y lo muerde una culebra. ¿No es tinieblas el día del Señor, no luz: y calígene que no tiene esplendor? (Amós 5, 18-20).

Pues ¿cómo no es malo este día que está envuelto en tinieblas y calígene? Del cual Joel el profeta también conmemora diciendo: "Tocad la trompeta en Sion: predicad en mi monte santo: y confúndanse todos los que habitan la tierra; porque está presente el día del Señor: porque está cerca el día de las tinieblas y del torbellino, día de nube y de calígene" (Joel 2, 1-2).

Y Sofonías habla sobre el mismo día diciendo: "Cerca está el día del Señor grande, cerca y veloz en extremo." La voz del día del Señor es amarga, y dura, y fuerte: día de ira aquel día, día de angustia y de necesidad (Sof. 1, 14-15), y lo demás.

Después de lo cual infiere: "Y afligiré a los hombres, y caminarán como ciegos: porque al Señor pecaron" (Sof. 1, 17; cf. Apoc. 12).

Para que, por tanto, pueda alguien en este día resistir al diablo: porque él mismo es el acusador de nuestros hermanos, asuma toda la armadura de Dios (esto pues suena *panoplia*, no como en latín simplemente han sido traducidas como "armas" [*arma*]), y ceñido con todos los dardos y armas, sobre los cuales se explica en lo que sigue, sepa que entonces puede él estar firme, si hubiera hecho todas las cosas, para que lleno de todas las virtudes, fije un paso estable y no sea movido de la línea de batalla, y sea de aquellos de quienes dice el Señor: "Hay algunos de los que están aquí" (Mat. 16, 28); y en otro lugar: "Pues por la fe estáis firmes" (2 Cor. 1, 24); y el Salmista: "Estableció", dice, "sobre la roca mis pies" (Sal. 40, 2).

También una tercera interpretación es subindicada por algunos, diciendo: que no todo combate contra el diablo se termina con la muerte; sino que cuando hubiéramos salido de este siglo, entonces para nosotros será un certamen más fuerte y más abierto, presentes contra presentes, en el futuro: y así expondrán aquello que pusimos poco antes, "ni lo presente ni lo futuro": para que digan que estas cosas futuras son los certámenes que después de esta vida han de ser emprendidos.

Como también aquello: "Por lo cual contendemos, ya sea en lo presente o en lo futuro, para agradarle a él" (2 Cor. 5, 9), de modo que piensen que el tiempo presente significa esta vida, y lo futuro, después de la muerte.

Esto también que ahora se dice: "Y habiendo hecho todo, estar firmes", lo referirán al mismo sentido: como si no pudiera alguien hacer todas las cosas en la presente vida, sino que haga algo en parte: como en parte vea y en parte profetice: y entonces pueda estar firme perfectamente, cuando hubiera hecho todas las cosas.

Otro en verdad expone estas cosas más simplemente diciendo que exhorta y amonesta a los Efesios hacia las futuras tentaciones y persecuciones que el apóstol Pablo veía con espíritu profético que iban a sobrevenir después de esta epístola, para que hagan todas las cosas por las cuales puedan estar firmes en la fe del Evangelio y no caer en la persecución.

Por lo demás, el "día malo", propiamente juzgamos que ahora ha sido tomado del salmo cuadragésimo octavo.

(Vers. 14.) Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos en la verdad. Que todos los miembros del alma sean llamados en las Escrituras según los miembros de la carne y del cuerpo, para nadie es dudoso, de los cuales uno pienso que es ahora el miembro de los lomos, que se nos manda ceñir con la verdad. Está escrito también en el Evangelio según Lucas: "Estén vuestros lomos ceñidos, y las lámparas ardiendo en vuestras manos" (Luc. 12, 35). Porque, por tanto, los lomos siempre se toman en la generación y la semilla, según aquello: "Del fruto de tu lomo pondré sobre tu trono" (Sal. 132, 11). Y en otra parte: "Aún estaba en los lomos de su padre Abraham, cuando le salió al encuentro Melquisedec" (Heb. 7, 10), nos parece

haber ceñido sus lomos quien de ninguna manera devuelve el débito a la esposa, ni sirve a la libido; sino que imita al Dios ingénito, no ministrando a los negocios de la generación. Esto mismo, creo, y aquello significa que Juan tenía una zona [cinto] de piel alrededor de sus lomos (Mat. 3, 4), y no era de los inmundos que, por causa del flujo de la semilla, son arrojados fuera del campamento y no pueden habitar con el arca del Señor (Lev. 15); ni de aquellos sobre quienes se escribe en los Números: "Estén sus vestiduras descosidas" (Lev. 13, 45). Pero quien para Cristo está ceñido con la verdad, recoge estas vestiduras en lo alto y las atrae hacia arriba: y vela, aprieta e incluye la fealdad de los costados desnudos con el balteo espiritual, y está preparado para el combate, y tiene obras lucientes, que se llaman lámparas ardientes.

679 Y vestidos con la loriga de la justicia. De la manera que difícilmente es vulnerado, en estos lugares sobre todo que contienen la vida, quien está vestido con la loriga de la virtud, conferta con anzuelos [ganchos] y que se contiene a sí misma con círculos de hierro; así quien está rodeado por la múltiple vestidura de la justicia, ni recibirá una saeta en el hígado a semejanza del ciervo, ni caerá en los deseos y furores, sino que será de corazón limpio, teniendo como artífice de esta loriga a Dios, que para cada uno de los santos fabrica todas las armas y no permite que sea golpeado e igualmente quemado por el dardo que vuela por el día y por las saetas ardientes.

(Vers. 15.) Y calzados los pies en la preparación del Evangelio de la paz. Observad más diligente-

mente que llamó "pies" a una cierta virtud del alma, con los cuales entramos en aquel que dice: "Yo soy el camino" (Juan 14, 6), y los cuales nos conviene calzar con la preparación del Evangelio de la paz. En figura de estos calzados, precedieron también aquellos calzados en el Éxodo que se manda tener a los que comen la Pascua y a estos que están preparados para hacer el camino. Pues así dice: "lo comeréis: vuestros lomos ceñidos, y vuestros calzados en vuestros pies, y vuestros báculos en vuestras manos: y lo comeréis con festinación: es la Pascua del Señor" (Éx. 12, 11). El signo por cierto de la preparación es comer con festinación y con los pies calzados; para que, corroborados por el alimento pascual, puedan atravesar el ancho y horrible desierto. Quien, por tanto, todavía camina, cálcese; pero quien, ya atravesado el Jordán, entró en la tierra de promisión, desnude el pie. "Suelta", dice, "el calzado de tus pies: porque el lugar en el cual tú estás, tierra santa es" (Jos. 5, 15; cf. Éx. 3, 5). Si alguien no es Josué, ni Apóstol, calce sus pies en la preparación del Evangelio de la paz. Pero si alguien es Apóstol y puede ser numerado entre los doce, de ninguna manera lleve en el camino su calzado, ni para declinar los escorpiones y culebras proteja el calcañar; sino que ya consumado y perfecto, esté firme en la tierra santa, y viva en Cristo, y siga al Cordero a dondequiera que vaya. Se pregunta si acaso para distinción de otro Evangelio dijo ahora "Evangelio de la paz". ¿O ciertamente es propio de este Evangelio que sea nombrado Evangelio de la paz? Quien, por tanto, tiene paz, está calzado

con el Evangelio de Cristo; y cuando hubiera sido calzado, está preparado; y el que está preparado no piense que es perfecto; sino que para esto se prepare: para que avance, y avanzando llegue al fin.

680 (Vers. 16.) Sobre todo, tomando el escudo de la fe, en el cual podáis extinguir todos los dardos ígneos del maligno. Como si dijera: En toda obra portad el clipeo [escudo] de la fe, para que podáis, cubiertos y protegidos, recibir las saetas que vienen, y declinarlas acá y allá con arte bélica. Esta es la fe sobre la cual también Abraham, después de muchas obras y virtudes, apenas pudo merecer que la Escritura dijera de él: "Creyó Abraham a Dios, y le fue reputado a justicia" (Gén. 15, 6). Son perspicuos, por lo demás, los dardos del maligno que quiere enviar a nuestros corazones por medio de los peores pensamientos; de los cuales lanzó uno al corazón de Judas para que entregara al Salvador. Así pues, ni siquiera podrá tener principio el enemigo para vulnerar el alma si hubiéramos tenido el escudo de la fe; en el cual no solo son quebrantados los dardos que vienen, sino que también el fuego mismo de los dardos es extinguido, sobre lo cual también el profeta llora diciendo: "Todos adúlteros, como un horno sus corazones" (Os. 7, 4). Quien este umbón de la fe con mano fuerte tuviera, y confiado en el Señor, supiera que él está seguro de los dardos que vienen, hablará intrépido: "En el Señor confío: ¿cómo decís a mi alma: Transmigra al monte como un pájaro?" Porque he aquí que los pecadores han tendido el arco, han preparado sus

saetas en las aljabas, para asaetear en lo oscuro a los rectos de corazón (Sal. 11, 1-2). Cuando pues, dice, confío en el Señor, ¿por qué razón me dais consejo de que no esté firme contra los ímpetus de los enemigos y los dardos que contra mí en las aljabas han preparado, queriendo no solo herirme a mí, sino también a todos los rectos de corazón? He aquí que estoy firme sobre la roca y no transmigro a los montes tenebrosos; y todas las armas de los enemigos, repelidas, se convierten contra ellos mismos que las dirigen.

(Vers. 17.) Y tomad el yelmo de la salud. Por causa de este yelmo de salud, todos los sentidos en nuestra cabeza perseveran íntegros; y sobre todo los ojos, sobre los cuales en el Eclesiastés dice Salomón: "Los ojos del sabio en su cabeza" (Ecl. 2, 14). Pues sabía qué era la cabeza del varón, y quiénes eran estos ojos situados en la cabeza del varón. Pues si la cabeza del varón es Cristo, y los ojos del sabio están en su cabeza, se sigue que todo nuestro sentido, mente, pensamiento, habla, consejo (si sin embargo fuéramos sabios) están en Cristo. En Cristo, por lo demás, Verbo, luz, justicia, verdad y todas las virtudes.

(Vers. 18, 19.) Y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios. Por toda oración y obsecración, orando en todo tiempo en el espíritu: y en él mismo vigilando en toda instancia y prece, 681 por todos los santos y por mí. El habla de Dios fluye del Espíritu Santo; la contraria en verdad habla de la tierra y de allí toma su exordio. Pues quien es de la tierra, de la tierra habla. Quien viene del cielo, sobre todos es: Y lo que vio y oyó,

esto testifica (Juan 3, 31). Por lo demás, el habla de Dios es la espada del espíritu, de la cual ahora Pablo dice: "La espada del espíritu, que es la palabra de Dios" (Heb. 4). Viva por cierto la palabra de Dios y eficaz, y más aguda que toda espada de dos filos, y que penetra hasta las coyunturas del alma, y de los huesos y de las tuétanos. El cual espíritu corta y divide, aprovechando mucho por la oración y obsecración de aquellos que en todo tiempo de precan al Señor en el espíritu, según aquello: "Oraré con el espíritu, oraré también con la mente" (1 Cor. 14, 15). Y aprovechando en esto, para que por medio de las vigiliass y la prece instantel Apóstol sea enriquecido en la palabra y doctrina de Dios. Y toda esta opulencia aproveche para la salud de los otros, para que les aproveche también a ellos mismos que por él obsecran. Y al mismo tiempo la humildad del Apóstol es de admirar, pidiendo a los Efesios que por él hagan obsecraciones. Dice por cierto: "En toda instancia y prece por todos los santos y por mí". Para que por separado de los santos, y por separado de sí hiciera mención.

(Vers. 20.) Para que me sea dada habla en la apertura de mi boca, en confianza para hacer conocido el misterio del Evangelio, por el cual desempeño embajada en una cadena: de modo que en él me atreva como me conviene hablar. Esto que ahora dice: "En la apertura de mi boca"; y en otra parte: "Nuestra boca está abierta para vosotros, oh Corintios" (2 Cor. 6, 11); y: "Abriendo su boca, enseñaba a sus discípulos diciendo" (Mat. 5, 2); y: "Mi boca abrí y atraje el espíritu"

(Sal. 119, 131); y: "Abriré en parábolas mi boca" (Sal. 78, 2), y las demás cosas similares a estas, se ha de recibir como si dijera: ábranse los tesoros, y los sacramentos escondidos de los siglos se expandan, para que el Espíritu Santo entre para proferir aquellas cosas que se ocultan. Pues que este sea el entendimiento de este testimonio, esto es, "para que me sea dada habla en la apertura de mi boca", lo prueban las cosas subsiguientes. "En confianza", dice, "para hacer conocido el misterio del Evangelio". De ninguna manera en parábolas y proverbios; como también los profetas y el mismo Señor, todavía constituido en el cuerpo, hablaba diciendo: "Viene la hora cuando ya no os hablaré en proverbios, sino que con confianza os anunciaré sobre el Padre" (Juan 16, 25). Esta habla de confianza, solo podrá obtenerla quien no tuviera el corazón que lo reprenda: "Pues si nuestro corazón no nos reprendiera, confianza tenemos hacia Dios, y cualquier cosa que pidiéramos, recibiremos de él" (1 Juan 3, 21-22). Raro por tanto es quien en confianza hace conocido el misterio del Evangelio; porque raro es quien tiene confianza hacia Dios. "¿Pues quién se gloriará de tener casto el corazón? ¿o quién estará firme diciendo que él está limpio de pecados?" (Prov. 20, 9). Después de esto, qué sea esto que dice: "Por el cual desempeño embajada en una cadena", para hacer conocido a saber el misterio del Evangelio, ha de ser brevemente rozado. Y ciertamente quien entiende simplemente, dirá que por causa del testimonio de Cristo él envió estas cosas escritas, puesto en la cárcel y en las cadenas en Roma.

Pero otro, por causa del cuerpo de la humildad, y de esta cadena por la cual somos rodeados y todavía no sabemos según lo que nos conviene saber, y vemos por un espejo en enigma (1 Cor. 13, 12), contendrá que él dijo aquellas cosas, y que entonces verdaderamente puede en la confianza del Evangelio abrir los misterios, cuando hubiera depuesto la cadena y hubiera salido libre de la cárcel; a no ser que tal vez también en los vínculos haya de ser computado sin vínculos quien tiene la conversación en los cielos, y de quien puede decirse: "Mas vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu: si sin embargo el espíritu de Dios habita en vosotros" (Rom. 8, 9).

(Vers. 21, 22.) Mas para que sepáis también vosotros las cosas que están en torno a mí, qué hago, todo lo hará conocido para vosotros Tíquico, amado hermano y fiel ministro en el Señor: a quien envíe a vosotros para esto mismo, para que conozcáis las cosas que están en torno a nosotros, y consuele vuestros corazones. Recibidlo de doble manera: O bien por eso Tíquico fue enviado a Éfeso, para que les anunciara que los vínculos del apóstol Pablo habían sido hechos conocidos en todo el pretorio, y que la cadena de aquel había aprovechado para la fe del Evangelio, en aquel tiempo en que también escribió a los Colosenses diciendo: "Las cosas que están en torno a mí, todo lo hará conocido para vosotros Tíquico, hermano amado, y ministro, y consiervo en el Señor: a quien envíe a vosotros por esto mismo, para que conozcáis las cosas que están en torno a nosotros: y consuele vuestros corazones con Onésimo, ca-

rísimo y fiel hermano, que es de vosotros, quien todo lo que aquí se hace hará conocido para vosotros" (Col. 4, 7-9). Pues era una grande consolación oír a Pablo en Roma, en la señora de las ciudades y en la ciudadela del imperio romano, triunfando de la cárcel y de los vínculos. O ciertamente por ello Tíquico haber sido enviado, para que la vida y conversación de Pablo, que 683 ignoraban, les anunciara, y diera como un cierto ejemplar de vivir a los que aprendían las gestas del Apóstol y sus virtudes, y a los que lo querían imitar. Ni pequeña podía ser la consolación de los que deseaban emular lo que habían conocido que el Apóstol había hecho.

(Vers. 23.) Paz a los hermanos, y caridad con fe, de Dios Padre y del Señor Jesucristo. Si hay algunos otros dones que son atribuidos por Dios Padre y el Señor Jesucristo, entre estos la paz posee no el mínimo lugar, la cual supera todo sentido y custodia los corazones y los entendimientos de los santos, una cierta serenidad y tranquilidad del alma que descansa, y que ahuyenta toda la tempestad y torbellino de las perturbaciones. Similar a esta es la caridad con fe, la cual ella misma a la vez el Dios Padre dona y el Hijo, para que amemos a Dios de todo corazón, y a los prójimos como a nosotros mismos, y por nuestros enemigos preceemos. Esta paz y caridad, que el Apóstol impreca a los creyentes, estos solos la tienen, que merecen ser llamados con el nombre de hermanos. "Paz" por cierto "a los hermanos, y caridad con fe y paz". Por tanto, tanto la caridad como la fe así el Padre las presta como el Hijo; y la herejía enmu-

dece, que no quiere que el Hijo pueda lo mismo que el Padre.

(Vers. 24.) La gracia con todos los que aman al Señor Jesucristo en la incorrupción. Amén. Algunos interpretaron esto así, que 684 pensarán que ama a nuestro Señor Jesucristo quien sea ajeno de las obras de la corrupción, sintiendo las obras de la corrupción en el coito. De donde también la costumbre y el habla vulgar llama incorruptos a los vírgenes, y a estos que no conocen el coito de las mujeres. Corruptos en verdad a estos que hubieran degustado una voluptuosidad de esta clase. Acoplando también aquel testimonio: "Si alguien el templo de Dios corrompe, lo corromperá a él Dios" (1 Cor. 3, 17). Pero no sé si estos valen para explicar lo que se escribe: "Cada uno tiene su propio don de Dios: uno por cierto así, y otro así" (1 Cor. 7, 7). Veamos por tanto no sea que tal vez sea mejor entender todo pecado como corrupción del alma, y que estos que del pecado están libres sean llamados incorruptos; de modo que los que aman al Señor Jesucristo estén en la incorrupción mientras por los vínculos del pecado no son tenidos, y con ellos está la gracia de Dios. Y al mismo tiempo juzgo haber sido puesto ahora para distinción de aquellos que aman al Señor Jesucristo pero no en la incorrupción, que estos tienen la gracia de Cristo, los que lo aman en la incorrupción. Pues cuántos aman al Señor, preparados para los exilios, preparados para los martirios, preparados para la penuria y para sostener todo género de contumelias por él, y nada menos por la pasión de la carne son superados;

mas a estos no impreca el Apóstol la gracia: porque la gracia del Señor es con todos los que lo aman en la incorrupción.